
DIANA DE BREA
No quiero una
NAVIDAD
cozy

NO QUIERO UNA NAVIDAD COZY

Serie Más que amor

Novela feelgood contemporánea

Diana de Brea

Derechos de autor de @DianadeBrea 2025
Corrección: LRM
Maquetación: Diana de Brea
Cubierta: Diana de Brea
Registrado en CEDRO
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.

Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.

No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

NOTA PREVIA

La colección *Más que amor* engloba una serie de novelas independientes y autoconclusivas que, con un tono intimista y evocador al estilo *feelgood*, narra historias que van más allá de las relaciones románticas de pareja. Porque el amor, y la falta de él, tiene tantas versiones como personas y contextos hay en el mundo. Aunque en todas las novelas de la serie el eje central sea una pareja, o dos como en el caso de Luz y Candela, siempre encontrarás otros tipos de amor.

Espero que las disfrutes.

Con amor,

Diana de Brea

«La Navidad no viene de una tienda,
quizá la Navidad signifique un poco más».
Dr. Seuss
Cómo el Grinch robó la Navidad

«Cada día es una fiesta cuando estoy cerca de ti».
Carpenters
Merry Christmas, darling

«Pero por ahora, déjame decir sin esperanza,
simplemente porque es Navidad
y en Navidad dices la verdad, que para mí,
eres perfecta».
Love Actually

Prólogo
El gallo, la vaca, la guirnalda y la certeza de que ya no pertenezco a ningún sitio
1
Maletas, luces y una ciudad que abruma
2
El patio creativo
3
La fiesta de la lectura
4
Luces en mitad del día
5
Un calendario para Sofía
6
Entre lo que se calla y lo que se dice está la verdad
7
Entre luces y sombras
8
Rumores y reflejos
9
El rumor del fuego
10
El día después
11
La Navidad y sus trampas
12
No todas las luces alumbran igual
13
Nochebuena
14
La mesa de los que no encajan
15
La pulsera
16
Maldita Navidad
17
No es Navidad todo lo que reluce
18
Una y la otra son más de dos
19

El día de los inocentes
20
Kilómetros de vida
21
El rumor del invierno
22
La excusa perfecta
23
Nochevieja en la casa de la puerta azul
24
Una Navidad no tan maldita
Epílogo

PRÓLOGO

El gallo, la vaca, la guirnalda y la certeza de que ya no pertenezco a ningún sitio

Dicen que el silencio del campo cura el alma, aunque a mí empieza a adormecerme de puro aburrimiento. Los días se suceden con una calma que roza la inercia. Cada día, el gallo del vecino canta antes del amanecer, los perros le responden en automático y las campanas de la iglesia repican cuando aún no hay nadie en las calles. Todo suena igual que ayer y, probablemente, igual que mañana.

Vivo en un pueblo pequeño, de los que en redes sociales llaman «con encanto». A veces lo tiene, cuando el sol cae sobre los tejados, el aire huele a fruta recién cogida y a petricor, pero también encierra una soledad que no siempre se ve y que los visitantes que buscan experiencias rurales no perciben. La gente saluda por costumbre y el tiempo se estira hasta volverse eterno.

Solo hay movimiento cuando llegan los turistas rurales. Entonces las casas se llenan, los hostales se iluminan y parece que el pueblo despierta. Vienen buscando silencio y autenticidad, aunque en cuanto el gallo canta al alba o el panadero se retrasa, se quejan como si el mundo se les viniera abajo. Lo curioso es que yo también fui una de ellos. Vine con mi pareja poco después de la pandemia, convencida de que esta calma sería un refugio. Abrimos un pequeño negocio de *coworking y coliving,* lo que viene a ser un espacio compartido de trabajo con habitaciones para vivir largas

temporadas, destinadas a los nómadas digitales que huían de sus ciudades. Todo parecía prometer un futuro próspero, sencillo y entretenido, pues la idea de crear comunidad con los *coworkers* nos aseguraba momentos divertidos y aprendizajes mutuos. Mi pareja duró menos que las flores de almendro. Se marchó con una *coworker* alemana a un pueblo más grande para montar una academia de idiomas rústica (eso dijeron). Desde entonces, el negocio cerró y los días se han ido volviendo cada vez más largos, al menos en mi percepción. Los vecinos se quejan de la invasión de los visitantes temporales —preferían a los nómadas que se quedaban más tiempo—, pero los esperan igual que yo, con fastidio y alivio a partes iguales, porque sin turistas el pueblo se apaga y con ellos se siente invadido. Es cierto que la zona ha recobrado vida y color, ya no es uno más de esos pueblos grises de la España vaciada, pero tampoco es oro todo lo que reluce.

Aun así, amo este lugar. El pueblo tiene un encanto sereno, de calles que huelen a puchero cocinado a fuego lento y a leña de los hogares. Los vecinos aún dejan la puerta entreabierta, por si alguien pasa a saludar, y siempre hay alguien dispuesto a echarte una mano, aunque esté llena de arrugas y callos. Mi casa es una de las pocas bien acondicionadas, gracias al manitas de mi ex, que tuvo a bien venderme su parte por un buen precio. Ahora alquilo la parte del *coworking* a una pareja francesa con dos hijos, que lo aprovecha mejor que yo con el restaurante que han montado en el local, y también alguna que otra habitación a los turistas para completar mi sueldo. Las demás casas, más antiguas y, la mayoría, sin reformar, sufren el frío del invierno, con grietas que dejan entrar el aire y tuberías que se congelan al amanecer.

A pesar de mi actual apatía, reconozco que no hay nada que reprocharle al paisaje, ni al silencio, ni siquiera a la vida lenta que elegí hace unos años. Lo que ocurre es que necesito algo más. He pasado la fase bucólica, esa en la que todo parece perfecto, y empiezo a sentir que el mundo se me queda pequeño. Los turistas llegan, hacen fotos, comentan lo pintoresco de las fachadas y lo sano del campo, para luego marcharse sin mirar atrás. Con los

nómadas digitales, al menos creamos una pequeña comunidad muy interesante que nunca paraba quieta; siempre había algún plan nuevo y divertido. Nunca me sentí sola. Ahora prefiero no pensar en ellos porque me hacen recordar el sueño que tuve en mis manos y que mi ex se encargó de arrebatarme. Me quedan los vecinos, pero ellos permanecen en su rutina de siempre, cerrada y tranquila. Intenté unirme a un grupo de yoga en el pueblo de al lado y también probé con las clases de pintura que imparte un artista italiano que vino a vivir aquí, pero nada terminó de cuajar. Echo de menos las conversaciones improvisadas, los cafés donde no conoces a nadie, ver caras nuevas al salir a la calle que no sepan nada de ti y la sensación de pertenecer a algo. En pleno invierno, cuando el frío se adueña de las calles y el repartidor de Amazon decide que no merece la pena subir hasta aquí, esa carencia se convierte en una soledad que pesa más de la cuenta, incluso cuando la casa está en calma y el fuego encendido.

Hace unos días, el alcalde nos recordó su gran idea para atraer más turistas: un concurso para elegir el pueblo más navideño de la comarca. Llevan semanas preparando la decoración, y cada rincón luce adornos nuevos y llamativos. Lo que sea por ganar a las aldeas vecinas y llevarse el premio. El ayuntamiento repartió guirnaldas que los vecinos colgaron en las farolas, instaló altavoces en los balcones para poner villancicos a todas horas y adornó un abeto enorme en la plaza que brilla tanto que se ve desde la carretera. Por si fuera poco, también habrá un premio para la casa mejor decorada y los vecinos están eufóricos con la idea. Doña Rosario, la propietaria de la casa de al lado, lleva días amenazando con ganar y dice que este año pondrá un reno hinchable en el tejado y un belén clásico con figuritas de tamaño real. Solo de pensarlo me duele la cabeza.

En diciembre el pueblo parece salido de una postal, con la nieve, los farolillos luminosos y los tonos verde y rojo por todas partes. En las ventanas hay luces intermitentes, los niños ensayan villancicos en la escuela y el olor a anís se mezcla con el del humo de las chimeneas. Hasta el bar del tío Eusebio ha colgado un cartel que dice *Feliz Navidad, clientes y pecadores*. Todo es tan exagerado que

cuesta distinguir lo real del decorado. Al caer la tarde, la música suena por los altavoces y los turistas, que ya empiezan a llegar, se pasean haciendo fotos que luego suben a redes sociales. Los observo desde la ventana con una mezcla de ternura y agotamiento. Mis vecinos parecen encantados con tanto brillo, aunque muchos solo esperan salir en las redes sociales, para ser famosos por un día, o vender alguna botella más de vino dulce.

Mientras todos ellos compiten por ser los más navideños, yo me descubro incómoda, con una especie de nostalgia que no sé muy bien de dónde sale. El pueblo entero parece el escenario de una película romántica americana, de esas en las que una ejecutiva estresada llega a un lugar remoto con nieve y luces de colores, y, en medio del caos, entre regalos, dulces y gorros rojos, se cruza con un leñador guapísimo que le enseña lo que de verdad importa en la vida, aparte del amor (en el que ya no creo, visto lo visto). Siempre hay chocolate caliente, una chimenea perfecta, una abuela sabia y un beso frente al árbol iluminado. *Infeliz*, pienso, imaginando lo poco que duraría aquí esa ejecutiva cuando se estropeara la calefacción o cuando la cabra del vecino se comiera la guirnalda del porche. A mí ya no me basta con ese tipo de cuento. Necesito otra clase de historia, una que no dependa del decorado ni me lance a los fornidos brazos de un leñador inexistente, aunque esto lo aceptaría al menos por una noche, tampoco estoy para hacerle ascos al *crush* navideño.

Por culpa del dichoso concurso, esta mañana me veo en la obligación de adornar la casa para Navidad, si no quiero una multa del alcalde. Doña Rosario ha dejado en la puerta una corona de muérdago con una nota escrita en tinta azul: «para que no se te olvide el espíritu navideño». La cuelgo con desgana, abro la caja de adornos que ha repartido el ayuntamiento, y me encuentro un cable de luces convertido en un nudo imposible. Me agacho para desenredarlo y escucho un balido.

En el jardín, una cabra mordisquea mi guirnalda. Me observa con una calma que casi me provoca risa, se lleva una bola plateada a la

boca y mastica con la determinación de quien no conoce la culpa. Me quedo quieta, sin energía para ahuyentarla.

—Haz lo que quieras —murmuro—. Me llevas ventaja.

Al cabo de unos minutos aparece doña Rosario, envuelta en su abrigo de lana gris, tan viejo como ella, convencida de que su opinión es necesaria.

—Te lo advertí, Blanca. Las cabras sienten cuándo una casa está triste.

—O cuándo alguien deja la puerta abierta —respondo reprochándome no haber cerrado la cerca.

Ella me ignora con la serenidad de quien siempre tiene la última palabra y se sabe dueña de la razón, por edad y porque, como me suele decir, los de pueblo saben más que los de ciudad.

—Deberías poner un belén como Dios manda. Estas cosas modernas —asegura señalando un nacimiento hecho con tapones de corcho que hizo uno de los últimos *coworkers*— traen mala suerte.

Me apoyo en el marco de la puerta y noto cómo se me escapa la paciencia al resoplar como una de sus vacas.

—Tal vez el Niño Jesús se venga conmigo a Madrid —digo.

No sé si lo entiende, pero yo sí. En el momento en que pronuncio esas palabras, algo se acomoda dentro. Madrid, ¿es posible echarlo de menos después del corte de mangas que le hice al irme?

Recojo las luces, cierro la caja y me siento junto a la ventana con una taza de té caliente en las manos. Fuera de casa, el cielo se ha vuelto gris y el aire trae olor a leña húmeda. El gallo canta otra vez. Descubro, con sorpresa, que no me irrita, porque ya no voy a tener que escucharlo mucho tiempo más. Eso suena a que he tomado una decisión sin haberme parado a pensar en ello.

Cojo el teléfono, me acerco al porche para tener mejor cobertura y llamo a Majo, mi mejor amiga, que me ha ofrecido su casa cientos de veces porque, dice, siente que estoy muy sola desde que mi ex se largó y cerramos el *coworking*.

—Una vaca —le digo después de saludar.

—¿Blanca? ¿Qué dices?

—Una vaca es el único ser vivo que me da los buenos días. Quería que lo supieras porque me he cansado de saludar a esa misma vaca cada maldita mañana desde mi ventana, Majo. ¿Sigue en pie tu oferta de darme refugio en la ciudad?

—Siempre —responde—. Aquí la luz de la luna no será tan perfecta, pero al menos no recibirás un mugido como respuesta cuando saludes. Bueno, quizá rebuznos de urbanitas estresados a primera hora de la mañana, pero puede ser divertido. Te espero.

Dejo el móvil en la mesa y me quedo mirando la corona de Navidad que cuelga torcida en la puerta. He intentado adaptarme a esta vida serena, y lo he hecho con todas mis fuerzas, aunque la quietud haya terminado por vaciarme. Tal vez lo que necesito no sea silencio, sino un poco de ruido que suene a vida. Si mucha gente se va a los pueblos a pasar la Navidad, yo me voy a la ciudad y, en enero, ya veremos qué pasa.

1
Maletas, luces y una ciudad que abruma

El tren entra en la estación de Atocha con un estruendo que me perfora los oídos. No recordaba que Madrid sonara así, con ese rugido continuo que parece salir del suelo. Me bajo con la maleta pequeña, el abrigo abierto y un nudo en el estómago. Durante el trayecto me di mil y una razones para convencerme de que estaba haciendo lo correcto, pero ahora que el aire de la estación está cargado por la masa humana que me rodea y el ruido del gentío y los trenes se me ha metido en la cabeza, me cuesta respirar con calma.

Hay algo abrumador en la ciudad cuando llevas mucho tiempo fuera de ella. Todo se mueve a una velocidad que te obliga a correr incluso cuando no tienes prisa. La gente camina mirando el móvil, los coches se pelean por un metro de asfalto y las luces navideñas (horror) parpadean con una energía que cansa. Llevo aquí, ¿cuánto?, ¿dos minutos?, y ya echo de menos el silencio, aunque juré que me ahogaba en él.

Majo me espera en la salida de Atocha con un gorro de lana verde y un termo en la mano. No ha cambiado. Su abrazo es cálido y huele a vainilla, como siempre, y ese aroma me transporta a nuestra vida años atrás. Me alegra darme cuenta de que hay cosas que no cambian.

—Pareces una turista perdida —dice, con una sonrisa.

—No vas desencaminada. Me he perdido al salir del vagón entre tanta gente, he caminado por inercia tras unas chicas sin saber dónde iban, y he seguido perdida en las escaleras y en mis propias dudas.

—Ya se te pasará —ríe con ganas—. Madrid es un caos, cierto, pero más amable de lo que crees, te lo prometo.

La sigo hasta su coche, aparcado en doble fila. La ciudad vibra alrededor de nosotras mientras caminamos hasta él. Hay música, vendedores ambulantes de adornos navideños, niños con bufandas enormes y una mezcla de idiomas que se cuela entre los cláxones. Todo brilla, hace ruido y pesa sobre mi ánimo.

Mientras avanzamos por las calles iluminadas, Majo habla sin parar. Me cuenta que su local de artesanía sigue siendo el refugio del barrio, que los vecinos la adoran y que ha montado un pequeño mercado de libros usados en el patio interior, donde antes solo había macetas.

—Tienes que verlo, Blanca. Está lleno de vida.

—Vida es justo lo que me falta —respondo, y ella me mira de reojo, con una ternura y un brillo de advertencia que me recuerda que me conoce demasiado bien.

Llegamos al barrio de La Encina, donde las calles son más estrechas y los balcones están cubiertos de luces cálidas. Aunque lo llamemos *nuestro barrio*, oficialmente no lo es ya que solo es una zona formada por la confluencia de varias calles alrededor de una plaza, dentro de una barrio mayor. Se encuentra en una zona cercana al Retiro y que poca gente conoce. Es curioso porque, incluso en medio de la ciudad, aquí se respira un aire tranquilo, como si sus calles pusieran un freno al tráfico. Los adoquines brillan por la lluvia reciente y los edificios aún conservan un aspecto antiguo pero reformado. La Encina, donde Majo y yo nos criamos, parece un pequeño pueblo en medio de la ciudad.

Aparcamos frente a su local. En el cartel, pintado a mano, se lee *El patio creativo*. El nombre sigue pareciéndome perfecto para el proyecto que mi amiga empezó hace ya tres años. Majo lo eligió cuando la vida iba demasiado rápido para ella y, al morir su abuela,

decidió crear un lugar donde el tiempo no corriera igual, con la herencia que le dejó.

—Ven —dice, empujando la puerta.

El calor me envuelve enseguida y el aroma a café recién molido y a arcilla húmeda se cuela por mis fosas nasales llenando mi pecho de una especie de calidez. Majo sabe cómo hacer sentir bien a cada persona que entra por esa puerta. Hay unas pocas mesas de diferentes tamaños, estanterías con libros que se pueden leer o intercambiar, y la zona de alfarería, con mesas largas, el horno y varios tornos en una esquina. Pero lo más bonito es el jardín interior: un patio cubierto por una claraboya, con plantas, farolillos y una fuente pequeña que murmura sin prisa. El contraste con el ruido de fuera es tan intenso que me cuesta creer que solo haya cruzado una puerta.

—¿Ves? —susurra Majo—. Aquí la ciudad se calla.

Me quedo de pie unos segundos, mirando el lugar, con la maleta a mis pies. Un grupo de mujeres charla junto a la fuente y un hombre lee un libro con una taza de alguna bebida caliente en la mesa. Todo parece tener una armonía secreta que solo ellos conocen y disfrutan.

La joven que ayuda a Majo llega como un ciclón.

—¡Blanca! ¡Qué alegría verte por aquí!

Da un salto para abrazarme y sus dos trenzas rubias rebotan sobre mis brazos. Es un torbellino que se maneja con gran soltura en el local artesano de mi amiga.

—Yo también me alegro, Betty. Estás igual que hace, ¿cuánto llevo sin venir?, ¿dos años?

Me vuelve a abrazar y sin más conversación se va a atender a una de las señoras del patio.

Majo me toca el brazo.

—La habitación de invitados sigue libre y preparada para ti. Además, tengo una idea que te va a encantar.

—¿Cuál?

—Ayudarme con los talleres y la fiesta de la lectura.

—¿La fiesta de la lectura? ¿Es un club o…?

—Ya te lo contaré —me corta—. Mientras estés aquí no te van a faltar cosas que hacer. Quiero ampliar horarios durante la Navidad y sé que tú sabes tratar con la gente.

Sonrío. No estoy segura de saber tratar con nadie últimamente, pero me dejo llevar.

—De momento solo quiero una ducha y un amanecer sin gallos madrugadores.

—Eso está hecho.

Subimos por la escalera estrecha que conduce al piso de arriba, donde vive Majo. Desde el ventanal del pasillo se ve el patio iluminado con luces doradas. El sonido del agua de la fuente es tan constante que parece una nana. No esperaba sentirme tan tranquila, a pesar de que he estado aquí muchas veces. Aunque lo conozco como si fuera mi propia casa, las reformas que ha hecho Majo le dan un ambiente diferente al que tenía cuando vivían sus abuelos.

Mientras deshago la maleta, miro la ciudad a través de la ventana. Desde aquí se adivinan los tejados, las pocas chimeneas que quedan en el barrio y las luces que ya adornan los balcones. Todo parece respirar de una forma distinta. No hay silencio, porque el ronroneo de la ciudad se nota aunque no se escuche, pero hay vida.

Majo abre las cortinas del salón y la luz del anochecer se cuela entre los edificios. La ciudad brilla con un entusiasmo que roza lo exagerado. En los balcones hay guirnaldas con los colores de la Navidad, las farolas lucen coronas de abeto y por la calle se oye un coro infantil ensayando villancicos. Siento un escalofrío al darme cuenta de que de eso es justo de lo que huía.

—¿No es preciosa Madrid en Navidad? —pregunta Majo, encantada—. Este año se han superado con las luces.

—Sí, preciosa —respondo con la sinceridad justa—, aunque en parte vine para huir de los renos, las cintas rojas y el *All I want for Christmas sonando* doce horas al día. Estoy aquí para desintoxicarme del espíritu navideño excesivo de mis vecinos, no para recaer en él. ¿Sabes esas películas románticas navideñas…?

—Sí, las de la ejecutiva que… —rompemos a reír porque lo hemos dicho a la vez.

—Pues un pueblo de esos es lo que el alcalde quiere conseguir, con adornos rojos, verdes y dorados hasta en los semáforos y árboles adornados en todas las puertas. Empalagoso hasta decir basta.

Majo se ríe, abre la nevera y saca dos tónicas.

—Entonces lo llevas mal, porque pensaba llevarte mañana a la Plaza Mayor. Han puesto un mercado enorme, con tiovivos, puestos de belenes y un árbol de veinte metros.

—¿Veinte? —repito, alzando las cejas—. En el pueblo ya parecía Las Vegas. Si me llevas a la Plaza Mayor, prometo gritar «¡Feliz Año no Navidad!» y desaparecer entre los puestos de gorros de Papa Noel.

—Exagerada.

—No, realista. Estoy en proceso de rehabilitación festiva. Si veo otro Papá Noel colgado de un balcón, me vuelvo al campo y me hago ermitaña.

Ella estalla en carcajadas. Yo también sonrío, un poco a mi pesar. Giro la cabeza hacia la ventana. Las luces se reflejan en los cristales y el ruido de la ciudad llega amortiguado, como una nana maternal que me recuerda a mi infancia. Espero encontrar algún rincón con la calma justa entre el bullicio de la ciudad y el sopor rural. Sé que no es culpa del pueblo, sino de la ausencia y la soledad desde que él se fue y me dejó sin el proyecto de vida que con tanto mimo habíamos soñado y puesto en marcha. He intentado vivir sin él, pero en un sitio tan pequeño, donde cada detalle que creamos juntos lo trae a mi memoria, me está resultando imposible y, como me dice Majo, me estaba enterrando en vida. Los excesos navideños del pueblo no han hecho más que acrecentar mi sentimiento de soledad. Esa alegría forzada más tener que vender la idea de que la vida de pueblo es ideal, me han consumido demasiado. Seguro que un par de semanas de vida de ciudad me reconcilian con el pueblo o, al menos, me ayudarán a decidir qué quiero hacer con mi futuro.

2
El patio creativo

La mañana amanece limpia y fría, con el típico sol de invierno que engaña a primera vista y luego se esconde tras las nubes. Majo me espera abajo, en la puerta, con un gorro de lana y las manos metidas en los bolsillos.

—Hoy te quiero enseñar el corazón del barrio; ha cambiado mucho desde que te fuiste de Madrid —dice, y su sonrisa me contagia un poco de entusiasmo.

Caminamos por calles estrechas bordeadas de árboles. El suelo aún conserva un brillo húmedo por la lluvia de la noche y las hojas secas se arremolinan con cada ráfaga de viento. A medida que avanzamos, me descubro observando los escaparates decorados con luces y guirnaldas, intentando no pensar en que, al fin y al cabo, he huido de lo mismo. Compramos un café de especialidad en una esquina y nos lo tomamos mientras paseamos por las calles casi peatonales de este rincón olvidado del barrio.

Cuando doblamos la esquina, ya de regreso, el cartel de madera de *El patio creativo* aparece bajo la farola, con la pintura algo descascarillada y las letras torcidas de siempre. Ahora lo veo mejor, a la luz del sol, que cuando llegué ayer al anochecer.

—Sigue aguantando —dice Majo, alzando una ceja—. Tres inviernos y ni un solo cambio de color.

—Tú y tus supersticiones —respondo, sonriendo.

Cruzamos la acera. Las persianas del local están medio bajadas, pero dejan ver el resplandor cálido del interior. Majo saca las llaves

del bolsillo y abre la puerta.

El olor familiar me envuelve al instante: canela, arcilla, y ese punto a fuego lento del horno que instaló donde antes jugábamos de niñas. Aunque ha cambiado bastante desde que lo inauguró, la zona de alfarería sigue como la recuerdo: las macetas de barro, los estantes llenos de tazas imperfectas, los tornos que compró para enseñar a otros y la pared del fondo llena de fotografías familiares. Que haya conservado parte del mobiliario de su abuela, hace que el local mueva mis recuerdos y me sienta como aquella chica que soñaba con comerse el mundo. La de planes que hacíamos Majo y yo a la lumbre en invierno y en el patio en verano darían para varias novelas inconclusas, porque ninguna logró llevarlos a cabo. La vida va moldeando esos sueños juveniles. A ella la trajo de vuelta de Londres al morir su abuela y tener que decidir sobre la herencia, hasta que vio claro que quería crear un espacio creativo y de artesanía. Y a mí me llevó en volandas medio adormecida por un amor que creía a prueba de bombas, creando una vida que, ahora me doy cuenta, no era mi sueño sino el de él.

—No sé cómo lo haces —le digo—. Cada vez que entro, me da la sensación de que el tiempo no pasa por aquí.

—Por eso lo llamé así —responde, con una sonrisa llena de ilusión —. Porque este sitio va a su ritmo, no al del resto del mundo.

Le doy la razón con una sonrisa, mientras recorro el espacio con la mirada. El interior parece una casa más que un local, que sus abuelos usaban como garaje, trastero y zona de juegos. El suelo es de madera, las luces le dan un tono cálido, y las paredes están cubiertas de estanterías con libros, tazas, herramientas y macetas pequeñas.

—Hola, pasad —saluda Majo a un grupo que entra en ese momento. Aprovecho para llevar a la cocina los vasos de café y recoger los restos de la cena que dejamos en el patio. A la vuelta, veo que ya están todos instalados en sus lugares.

A la derecha hay una zona acristalada, donde un grupo de personas ya trabaja la arcilla sobre los tornos. Los dedos se hunden en el barro, y el sonido del agua sobre el torno produce una música

hipnótica. Sobre las mesas de trabajo hay dos mujeres que charlan mientras pintan unas tazas.

Majo me llama con la mano y me guía hacia el otro lado del local, donde tres mujeres decoran pasteles sobre una gran mesa de madera. Las bandejas están llenas de galletas con forma de copo de nieve y de casitas de jengibre.

—Aquí hacemos talleres de repostería —me explica—. La mitad de los alumnos viene por el dulce y la otra mitad por las conversaciones.

—Me lo imagino —respondo, intentando no sonreír.

En el centro del local hay una zona de café con mesas pequeñas, tazas de colores desparejadas y una vitrina con bollos caseros. Más allá, una puerta abierta da paso al patio cubierto por una claraboya. Entre las plantas, varias estanterías sostienen libros de segunda mano para el intercambio, bajo un cartel que dice: «Coge uno, deja otro».

Todo parece demasiado acogedor, casi escenográfico e imposible de imaginar en una gran ciudad, a pocos metros de la ruidosa calle de Alcalá y de un centro comercial muy concurrido, sobre todo en Navidad. Por un momento, me siento fuera de lugar, una intrusa que acaba de entrar en un lugar propio e íntimo donde todos saben qué hacer, menos yo.

—Es precioso, Majo.

—Y está vivo —responde ella—. Cada día cambia. Algunos vienen a tomar café, otros a modelar barro o simplemente a hablar o participar en alguna de las ideas locas que se me ocurren. Hay un grupo pequeño con el que me reúno todos los meses para programar actividades y a veces me alquilan el local para hacer presentaciones o reuniones diferentes.

Mientras lo dice, alguien se acerca a la mesa del café. Es un hombre alto, con el pelo oscuro ligeramente revuelto, que lleva un cuaderno de dibujo bajo el brazo. Viste con un jersey gris con las mangas remangadas y las manos manchadas de grafito.

—Pablo, te presento a Blanca —dice Majo—. Es una amiga, que va a pasar unos días conmigo.

—Encantado —responde él, con una sonrisa sincera—. Soy el culpable de los carteles del taller navideño.

—Y del diseño del nuevo logo —añade Majo—. Tiene un estudio de diseño gráfico en su casa y a veces se instala aquí para trabajar.

—Más que nada por el café y las galletas —bromea él—. Aunque el horno del taller ayuda. Da una sensación de hogar que no tiene el estudio de mi piso.

Sonrío con la ternura que me provocan sus palabras, al imaginarlo muerto de frío en uno de los pisos antiguos del barrio sin reformar y entiendo que esté más a gusto en el espacio creativo de Majo. Su voz me transmite la calma de quien ha aprendido a moverse despacio en un mundo de ruido, como ocurre a muchos de los que se han instalado en pueblos como el mío, que pierden el estrés de la voz tan típico de los urbanitas de grandes ciudades. Me sorprende encontrar a alguien así en pleno Madrid, a excepción de Majo.

—¿Entonces también haces cerámica? —pregunto.

—Solo cuando tu amiga me obliga. Pero suelo dibujar los diseños de las tazas y los carteles.

—Tiene talento —dice ella—. No lo admitirá, pero es cierto.

Me quedo observando cómo Majo organiza bandejas, cómo los demás conversan y ríen. Siento una punzada de nostalgia. Es la clase de vida que una vez imaginé para mí, en el pueblo, antes de que todo se torciera. Me pregunto si podría volver a sentirme parte de algo así.

Pablo se sienta frente a mí, abre su cuaderno y empieza a dibujar.
—Estoy intentando que el cartel del taller navideño no parezca una postal americana. Majo dice que no quiere nieve ni renos, pero que transmita calidez.

—Difícil equilibrio.

—Sí. Lo de transmitir calor sin parecer un anuncio de turrón es casi un arte.

Majo nos deja hablando y se pierde entre los clientes. Pablo sigue dibujando mientras me habla.

—¿Llevas mucho sin venir a Madrid?

—Demasiado —respondo—. A veces pienso que me he vuelto una extranjera en la ciudad en la que me crié.

—Eso nos pasa a muchos. Aunque al final, si encuentras tu rincón, Madrid te adopta.

—Espero que tengas razón.

Durante un rato, respeto el silencio entre nosotros para que pueda trabajar. Observo la luz que entra por los ventanales, cómo cae sobre los cuencos de barro y sobre las páginas del cuaderno. La vida de aquí parece fluir sin esfuerzo.

Majo vuelve con tres tazas de té.

—Adivina quién va a ayudarnos con la decoración de los talleres —anuncia.

—¿Quién? —pregunto, temiéndome la respuesta.

—Tú. No te hagas la desentendida, tienes buen gusto y, además, necesitas distraerte.

—O perder la paciencia entre luces y guirnaldas.

—Lo segundo también vale —responde riendo.

—Te recuerdo que vine huyendo de eso —replico entre dientes.

Pablo levanta la vista de su cuaderno.

—Podemos hacer equipo. Así tengo a quién culpar si el cartel sale cursi.

—No tengo opciones, ¿verdad? —respondo mirándolos a los dos alternativamente.

El reloj del horno marca las once y el aire se llena del aroma a dulce de las galletas. Alguien enciende la radio y empieza a sonar una canción de los noventa que Majo tararea sin darse cuenta.

Apoyo la barbilla en la mano y miro alrededor. Todo parece imperfecto y vivo, lleno de detalles que se escapan y de gente que no finge nada. Mientras los observo, un pensamiento me llega envuelto en confusión: ¿no era esto lo que fui a buscar al pueblo?

3
La fiesta de la lectura

—¿Te acuerdas de que te hablé de la fiesta de la lectura? —pregunta Majo mientras cierra el horno y se limpia las manos con un trapo de lino.

Digo que sí con la cabeza sin mucha convicción. Llevo horas rodeada de tazas, harina y conversaciones ajenas, y todavía no me acostumbro al ruido constante del local. El contraste con el silencio del pueblo es abismal.

—No es un club de lectura al uso —explica, apoyada en la encimera—. Lo descubrí en Nueva York, en una librería pequeñita de Brooklyn. La idea es sencilla: la gente se reúne, cada una con su libro, y leen en silencio durante media hora. Después charlan con quien tengan al lado, comentan lo que leen o lo que la vida les pida, y al final hacemos una tertulia sobre un tema, mientras picamos algo. Hoy toca literatura *feelgood*.

—¿Y eso atrae a alguien? —pregunto, medio en broma.

—Más de lo que crees. La mayoría no está aquí solo por el ambiente. Además de por la tarta, muchos vecinos vienen para hablar con alguien.

Su sonrisa me convence, como siempre. Aun así, intento negarme. No me apetece socializar más por hoy. Pero Majo tiene esa manera de persuadir sin insistir, con una mirada y una bandeja de galletas recién sacadas del horno, aunque tengan motivos navideños.

—Venga, Blanca. Solo media hora. Si te aburres, te escapas por el patio.

Me rindo con un suspiro.

Cuando cae la tarde, el taller se transforma. Las luces se atenúan y las mesas se cubren con manteles de lino. Hay velas dentro de tarros de cristal y una bandeja con trozos de bizcocho que huelen a naranja y a anís. La gente empieza a llegar poco a poco. Algunos saludan a Majo con abrazos, otros dejan sus abrigos en la entrada y buscan sitio junto a las estanterías.

Reconozco a Pablo entre el grupo. Está sentado en una de las mesas del fondo, con un libro abierto y una taza entre las manos. Cuando me ve, levanta la vista y sonríe con una calma que parece hecha de silencio.

—Has venido —dice.

—Contra todo pronóstico.

—Seguro que tu amiga no te ha dejado escapar —sonríe y me guiña un ojo a la vez. Está claro que se conocen bien.

Me acomodo en una silla cercana a la suya. Majo anuncia que empieza el tiempo de lectura, y el murmullo se disuelve hasta quedar solo el sonido de las páginas. El reloj del horno marca las seis y cuarto. Fuera empieza a oscurecer y el cristal se cubre de un vaho tenue.

Intento concentrarme en el libro que he traído, una novela que abrí más veces de las que leí, pero las palabras se me escapan. El silencio se siente de otra forma cuando no estás sola. Escucho el roce de las hojas, el golpecito de una taza contra el plato, el suspiro contenido de alguien que lee algo que le altera y las respiraciones pausadas y concentradas. Es algo tan extraño que resulta hasta precioso.

Cuando termina la media hora, Majo da una palmada suave.

—Ahora podéis hablar con el de al lado. De lo que leáis o de lo que no, pero mejor de la lectura, que para eso estamos aquí.

Pablo cierra su libro y me mira.

—¿Qué lees?

—*Destino Budapest,* de Lady Rose. Lo encontré en la estantería del patio.

—Conozco a la autora. Algunos de sus romances son sobre segundas oportunidades.

—Me gustan las historias así —respondo sorprendida porque un hombre lea literatura romántica, pero no digo nada—. Donde el cambio de vida no se toma como algo dramático, sino la salida necesaria para sentirse libre.

Se queda pensativo con una media sonrisa en sus labios.

—Quizá por eso el *feelgood* funciona, ¿no crees? Te recuerda que el mundo sigue teniendo sitio para la ternura y la esperanza.

La conversación se expande al grupo. Una mujer de pelo blanco comenta que el *feelgood* es una etiqueta confusa, que ahora todos los libros parecen querer sanar algo. Otro responde que eso es lo que buscan los lectores, encontrar respuestas a sus problemas y sentirse comprendidos y acompañados.

—La diferencia entre el *feelgood* y el *healing* fiction —dice Majo desde el mostrador— está en la intención. En el primero, el lector sonríe al cerrar el libro; en el segundo, intenta entenderse a sí mismo.

—Entonces supongo que necesito un poco de ambos —digo sin pensar.

Algunas risas suaves recorren la mesa. Pablo levanta la vista y sonríe.

—Eso ha sonado muy de escritora.

—O de persona con una herida dentro —murmuro, antes de dar un sorbo al té.

Majo ha encendido una vela y, al instante, todo huele a canela. En el patio, las plantas se mueven acunadas por un viento fresco que se cuela por la rendija que ha quedado abierta. Una de las chicas más jóvenes reparte trozos de bizcocho y la charla se anima. Alguien menciona que las novelas *feelgood* suelen estar ambientadas en pueblos pequeños, y la conversación se vuelve más fluida.

—Las historias rurales están de moda —dice una chica con coleta —. Casas con nombres poéticos, pan recién hecho, hombres que

arreglan cercas…, ¡ah! y un hostal, siempre hay un hostal —ríe.

—Y mujeres que hornean pan para huir del amor —añado con una sonrisa burlona—. En estas novelas la palabra «hornear» es importante, no lo olvidéis.

Las carcajadas llenan la sala. Pablo me mira divertido.

—¿Y tú? ¿Qué horneas cuando huyes?

—Excusas —respondo—. Me salen bastante bien.

—Tendrás que pasarme la receta.

Su voz suena cercana, casi cómplice. Me tienta. Siento algo parecido a calor en la nuca y aparto la vista hacia el patio, donde alguien ha dejado una manta sobre una silla.

La charla se alarga hasta que la noche se asienta del todo. Las velas se consumen despacio, el horno hace rato que se ha quedado frío y el olor a dulce se mezcla con el de la calle cuando Majo abre la puerta. La gente empieza a marcharse entre abrazos.

Pablo se queda un momento más, recogiendo los vasos vacíos.

—Gracias por venir —dice.

—Ha estado bien —reconozco—, pero no prometo repetir.

—Eso ya es una promesa en sí.

Sonríe, y tengo la impresión de que el aire cambia de textura. O quizá soy yo, volviendo a recordar que todavía sé sentir algo, aunque sea tan leve como el roce de una mirada en una tarde cualquiera hablando de libros.

4
Luces en mitad del día

La mañana se abre despacio, con una claridad que solo tienen los inviernos madrileños. Desde la ventana del altillo veo cómo el sol resbala por los tejados y despierta el barrio. Cuando bajo a desayunar con Majo, el taller parece tranquilo, con la puerta entreabierta y el sonido del horno encendiéndose al fondo. Ella ya está preparando el café cuando bajo las escaleras. Lleva el pelo recogido en un moño que sujeta con un lápiz, un jersey ancho cubierto de harina y, a sus pies, veo una caja de adornos navideños.

—Necesito refuerzos —anuncia sin mirarme—. El escaparate va a ser nuestro proyecto de la mañana. No quiero ser el único local sin decorar.

—Pensaba que eso lo harías con tus alumnos —respondo, todavía medio dormida.

—Hoy no hay talleres y, además, no te escapas. Quiero que me ayudes tú. Te vendrá bien distraerte.

Resoplo, aunque en el fondo me divierte verla tan entusiasmada. Me fijo en el sol que entra oblicuo por los ventanales y deja un reflejo dorado sobre las mesas. Majo sirve el café en dos tazas y, tras darle un sorbo, sube la caja a la mesa y la abre. Empieza a sacar adornos: luces diminutas, ramas secas, cintas rojas y figuras de cerámica pintadas a mano que ha creado ella.

—Demasiado espíritu navideño para un solo día —me quejo.

—Exacto. Por eso te necesito —insiste, guiñandome un ojo.

A los pocos minutos, la puerta se abre y Pablo entra con la mochila del portátil y un gorro gris calado hasta las cejas.

—Buenos días. Venía a trabajar, pero veo que Majo necesita ayuda —señala los adornos desparramados por la mesa—, y como soy incapaz de estarme quieto en Navidad…

—Perfecto —dice ella—. Yo me encargo del árbol aquí dentro y vosotros del escaparate. Quiero que se vea desde la calle, pero sin que parezca una tienda de regalos.

Pablo deja la mochila sobre una silla y se acerca a la caja de adornos. Sus dedos eligen una estrella de barro pintada con esmalte dorado.

—Esto es precioso. Lo hizo tu abuela, ¿verdad? —pregunta a Majo.

Ella asiente desde el fondo, concentrada en desenrollar cintas de colores.

Pablo me mira con una sonrisa.

—¿Por dónde empezamos?

—¿Por fingir entusiasmo? —ironizo.

—Mala actitud para un día tan maravilloso —dice, mientras coloca la estrella en la esquina superior del escaparate—. Mira qué bien refleja la luz.

—Sí, deslumbrante. Ideal para cegar a los peatones. —No quiero ser tan borde con alguien que apenas me conoce, pero me da tanta pereza tener que hacer esto… Solo por Majo, me tengo que recordar.

Él ríe, y su risa tiene algo contagioso. Empieza a colocar las luces en forma de espiral, con una concentración que me hace pensar que disfruta de los pequeños detalles. Yo intento enderezar unas ramas secas en una jarra, pero todo me parece un poco artificial.

—No te convence nada, ¿verdad?—. Veo que me mira con cara de intriga.

—La Navidad me parece muy artificial. Todo el mundo sonríe porque toca, todas las casas parecen iguales y hasta el silencio suena falso. En el pueblo donde vivo empiezan a colgar luces desde noviembre. Cada año, la misma canción, las mismas fotos en redes y la lucha frenética por ser el pueblo mejor adornado de la comarca

para ganar un concurso. No sé… He venido a Madrid para escapar de todo eso.

—Qué curioso —comenta al tiempo que coloca una guirnalda sobre la puerta—. La mayoría de la gente hace justo lo contrario: huyen de la ciudad para buscar paz. Tú eres de las pocas que viene a buscar silencio entre el bullicio y el tráfico de Madrid.

—Será que el ruido de aquí no me alcanza tanto como el silencio de postal rústica.

Él se apoya en el marco de la ventana y me observa.

—Pues yo la necesito. La Navidad, digo. Me recuerda que todavía hay cosas que brillan sin necesidad de tener un motivo y que merecen la pena. Me da alegría y ganas de vivir. Es felicidad pura.

—Como los escaparates —respondo.

—O las personas —añade.

Sus palabras me descolocan. No sé si lo dice en serio o solo para provocar una reacción en mí y mantener una conversación por pura amabilidad. Antes de que conteste, suena su móvil. Mira la pantalla y sonríe, la cara se le ilumina y su voz se vuelve más cálida.

—Un momento, ¿vale? —dice, alejándose hacia el patio.

Mientras habla, la voz baja, casi susurrada, me llega a fragmentos. Dice algo sobre una visita, un billete, un viaje... Majo sigue en la cocina, tarareando, y yo me quedo ordenando las cajas, fingiendo no escuchar, pero la curiosidad se cuela como el aire por la rendija de la puerta. Debe estar muy enamorado de su pareja para reaccionar así.

Cuando vuelve, guarda el teléfono en el bolsillo y me mira con una expresión de alegría y, a la vez, de melancolía. Tiene las mejillas sonrosadas propias de los que piensan en la persona que aman.

—Mi hija —explica, antes de que yo pregunte, y me doy una bofetada con el pensamiento por haber creído que era su pareja—. Vive con su madre, en Zaragoza. Me da una pena terrible que no pase las navidades conmigo, pero al menos vendrá a pasar fin de año y Reyes.

—Ah —respondo, con intención de que no suene incómodo—. No sabía que tenías una hija.

—Claro, no hemos hablado de nada personal. Tiene seis años, casi siete ya. Se llama Sofía y es la mejor parte de mí, aunque la veo menos de lo que quisiera.

Sus ojos se nublan un instante. Ese tipo de tristeza contenida siempre me noquea por dentro y me deja sin saber qué decir. Tiro por lo típico.

—Debe de ser difícil.

—A veces. Pero intento que no lo note. Cuando está conmigo, hacemos cosas sencillas como cocinar, dibujar, salir a ver las luces de la ciudad... Dice que soy un pesado con la Navidad, pero que le gusta porque siempre hay algo especial. ¿Tú tienes hijos?

—¡Oh!, no, qué va. Tuve un perro que se fue con mi ex. Bueno, era suyo. Es lo más parecido que he tenido que cuidar. Bueno, perdona, no quería compararlo con un niño… en fin.

—No pasa nada —se ríe con una carcajada que me quita el agobio—. Si los tuvieras, valorarías más el espíritu navideño. Estoy seguro.

—Eres un caso perdido —bromeo, con una sonrisa involuntaria.

—Posiblemente. Pero me propongo convencerte. Antes de que termine diciembre, vas a admitir que la Navidad tiene mucho más de bueno de lo que crees. Como mínimo, es una época de esperanza y eso ya de por sí debería animarte.

—Lo dudo.

—Ya verás. No podrás resistirte a mis argumentos.

—Si son tan cursis como tus adornos, no te irá bien conmigo.

Él suelta otra carcajada.

—Me subestimas. Sé defender mi causa si creo que merece la pena.

Seguimos decorando entre risas y pequeñas batallas sobre dónde colocar cada adorno. Majo se acerca de vez en cuando, aprueba algún detalle y corrige otros cuando lo observa desde fuera. En la calle, el sol de invierno se refleja en el cristal y hace brillar las luces como si fueran diminutas brasas.

Cuando terminamos, salimos fuera para observar el conjunto. Todo parece tan bonito que me cuesta admitirlo en voz alta.

—No está mal. —Contemplo el resultado, cruzándome de brazos— Se nota que te dedicas al diseño.

—Traducción: te encanta.

—Traducción: tolerable —le sigo el juego sin reconocer que lo ha hecho mejor de lo que esperaba y que me gusta. El escaparate, no él. Creo.

—Eso ya es un avance —responde.

Majo se acerca con tres tazas de chocolate caliente, cuando volvemos dentro.

—¿A que ha quedado precioso? —pregunta, rodeándola por la cintura y un pinchazo, muy pequeño, se me clava en el pecho.

—Para ser un decorado —contesto—, no está tan mal.

—Me súper encanta —dice Majo y nos da un beso en la mejilla a cada uno—. Vamos, os habéis merecido el chocolate.

Bebemos despacio. Pablo sostiene la taza con las dos manos y mira hacia la calle, donde empieza a caer la luz del mediodía. Su gesto me conmueve, porque me lo imagino echando de menos a su hija, aunque intento no pensarlo demasiado. Es lo que tienen las ausencias, sobre todo cuando hay algo que te gustaría enseñar a esa persona que añoras.

Pienso que puede que no sea tan malo que alguien defienda la belleza de las cosas sencillas. Quizá el problema no esté en las luces navideñas que me abruman, sino en mí, que olvidé cómo dejarlas encendidas.

5
Un calendario para Sofía

Pasan un par de días en los que me sumerjo en la rutina de *El patio creativo* como quien se mete en agua caliente muy despacio, con miedo a quemarse. Ayudo a Majo a etiquetar botes de arcilla, atiendo a algún cliente despistado y me escondo en el patio con un libro cuando el ruido social me supera. Es un equilibrio frágil entre sentirme útil e impostora.

Pablo aparece cada mañana, puntual como un reloj suizo. Se instala en su mesa de siempre, se sirve un café y se sumerge en su portátil o hace trazos en el cuaderno. A veces intercambiamos un saludo o un comentario rápido sobre el tiempo. Me he acostumbrado a su presencia, a la forma en que su concentración parece crear una burbuja de silencio a su alrededor. Es una calma que no intimida.

Una tarde, mientras intento lijar los bordes de una taza sin romperla, él se acerca a mi mesa. No lleva el portátil, sino una bolsa de cartón llena de recortes de cartulina, rollos de papel de regalo y cintas de colores.

—Necesito una opinión experta en manualidades. —Deja la bolsa sobre la mesa y pone los brazos en jarras mientras me mira esperando una respuesta.

—Te has equivocado de persona. Mi mayor logro artístico fue el cenicero de barro del colegio y me quedó torcido.

—Pero tienes buen gusto —insiste, con una sonrisa que parece desarmar mis defensas—. Y, sobre todo, no tienes miedo a decir que algo es cursi.

Saca de la bolsa una caja de zapatos vacía y varios rollos de papel higiénico. Lo miro, arqueando una ceja.

—¿Vas a construir un cohete?

—Algo mucho más importante —responde, y su tono se vuelve serio, aunque sus ojos brillan—. Un calendario de Adviento para Sofía. Este año se me ha echado el tiempo encima y lo está esperando.

Explica su plan con el entusiasmo de un niño. Quiere pegar los rollos de cartón dentro de la caja, meter una pequeña sorpresa en cada uno y taparlos con papel de seda para que ella rompa uno cada día de diciembre.

—Se lo envío por correo y lo abrimos juntos por videollamada —concluye—. Es nuestra tradición. Pero soy un desastre con el pegamento y las tijeras. El año pasado parecía que lo había montado un oso con guantes de boxeo.

Me quedo en silencio. La idea es tan tierna que me provoca una punzada en el pecho. Es la clase de gesto que te recuerda que el amor, a veces, cabe en una caja de zapatos.

—Venga, Blanca —dice Majo desde el mostrador, como si me hubiera leído el pensamiento—. No te hagas de rogar, eres más mañosa de lo que dices. El escaparate es prueba de ello.

Resoplo, pero ya estoy apartando las tazas para hacerle sitio.

—De acuerdo. Pero si queda cursi, la culpa es tuya.

—Trato hecho. Si queda cursi a Sofía le gustará mucho más, pero sabrá que no lo he hecho yo solo —me guiña un ojo.

Trabajamos durante más de una hora en la mesa grande del taller, rodeados de papeles de colores y el olor a pegamento. Pablo es torpe, tal y como había advertido. Corta el papel torcido, pone demasiada cola y se mancha los dedos de purpurina dorada. Yo, en cambio, me sorprendo a mí misma. Mido, corto y pego con una precisión que no recordaba tener.

—¿Ves? Sabía que tenías un talento oculto —dice él, mientras intenta sin éxito hacer un lazo con una cinta roja.

—Se llama paciencia. Algo que perdí en el pueblo y que parece que estoy recuperando aquí. Justo al contrario de lo que se espera,

¿verdad?

Él deja la cinta y me mira.

—¿Tan malo era?

Dudo un instante. Hablar de ello todavía me duele.

—No era malo. El pueblo es maravilloso y lo amo. Era, más bien… vacío. El proyecto que monté con mi ex, un *coworking* en el que también alquilábamos habitaciones a los *coworkers*, era una pasada. Estaba lleno de gente que iba y venía, de ideas, de movimiento, de planes en grupo... Cuando él se fue y lo cerramos, solo quedó el silencio. Y el silencio, cuando estás sola, suena a fracaso.

Pablo asiente despacio, sin apartar la vista. No dice las típicas frases de consuelo. Simplemente escucha.

—Entiendo lo del fracaso —dice en voz baja—. Cuando me divorcié, sentí que había fallado en lo más importante. Como arquitecto de mi propia vida, se me habían derrumbado los cimientos.

Es la primera vez que alguien me dice algo que resuena de verdad con lo que siento. Me quedo mirándolo, con un trozo de papel de estrellas en la mano. Veo en sus ojos la misma herida que a veces descubro en los míos cuando me miro al espejo.

—¿Y cómo se reconstruye eso? —pregunto, casi en un susurro.

—No se reconstruye. Se construye algo nuevo encima —responde, cogiendo la cinta que había dejado—. Ladrillo a ladrillo. O, en este caso, rollo de papel a rollo de papel.

Sonrío. Una sonrisa sincera, sin el filtro del sarcasmo. Terminamos el calendario cuando ya ha anochecido. Ha quedado sorprendentemente bonito. Imperfecto, casero, pero lleno de cariño. Pablo lo sostiene con cuidado, como si fuera un tesoro.

—Gracias, Blanca. De verdad. No podría haberlo hecho tan rápido sin ti.

—No ha sido nada —respondo, mientras recojo los restos de cartulina—. Además, me ha venido bien. Hacía mucho que no construía algo que no fuera un muro a mi alrededor.

Él se queda mirándome un segundo más de la cuenta. En el silencio del taller, con las luces cálidas iluminando los restos de

purpurina, siento que algo se mueve dentro de mí. Una pieza pequeña, casi olvidada, que vuelve a encajar en su sitio.

6
Entre lo que se calla y lo que se dice está la verdad

Majo lleva toda la mañana diferente. No sabría decir si está distraída o ausente, pero hay algo en su forma de mirarme y de moverse que no me cuadra. Noto que anda algo despistada y la mirada se aparta de mis ojos justo cuando la encuentro, y aunque intenta sonreír y llenar los huecos con comentarios sin importancia, la voz cae un poco más baja de lo habitual. En sus gestos asoma esa inquietud que aparece cuando la cabeza no deja sitio para nada más; no necesito que me cuente nada para entender que algo le preocupa y que prefiere guardarlo, así que me trago las preguntas, la dejo a su ritmo y me quedo con la sensación de haber tocado una puerta que no desea abrir.

—¿Estás bien? —Es lo único que me atrevo a lanzar para no presionarla.

—Sí, claro, como siempre —responde, con un brillo extraño en los ojos—. Dormí poco, eso es todo.

Ella finge naturalidad, aunque su voz la traiciona, y yo aparento que la creo, pero algo dentro de mí se revuelve. No porque tenga la obligación de contarme su vida, sino porque yo le he contado todo y, además, hace días que me trata con esa confianza cálida que te hace sentir parte de algo. Por eso no entiendo que, de pronto, levante un muro invisible que no sé cómo escalar.

Pasamos la mañana trabajando con los alumnos, que tienen prisa por acabar sus creaciones de alfarería antes de Navidad, entre el

sonido de los tornos y el leve crujido del horno al calentarse. Pablo aparece a media mañana, con el portátil a cuestas y su inseparable gorro gris de lana que le aplasta el pelo. Se instala en su rincón habitual y nos saluda con una sonrisa tranquila antes de sumergirse en sus bocetos. Lo veo escribir, borrar, hacer trazos en un cuaderno y mirar el vacío con una concentración que parece ajena al mundo.

Majo lo observa un instante desde el mostrador y noto que se le ablanda la expresión. No es amor, o no exactamente, pero hay ternura, complicidad, algo que los une en un lenguaje que no acabo de captar.

Cuando la mayoría de los clientes se ha ido, ella me pide que la acompañe al patio para revisar unas plantas que el invierno ha dejado medio mustias. Salimos con dos tazas de té que se enfrían en nuestras manos.

—¿Te pasa algo? —le digo, sin rodeos—. Llevas dos días con la cabeza en otro sitio.

—Estoy bien, Blanca. De verdad.

—Mientes muy mal y lo sabes. Todavía recuerdo las pilladas de tus padres porque se te notaban todas las mentiras.

Se ríe, pero no me mira. Da un sorbo al té y apoya la taza sobre el murete de piedra.

—Digamos que hay alguien que me complica los pensamientos.

—Eso suena a que estás empezando o a que quieres terminar con ese alguien.

—Más bien suena a algo que no puedo contar.

El viento mueve las ramas secas del jazmín y hace que las luces que Majo colgó semanas atrás tintineen suavemente. Me dan ganas de seguir preguntando, de sacarle la verdad aunque sea a cuentagotas, pero creo que es mejor dejar que ella encuentre el momento. Majo aparta la vista, y esa evasión me duele más de lo que ella cree. Supongo que cuando una se acostumbra a la complicidad, el silencio pesa el doble.

Intento distraerme regando unas macetas, a pesar de que no puedo dejar de pensar en lo que me ha dicho o, más exactamente, en lo que no me ha dicho, en esa reserva que la aleja unos pasos de

mí. Me siento tonta por darle tantas vueltas, pero me cuesta aceptar que confíe menos de lo que yo he confiado en ella.

Pablo asoma la cabeza por la puerta del patio, con un gesto de curiosidad.

—¿Molesto?

—No, pasa —dice Majo enseguida, como si agradeciera su interrupción.

—Quería enseñaros esto. —Eleva la mano y nos muestra el calendario ya acabado.

—Te ha quedado precioso —dice Majo.

Está envuelto en papel *kraft*, con un lazo rojo que Pablo insiste en haber hecho él mismo, aunque todos sabemos que fue idea mía. La caja parece brillar bajo la luz cálida de la tarde, como si guardara dentro algo más que pequeñas sorpresas.

—Sofía va a alucinar —añade Majo—. Y tú, Pablo, vas a llorar cuando lo reciba.

—Probablemente —admite, encogiéndose de hombros—. Pero no pienso reconocerlo.

Nos reímos los tres, y durante un instante me siento parte de algo bonito, como si esa escena fuera mía también. Pablo guarda el calendario con cuidado en una bolsa grande y se sienta frente a mí.

—Esta tarde lo enviaré por mensajería —dice, con una sonrisa tranquila—. Así lo recibe antes.

—Debe de ser bonito tener una tradición así con tu hija.

—Sí. A veces pienso que la Navidad solo tiene sentido por ella.

Pablo se mete las manos en los bolsillos y mira las plantas ennegrecidas.

—Podríamos rescatar las que quedan sanas y hacer un rincón de invierno aquí, con velas y macetas pequeñas.

—Siempre pensando en el diseño —respondo, intentando rebajar la tensión que hay entre mi amiga y yo.

—En el equilibrio, más bien —corrige él—. No hay rincón feo si sabes mirarlo.

Su frase se queda flotando entre los tres. Majo lo observa con algo parecido a la gratitud. Yo, en cambio, noto una punzada de fastidio, sin saber muy bien por qué. Tal vez porque él parece tener siempre las palabras exactas, mientras que yo me pierdo entre pensamientos que no sé ordenar.

Cuando regresa al interior, Majo recoge las tazas y suspira.

—¿Ves por qué me cae tan bien? —dice, con un amago de sonrisa.

—Porque te arregla los rincones.

—Y las ideas —añade, sin darle importancia.

Después de comer, la noto más nerviosa. Mira el reloj cada poco, revisa el móvil y vuelve a guardarlo sin decir nada. En un momento dado, se acerca al espejo del mostrador y se pinta los labios con una rapidez que delata la costumbre.

—¿Tienes prisa? —pregunto, apoyada en el marco de la puerta.

—Un café rápido. No tardo.

—¿Con quién?

—Con alguien.

La forma en que lo dice me deja un sabor agrio. No tanto por curiosidad como por el secreto en sí. Desde que llegué, he sentido que Majo era mi refugio, la única certeza entre tanto cambio. Y ahora, de repente, se guarda algo que no quiere compartir.

—Espero que al menos ese «alguien» merezca la pena —digo, intentando que suene en tono de broma.

—Eso nunca se sabe —responde, mientras coge el abrigo—. Pero a veces, aunque no la merezca, hay que dejar que la vida te desordene un poco y te saque de la rutina.

Cuando se marcha, el taller queda en penumbra. Las luces del escaparate parpadean y la calle empieza a llenarse de gente que vuelve del trabajo. Pablo levanta la vista de su cuaderno y me pregunta si cierro pronto.

—Sí, en un rato.

—¿Te apetece acompañarme a ver algo? —dice con su habitual sonrisa que parece anunciar un plan sin querer desvelarlo—.

Prometo que no es navideño.

—Eso dijiste la última vez, y acabé rodeada de renos de purpurina.

—Esta vez será diferente.

Acepto, aunque me sorprende hacerlo. Tal vez porque necesito salir de esa sensación de vacío que Majo ha dejado con su secreto. Caminamos por calles que no conozco, hablando de todo y de nada, con esa naturalidad que solo aparece cuando no hay expectativas.

Terminamos en una plaza pequeña, escondida entre edificios antiguos en el Barrio de las Letras, donde han colgado luces sobre los árboles y alguien toca el violonchelo junto a una farola. Pablo se detiene frente a un banco vacío y se sienta, observando a la gente que pasa con la calma de quien no tiene prisa por llegar a ningún sitio.

—Sofía se quedaría embobada con esto —dice, sin apartar la vista del músico—. Le encantan las luces y las cosas pequeñas que parecen mágicas. El año pasado me hizo montar un belén con piezas de Lego, con dragones y lucecitas pequeñas.

Sonríe, y en su voz hay un brillo que no había escuchado antes, algo entre orgullo y nostalgia.

—Supongo que es complicado estar en su vida con tanta distancia —comento.

—Sí —baja un poco la mirada al responder—. Por eso intento estar presente de otras formas. A veces me manda notas de voz contándome su día, y otras me pide que le dibuje cómo está el cielo aquí. Dice que así no me echa tanto de menos. Fíjate que yo creo que hay padres que conviven con sus hijos y entre ellos hay más distancia que si estuvieran lejos.

Lo dice sin afectación, con la serenidad de quien ha aprendido a vivir con una ausencia sin dejar que lo devore. Me quedo mirando las luces que se reflejan en el suelo mojado y pienso que, el haber comprendido que algunas distancias no se miden en kilómetros, sino en cómo se llenan los huecos es lo que le da esa calma que me desconcierta:

El aire corta la piel, pero no me muevo. Pienso en Majo, en lo que calla, en las palabras que no dice. Pienso en mí, que siempre tengo demasiado que decir y, por lo visto, nunca lo adecuado.

Cuando regresamos, ella todavía no ha vuelto. En la mesa del taller, ha dejado una nota: «He tenido que quedarme un poco más. No me esperes despierta*».* Me extraña que no me haya escrito al móvil. Tampoco dice dónde está ni con quién. Solo eso. Doblo el papel y lo guardo en el bolsillo, como si fuera algo importante. No sé por qué lo hago, pero algo me dice que dentro de ese secreto suyo hay más historia de lo que parece, y me doy cuenta de que en este pequeño refugio no soy la única que necesita encontrarse.

7
Entre luces y sombras

No entiendo por qué acepto ayudar en el mercadillo, bueno sí, porque es importante para Majo y no me queda más remedio cuando me ha dicho que Betty, su ayudante, no puede estar hoy. O quizá porque, en el fondo, me cuesta decirle que no, aunque la idea de pasar una mañana rodeada de espumillón y villancicos me parezca el séptimo círculo del infierno. Para eso me hubiera quedado en el pueblo con los adornos de doña Rosario y la vaca que pace a diario bajo mi ventana.

El puesto de *El patio creativo* está en la esquina de la plaza, entre uno de velas aromáticas y otro de juguetes de madera. Cuando llego, hace tanto frío que me duele la piel, y las luces parecen competir entre sí por quién parpadea más rápido, «igualito que en el pueblo», maldigo para mis adentros. Majo me deja una lista con los precios y una sonrisa de culpabilidad.

—Solo hasta mediodía. Te prometo que luego vengo a ayudarte —dice, ajustándose la bufanda—. Me haces un favor enorme; no quiero dejar el puesto vacío.

—Más grande es el favor que me haces alojándome en tu casa, Majo. Pero no pienso ponerme un gorro de elfo. —Señalo con la barbilla al chico del puesto de al lado que va disfrazado.

—Tranquila, no tengo ninguno. Pero si quieres puedo ir a comprarlo.

Pongo los ojos en blanco, y ella se ríe antes de alejarse. Me quedo sola, con una mesa llena de tazas, cuencos, adornos de barro

y galletas envueltas en celofán. Frente a mí, una pareja se hace *selfies* con un bastón de caramelo gigante y, al fondo, un grupo de niños canta *Campana sobre campana* con más entusiasmo que ritmo.

—Venga, Blanca, sonríe —murmuro para mí misma—. Es Navidad, la fiesta universal de la falsedad.

La mujer del puesto de las velas me ofrece un té y me cuenta que este año han batido récord de visitantes. El chico de los juguetes, vestido de Elfo, me dice que se ha pasado toda la semana lijando trenes de madera. Todos parecen felices. Todos menos yo, que empiezo a tener los pies helados y el alma un poco más cínica que cuando me levanté sin imaginarme que iba a pasar el día en una caseta de madera, inmersa en un decorado navideño tan típico.

—Tienes cara de estar contando los minutos —dice una voz conocida detrás de mí.

Al girarme, veo a Pablo con un café de especialidad en una mano y una bolsa en la otra. Lleva el abrigo desabrochado, una bufanda gris mal anudada y el aire tranquilo de quien parece resistirse al frío.

—Estoy contando los segundos —respondo.

—Entonces llego justo a tiempo. —Me tiende el vaso y abre la bolsa—. Churros, recién hechos. No hay mejor antídoto contra los villancicos.

Le doy las gracias con una sonrisa mientras empiezo a salivar solo con el olor que sale de la bolsa. El café está buenísimo, el tipo de sabor que te recuerda que los días también pueden tener algo bueno.

—¿No trabajas hoy? —pregunto, sin disimular mi alivio por tener compañía.

—Sí, pero me tomé la mañana libre. Majo me dijo que estarías aquí sola, y pensé que podrías necesitar refuerzos.

—¿Y viniste a rescatarme?

—A compartir el castigo —responde, divertido—. Algo que se lleva mejor con churros. Nadie puede odiar el mundo mientras come churros.

Pablo se acomoda junto a mí, con las manos metidas en los bolsillos tras acabar su café. Durante un rato no hablamos mucho, yo porque estoy comiendo y él porque observa a la gente pasar. Lo miro de reojo, divertida, y sé que estoy más cómoda de lo que pensaba. La feria tiene ese tipo de energía que te arrastra sin que te des cuenta. Los puestos huelen a azúcar, los vendedores bromean entre ellos, los niños pasean con los ojos llenos de asombro e ilusión, y cada tanto suena una risa que se contagia sin remedio, aunque trates de estar en contra de todo eso. Lanzo un suspiro de paciencia y, supongo, que lo acompaño de mi habitual cara de malas pulgas cuando algo no me gusta.

—No me mires así —le reprendo al notar que me observa—. No pienso cambiar de opinión. La Navidad sigue siendo una sobredosis de luces, azúcar y falsedad.

—No te lo discuto, pero hay quien necesita eso para sobrevivir a diciembre.

—O para olvidarse de lo que no quiere pensar.

—También vale —responde, con tono sereno—. Pero prefiero creer que hay algo sincero debajo de todo el exceso. La gente quiere sentirse bien, aunque sea unos días, y la Navidad es la excusa perfecta.

—O fingir que están bien. Dudo que la Navidad consiga ese estado ideal.

—A veces fingirlo es el primer paso para conseguirlo.

Evito responder a eso sin pensarlo bien, volviendo a mi tarea de vendedora por un dia. Me concentro en un niño que intenta elegir entre dos tazas, una roja y una blanca. Se decide por la blanca, la que yo habría escogido. Su madre paga, me sonríe, y yo le felicito la Navidad.

—¿Te das cuenta de que no has sonreído ni una vez? —me hace ver Pablo.

—No quiero engañar a nadie.

—Quizá no te haría daño disimular un poco —bromea.

—No me sale.

—Creo que lo ves del revés. Las luces y los adornos no son el problema. Son las ganas de sentir algo bonito, aunque dure poco.

—¿Bonito o prefabricado?

—¿Importa? —cuestiona con serenidad—. Si te hace sonreír, aunque sea un segundo, ya cumple su función.

No contesto a esa explosión de optimismo que no sé de dónde saca. Me quedo mirando el reflejo de las luces sobre las tazas, los colores dorados que titilan como si respiraran. Tal vez tenga razón, pero no pienso dársela tan fácilmente.

—A veces eres insoportablemente optimista —juzgo sin saber si realmente lo es.

—Y tú terriblemente cabezota —contraataca—. Hacemos buen equipo.

Su tono me arranca una sonrisa sin querer.

—¿Y Sofía? —pregunto para cambiar de tema.

—Bien. Me mandó un audio esta mañana. Está contando los días para venir a pasar fin de año. Me pidió que le enseñe fotos del mercadillo, así que más te vale salir bien en ellas.

Sonríe levantando el móvil para hacer fotos. Su forma de decir el nombre de su hija tiene una ternura que me conmueve. Habla un poco más sobre ella, con naturalidad, sin dramatismos, y sobre lo importante que es para su hija pasar estos días en los que juntos se divierten como niños, sin rigideces, solo disfrutando del afecto que se tienen. Es la primera vez que escucho a alguien hablar de la Navidad sin pretensiones de ser feliz. Solo con cariño.

Nos quedamos un rato charlando. Pablo insiste en que la Navidad es una pausa para mirar lo que sí funciona, y yo respondo que no necesito luces para acordarme de lo que me duele. Él lo acepta sin contradecirme, aunque lo noto buscando una debilidad por la que colarse. Y lo consigue cuando un niño se acerca con una moneda y nos dice que quiere un bote bonito «para su madre, que colecciona cosas que no sirven para nada». Pablo le da uno que hizo Majo, blanco y azul, y le guiña un ojo.

—Las cosas bonitas son las únicas que de verdad sirven para algo —le dice, y yo me quedo un poco callada porque no sé si me acaba

de hundir o de enamorar.

Durante un rato, las ventas van y vienen, y entre una compra y otra hablamos de cualquier cosa: del frío, de lo malas que son las luces led y de los villancicos reciclados. Se ríe de mi ironía, y eso me relaja. Tiene una manera de escuchar que no resulta invasiva; deja espacio y, cuando contesta, parece hacerlo siempre con un sosiego lejano al estereotipo de urbanita estresado. No tiene nada que ver con ese tipo de persona que te hace preguntas pero no escucha las respuestas. Pablo, cuando pregunta, presta atención a lo que contestas.

—No eres tan huraña como dices —comenta mientras coloca unas bolsas vacías.

—Eso es que te he engañado, ¿ves como disimulo bien?

—Pues disimula un poco menos, te sienta bien el buen humor —ríe.

—¿Tú siempre estás de buen humor? Empiezas a resultarme irritante —bromeo.

—Solo cuando quiero que alguien deje de pensar que no merece la pena disfrutar de diciembre.

No sé qué contestar a eso. Es una frase absurda, pero me deja sin respuestas. Bebo un sorbo del café, que ya está frío, y me concentro en el sabor para no tener que pensar demasiado.

Cuando el reloj de la iglesia da las doce, Pablo recoge la bolsa de churros vacía.

—Me tengo que ir a una reunión con un cliente. Pero si se te congela la sonrisa, prometo traerte un termo de caldo caliente para después. Te dejo mi teléfono, grábalo antes de que se te congelen los dedos.

—Trato hecho. —Cojo el papel en el que ha escrito su número y lo guardo en el bolsillo del abrigo que, por cierto, es rojo. Muy navideño.

Se despide con una sonrisa, y lo veo perderse entre la gente. Las horas pasan, a mediodía me como uno de los *sandwiches* que he traído, y sigo atendiendo a los últimos curiosos el resto de la tarde. Cuando el sol empieza a caer, recojo las piezas que no se han

vendido, apago las luces del puesto y vuelvo al taller. La calle está llena de reflejos luminosos que hacen desaparecer la oscuridad del cielo, y el ruido de los puestos se mezcla con el sonido de los coches.

Al llegar, empujo la puerta sin hacer ruido. El local está en penumbra, iluminado solo por las lámparas del fondo. Majo está allí, junto a Pablo. Hablan en voz baja. No alcanzo a oír lo que dicen, pero hay una tensión leve en sus gestos: él con las manos en los bolsillos, ella con los brazos cruzados y la cabeza ligeramente ladeada, como si estuvieran discutiendo. Me quedo quieta un instante, observando esa distancia tan corta, tan mínima, entre los dos, ese tipo de cercanía que no necesita tocarse para sentirse.

No sé por qué, pero algo se me revuelve por dentro. No deberían ser celos. Es más bien una punzada incómoda, la sensación de haber llegado en el peor momento a una conversación de la que no quiero formar parte.

Subo al piso despacio, con todo el sigilo que puedo para no llamar su atención. Ceno un sandwich que sobrado de los que preparé para comer en el puesto, y me meto en la cama con la cabeza llena de ruido. Pienso en la forma en que Pablo me miraba cuando hablábamos, en cómo Majo sonreía cuando él llegó, en lo poco que sé de ambos y en lo mucho que empiezo a imaginar.

Realmente sentí cierta atracción por Pablo, creía que podía gustarle. Ahora creo que esa amabilidad no era por mí, sino por Majo. Que no tiene ningún interés en mí, aunque pareciera lo contrario. Me doy cuenta de que cuando Majo se fue el otro día con tanto misterio, Pablo llegó mucho más tarde de lo habitual. ¿Estarían juntos? Quizá no porque él regresó y fuimos juntos al barrio de Las Letras. Quiero dejar de pensar para poder dormir, porque las dudas solo provocan insomnio.

Cuando la casa ya está en silencio, suena un golpe suave en la puerta.

—¿Blanca? ¿Estás despierta? —la voz de Majo suena tranquila, pero algo en su tono me pone a la defensiva.

—Estoy agotada —respondo—. Me acabo de acostar.

—Vale, solo quería saber si todo fue bien en el mercadillo. Siento no haber ido, se me complicó la tarde.

—No te preocupes —miento porque la verdad es que me ha molestado su ausencia, pero no quiero hablar ahora—. Todo bien. Buenas noches.

Oigo cómo se aleja y cierra su puerta. Me quedo mirando el techo, incapaz de dormir. Ya no sé si quiero estar aquí, en medio de una relación, o si, en realidad, vine buscando un refugio que ya no me consuela y, aunque intento convencerme de que no pasa nada, algo en mí sabe que sí.

8
Rumores y reflejos

No me apetecía volver al taller después de lo que vi la noche anterior. Así que, en lugar de quedarme encerrada en casa dando vueltas a lo que creo que significa, bajo a la plaza, por la otra puerta, con la excusa de comprar pan. Me siento en una de esas terrazas de la plaza donde las mesas de hierro siempre están heladas y en las sillas hay mantas para soportar mejor el frío.

El aire huele a castañas asadas y suena un saxofón en la esquina. En el centro de la plaza, un grupo de niños juega a perseguirse entre las luces, y dos mujeres mayores discuten sobre dónde venden el mejor turrón del barrio. Miro todo eso y me parece una postal demasiado bonita para la hora que es. Saco mi libreta y empiezo a escribir algo sin rumbo, solo para mantener las manos ocupadas, pero la inspiración se me escapa con el mismo empeño con el que intento retenerla.

—¿Blanca?

Alzo la vista. Frente a mí hay tres caras que reconozco, aunque el tiempo les haya pasado por encima como a mí: Sonia, Belén y Clara, compañeras del colegio. Las tres llevan abrigos largos, collares que tintinean y esa mezcla de cansancio y prisa de quien vive entre el trabajo y los niños.

—¡No me lo puedo creer! —dice Sonia, abrazándome antes de que pueda reaccionar—. Si parecía imposible que volvieras por aquí.

—No he vuelto —respondo con una sonrisa—. Estoy de paso, ayudando a una amiga.

—¿Majo, verdad? —pregunta Belén, sentándose sin esperar invitación—. Estamos superorgullosas de ella. Desde que abrió el taller, este barrio ha cambiado por completo. Antes daba pena pasar por aquí, pero ahora está lleno de vida.

—Sí, ha hecho algo bonito —admito.

Hablan de Majo con admiración sincera, como si fuera una celebridad local. Dicen que el barrio estaba muerto hasta que ella abrió el espacio creativo, que ahora hay talleres, exposiciones y un ambiente distinto. Que da gusto ver cómo la gente vuelve a pasear por estas calles. Asiento, porque todo eso es cierto, y escuchar lo mucho que brilla Majo en boca de otras me provoca una punzada de orgullo ajeno por mi amiga.

Luego la conversación se desplaza hacia mí.

—¿Y tú? —pregunta Sonia—. ¿Sigues en el pueblo?

—Ni sí, ni no —respondo, removiendo el café—. He vuelto por unos días.

—Ay, qué valiente fuiste. Yo no podría. Aunque a veces dan ganas de perderse una temporada —añade Clara—. Todo el día entre niños y rutinas… No sabes la envidia que me das.

—No te creas —respondo—. El silencio también cansa.

Ríen, sin entender del todo lo que digo, y vuelven a hablar de Majo. De repente, Belén ladea la cabeza con gesto travieso.

—Por cierto, ¿has coincidido ya con Pablo?

Tardo un segundo en procesar el nombre.

—¿Pablo? —repito.

—Sí, el arquitecto que va mucho por el taller. ¡El guapo! —interviene Sonia—. Tiene un aire así como…, tranquilo, de esos que te miran y te traspasan. Vamos, que está para hacerle un favor.

Todas a la vez emiten esa risita nerviosa que las delata, y yo siento un poco de vergüenza ajena.

—Ah, sí… —respondo, fingiendo indiferencia y pensando si es el mismo Pablo, pues a mí me ha dicho que era diseñador gráfico, no arquitecto—. Lo he visto alguna vez.

—Pues dicen que se llevan fenomenal, él y Majo —añade Belén, bajando un poco la voz—. La ha ayudado un montón. Siempre están charlando en el local o tomando algo después de cerrar. Qué suerte, ¿no? Encontrar a alguien así.

Sonríen y cambian de tema enseguida, pero la frase se me queda flotando en la cabeza, incómoda, como una astilla. No sé si lo dicen por hablar o si lo han visto de verdad. Me enfada, sobre todo, que me importe tanto.

Doy un sorbo al café que me quema la lengua. No quiero preguntar, pero las palabras de las tres se me clavan como alfileres. Intento que la conversación cambie, aunque ya no escucho todo lo que dicen. Me hablan de hijos que no duermen, de colegios, de cenas familiares, de planes para Nochevieja. En algún momento, una de ellas menciona que su hijo se ha apuntado a los talleres de cerámica, y otra le pide el teléfono de Majo. Yo sonrío y asiento, pero mi mente no está con ellas.

Cuando por fin se levantan y se despiden con un «tenemos que vernos más, díselo a Majo», me quedo sola otra vez. El café ya está frío. Miro la plaza y pienso que, al final, la ciudad no es tan distinta a un pueblo. Todos se conocen, todos se observan, todos murmuran lo suficiente para que la calma nunca sea completa.

Guardo la libreta en el bolso y me quedo un momento mirando a los niños que siguen corriendo entre las luces. Las madres los observan desde los bancos con las manos metidas en los bolsillos y las bufandas subidas hasta los ojos. La plaza parece un escenario de cuento, uno de esos que no sé si quiero habitar. Y, sin embargo, hay algo en esa mezcla de ruido, frío y luz que me da un poco de paz. Quizá sea porque me recuerda a lo que perdí o porque, por un momento, nadie me mira ni me pregunta nada.

Cuando regreso al taller, la puerta está entreabierta y el aire dentro tiene el movimiento de los días en que algo importante está por pasar. Majo está en la mesa grande, rodeada de bandejas, vasos y papeles. Tiene el pelo tapado con el pañuelo blanco que se suele poner para trabajar, y un gesto de agotamiento que no disimula.

—Por fin, Blanca —dice al verme—. No sabes cuánto me alegra verte. ¿Dónde estabas? Da igual —añade nerviosa—. Necesito tu ayuda. Esta noche es la cena de Navidad con los clientes y los alumnos y se me ha echado el tiempo encima.

Intento sonreír.

—Pensaba que era el viernes.

—Lo hemos tenido que adelantar por las vacaciones. Y la mitad me han confirmado hace un rato. Vamos a estar hasta arriba.

Sin darme opción, me coloca un delantal y me enumera una lista de tareas en la que leo doblar servilletas, colocar platos, colgar las guirnaldas de luces sobre las mesas… Me sumerjo en el trabajo sin protestar, aunque por dentro siga dándole vueltas a las palabras de mis antiguas amigas.

Mientras colocamos las flores secas en jarrones pequeños, Majo no para de hablar de logística. Si faltan sillas, si las bandejas caben en el horno, si las velas durarán hasta el final de la cena, si si si... Yo contesto con monosílabos.

—¿Todo bien? —me pregunta en un momento, sin dejar de mover las manos.

—Sí. Solo estoy concentrada —respondo, sin mirarla.

Ella no nota mi distancia, o finge no hacerlo. No hablamos más porque llegan dos chicas del barrio a ayudar con los preparativos, y luego otros dos cargados con las bebidas. El taller se llena de movimiento y voces alegres. A ratos, me convenzo de que todo lo que pienso son imaginaciones mías, de que no hay nada que temer ni que entender. Que, simplemente, Majo y Pablo se llevan bien, y que me alegro si son pareja. Ambos lo merecen, me gustan el uno para el otro, y, aunque malinterpreté a Pablo, yo no tengo derecho a meterme. Aunque no entiendo el secretismo de mi amiga. ¿Por qué no me lo cuenta sin más? ¿Por qué me lo oculta?

A pesar de estar tan convencida, cada vez que alguien menciona su nombre, me tenso sin querer.

Cuando anochece, el lugar parece otro. Las mesas ya están dispuestas en filas largas, con manteles color marfil y pequeñas ramas de acebo en cada plato. Las velas iluminan las paredes, y las

figuras de cerámica que hicieron en los talleres decoran las estanterías. Es un caos organizado, de esos que transmiten ilusión.

Majo da un paso atrás para observar el resultado.

—Ha quedado precioso —dice, exhalando el aire como si no hubiera respirado en toda la tarde.

—Sí. Parece de revista —respondo, y no es ironía.

—Solo falta que llegue Pablo con los turrones de Casa Mira. Dijo que pasaría a recoger unas cajas antes de venir.

No digo nada, pero el estómago se me encoge un poco. No ha aparecido en todo el día, algo raro en él, aunque también tendrá su vida, como todos. Trato de convencerme de que da igual, sin embargo, la idea de que pueda haber estado con Majo vuelve a revolverme el ánimo. Vuelvo a preguntarme qué demonios me pasa, son adultos y pueden hacer lo que quieran, me lo digan o no.

—Voy a subir a cambiarme —anuncia Majo, quitándose el pañuelo —. Vente comigo y bajamos juntas.

Asiento y la sigo escaleras arriba. Elijo un vestido rojo que compré hace años y apenas he usado, uno sencillo, con mangas largas y una caída suave. Me miro en el espejo y pienso que, tal vez, no está tan mal dejarse ver un poco distinta, aunque sea por orgullo.

Majo sale de su habitación justo cuando yo me pongo los zapatos. Lleva un vestido verde muérdago, muy navideño, que parece pensado para deslumbrar.

—¿Lista? —pregunta.

—Más o menos.

—Estás guapísima —dice con una sonrisa que me cuesta no devolverle.

—Tú también.

Bajamos juntas. Desde el pasillo, la luz del taller se filtra cálida, y el murmullo de la gente que empieza a llegar se mezcla con una música suave. Majo abre la puerta, y justo entonces oigo una voz familiar detrás de nosotras.

—Perdón, ¿llego tarde?

Me doy la vuelta.

Y ahí está Pablo, apoyado en el marco de la puerta, con una caja en una mano, el abrigo en la otra y una sonrisa que me deja sin palabras.

9
El rumor del fuego

La cena del taller resulta ser mucho más animada de lo que esperaba, para ser una fiesta sin alcohol. La sala principal está preciosa, con las mesas cubiertas de platos de cerámica, velas encendidas y jarras de un ponche que hace Majo de color vino pero sin gota de licor. Huele a las pizzas que se hacen en el horno del obrador y a las tartas que Majo ha preparado durante toda la tarde. Las luces pequeñas que cuelgan del techo se reflejan en las paredes y le dan un resplandor dorado precioso. Por un momento tengo la sensación de haber entrado en otro lugar, uno donde las preocupaciones se quedan fuera, en el frío de la calle.

Majo va de un lado a otro con una energía que la hace resplandecer, a pesar del estado tristón que tenía estos días. Su risa llena el espacio, y su vestido verde parece moverse al ritmo de todo lo que ocurre alrededor. Hay alumnos del taller de cerámica, un grupo de chicas jóvenes que hablan sin parar, las señoras del club de lectura que ya se han servido tres copas de ponche mientras discuten sobre si *Destino Budapest, de Lady Rose,* es una novela *feelgood*, y los chicos de repostería, que han traído bandejas con tartaletas variadas y algo que parece una tarta de chocolate con mermelada.

La música suena desde un altavoz pequeño en una estantería y, a ratos, alguien sube el volumen y todos corean los estribillos. Pablo está en su salsa, habla con todo el mundo, y él sonríe con una naturalidad propia de él que es sincera sin que le cueste esfuerzo. Le

da dos besos a Majo, que se los devuelve riendo, y durante un segundo noto una punzada absurda en el estómago.

—¿Lo estás pasando bien? —Giro la cabeza y lo veo a mi lado. Tan abstraída estoy observando a la gente que no me he dado cuenta de que se acercaba.

—Mucho. Estoy feliz de ver cuánta gente quiere a Majo. Es increíble.

—Sí, este lugar se está convirtiendo en el epicentro del barrio y todo gracias a ella.

—Genial, me encanta.

—Estás preciosa —añade dando un giro radical a la conversación —. ¡Uy!, perdona. Parece que alguien necesita ayuda. Luego hablamos.

Miro en la dirección de sus ojos y veo a unos chavales pequeños jugando con los hornos, a pesar de que se les ha advertido de que no se acerquen. Pablo se ha dado cuenta del peligro antes que nadie. Aprovecho que se aleja para tratar de acomodar el huracán que ocupa ahora mi pecho, y decido que lo mejor es buscar otra compañía. Me sirvo un vaso de ponche, lo bebo mirando alrededor y decido unirme al grupo de las señoras del club de lectura, que se han puesto a contar anécdotas de sus nietos entre carcajadas. Una de ellas me ofrece un trozo de tarta y otra me llena el vaso sin preguntar. La conversación fluye con esa calidez de las reuniones entre amigos y la alegría ajena. Acabo hablando con los alumnos del taller de cerámica, que me cuentan cómo Majo les enseña a usar el torno sin miedo, y con un chico del curso de repostería que dice que las masas y las personas se parecen: hay que saber cuándo dejar de amasar para que respiren. Me río más de lo que esperaba y, en algún momento, dejo de pensar en lo que me incomoda.

El ambiente me hace evocar las fiestas en el pueblo, con los *coworkers*, donde no faltaban las cervezas y el vino. La mayoría venía de países nórdicos, en los que es muy habitual beber para evadirse de la soledad y la tristeza del invierno. Recuerdo que me llamaban aburrida por no beber, cuando para mí es todo lo contrario. Los aburridos son ellos que necesitan la bebida para mostrarse

alegres y divertirse. A mí, en cambio, se me ocurren tantas cosas divertidas que no necesito ese impulso que, encima, te hace perder la cordura y te deja un malestar espantoso al día siguiente. Esta noche me están demostrando que tengo razón. Majo ha prohibido la entrada de alcohol en su fiesta y no por eso es aburrida. Más bien es auténtica porque nadie finge aupado por la bebida.

En el patio, han encendido una estufa y un chico joven ha sacado una guitarra. Las luces se reflejan en las ventanas del taller, y el sonido de los villancicos se mezcla con el murmullo de las conversaciones. Nadie canta del todo bien, pero da igual. Los dulces navideños, el fuego y el invierno componen su propia armonía.

Yo me quedo junto al marco de la puerta que da al patio, observando cómo el humo del fuego se disuelve en el aire frío. Majo está rodeada de gente, riendo, con una felicidad que me resulta nueva. La Majo de estos días atrás, con los ojos apagados, ahora parece otra. Me alegra verla así, pero también me duele no saber qué la tuvo tan mal ni por qué no fui capaz de preguntarle. No soy buena amiga, pienso. O quizá solo soy una cobarde que está huyendo de su vida en el pueblo, que no supo retener a su hombre ni ocuparse sola de sí misma cuando él se fue y la dejó con un negocio que todavía no se sostenía. Esa misma cobardía me distancia de mi amiga, la que me ha dado refugio y ha aguantado mis lloreras desde niña.

Me acerco a la mesa para dejar mi vaso vacío y, cuando levanto la vista, Pablo está frente a mí. Lleva las mangas de la camisa remangadas y un gesto relajado, casi divertido.

—Parece que te diviertes —señala lo obvio. Mi cara debe delatarme.

—Sorprendentemente, sí. Aunque creo que he comido más de lo que suelo. Hay mucha alegría aquí —sonrío feliz.

—Eso es bueno. La gente que se ríe sin miedo es más bonita.

—Entonces esta noche todos somos guapos —respondo, y él suelta una risa tan sincera que me conmueve.

Nos quedamos junto al fuego, sentados en dos sillas bajas que alguien ha arrastrado del patio. La leña chisporrotea y las sombras

bailan sobre las paredes. Pablo sostiene una copa de ponche y la mira girar entre sus dedos.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dice al cabo de un rato.

—Depende.

—¿Por qué odias tanto la Navidad?

—Ya te lo dije, porque no me gusta fingir que todo está bien. —Me encojo de hombros—. Y porque todo el mundo parece saber lo que le falta menos yo.

Él no responde enseguida. Se limita a observar el fuego. Luego dice, muy despacio:

—Quizá no se trata de fingir. Para mí es una excusa para recordar que lo bueno sigue ahí, aunque sea pequeño, y que la rutina del día a día no nos deja ver.

—Suena bonito, pero poco convincente.

—Me alegra que lo digas, porque no pienso rendirme hasta convencerte. Te lo dije el primer día y lo voy a cumplir.

Se lleva la mano al pecho como si así le diera más solemnidad y yo sonrío sin querer. Me habla con una voz tan llena de calidez, que me hace sentir acogida. Esa sensación me da valor para hablar de lo que me ronda la cabeza.

—Pablo, ¿puedo preguntarte yo algo?

—Claro.

—¿Tú y Majo… estáis juntos? ¿O habéis estado?

Suelta una carcajada que me sorprende.

—¿Eso piensas?

—No sé. Se os ve muy cercanos.

—Somos buenos amigos —responde, todavía sonriendo—. Majo me ayudó mucho cuando estaba pasando un mal momento, justo después del divorcio. Este sitio me salvó, en parte. Ella me encontró… —no continua la frase—-, se podría decir que me obligó a apuntarme a un curso de repostería, para distraerme y para cocinar con mi hija, y acabé pasando aquí la mayoría de los días. Siempre hay un hueco para trabajar acompañado.

—Sí, creo que este lugar atrapa de alguna forma. Debe ser inspirador para un dibujante como tú.

Hace una pausa antes de seguir.

—Dibujante… —parece rumiar la palabra. Luego me mira—. En realidad soy arquitecto, pero ahora me dedico más al diseño. Cuando mi vida perfectamente organizada se vino abajo, necesitaba algo que me recordara por qué me gustaba construir cosas. Este taller y Majo me ayudaron a volver a mí.

Lo escucho con atención. Habla con serenidad, sin hacer ningún drama, y eso lo hace más real.

—¿Y tu ex? —pregunto sin pensar demasiado.

Él suspira.

—Como te dije, vive en Zaragoza, con nuestra hija. Fue una separación complicada. No voy a mentirte: me hizo daño, mucho. Pero ahora… no sé. Aprendí a no quedarme en lo que no tiene arreglo.

—¿Y trabajando como *freelance*, por qué no vives allí, cerca de Sofía? Bueno, perdón, soy una entrometida.

—No, tranquila, es normal. Mi padre está enfermo, en una residencia aquí, y supongo que eso me ata a Madrid. Aunque, si te soy sincero, también hay algo de orgullo, ¿sabes? Nuestra vida la hicimos aquí, y salir corriendo detrás de mi ex como un perro apaleado, no me pareció lo mejor. Ni me apetece encontrarla con su pareja por la calle. Aunque viviera allí, vería a mi hija lo mismo que ahora. Una vez al mes viene ella, y otra voy yo. Adoro Madrid.

Sus palabras se quedan flotando entre nosotros. No me atrevo a decir nada, pero noto cómo mis defensas se van deshaciendo. En su forma de hablar hay una ternura y un dolor que destilan verdad.

Pablo se inclina un poco hacia mí, lo justo para que el hombro de su camisa roce mi brazo. El contacto es leve, pero me recorre un escalofrío que nada tiene que ver con la temperatura de diciembre. Todo parece detenerse a mi alrededor: el fuego, la música, la gente... Hay un segundo en el que siento que no hay nadie más en este espacio que solo ocupamos él y yo, respirando al mismo ritmo. Siento la calidez de su respiración sobre mi cuello, el roce de su pelo

en la mejilla, entrecierro los ojos acunada por el sopor del fuego y la calidez de su cuerpo, tan cerca, tan vivo, tan apetecible...

Entonces un estallido de risas y palmas nos devuelve al presente.

—¡Venga, otra! —grita alguien desde el patio. El chico de la guitarra ha empezado un villancico improvisado, y los jóvenes aplauden marcando el compás.

Pablo se levanta y me tiende la mano.

—Vamos, nos van a echar de menos si no cantamos con ellos.

—No sé si quiero ser parte del coro desafinado.

—Pues mejor, harás contraste.

Me dejo llevar. Nos unimos al grupo, entre voces alegres y vasos vacíos. Majo baila con una de las alumnas del taller, los chicos de repostería aplauden al ritmo y las señoras del club de lectura cantan con un entusiasmo juvenil. Todo parece suspendido en una especie de euforia amable, como si el invierno no existiera. Y yo, sin quererlo, me descubro sonriendo. No pienso en el pasado ni en el futuro. Solo en el fuego, en la compañía y en la voz de Pablo junto a mi oído, tan cerca que podría confundirla con la mía propia.

10
El día después

Abro los ojos con la cabeza pesada y la sensación de no haber dormido bien. La luz que se cuela por las rendijas de la persiana es suave, pero lo suficiente para obligarme a aceptar que ya es de día y debo levantarme. En el aire siento un silencio espeso, el mismo que queda después de una noche ruidosa, cuando la alegría se apaga y solo quedan los ecos. Me quedo tumbada unos segundos, intentando recordar en qué momento me fui a la cama. La cena, las risas, la música, la guitarra en el patio… y la mirada de Pablo, que se cruzó con la mía más de una vez durante la velada. ¿Casualidad o me buscaba?

Al girarme, me sorprende el desorden que dejé; veo los zapatos en una esquina y el vestido colgado a medio caer de la silla. Me levanto con torpeza y camino descalza hasta el baño. El agua fría del grifo me despeja más que un café. Me miro al espejo y tengo ese aspecto que dejan las noches que se alargan más de lo previsto, ni fea ni guapa, solo cansada.

Dejo que el agua caliente de la ducha me devuelva poco a poco al mundo. Bajo el chorro y dejo que las imágenes aparezcan en desorden: Majo bailando, Pablo riendo, las voces, los villancicos y, sobre todo, la sensación de que algo ha cambiado dentro de mí.

Cuando salgo, envuelta en la toalla, encuentro el piso vacío y tranquilo, como si la casa se hubiera detenido para dejarme pensar. Me visto despacio, sin ganas de presentarme todavía por el taller, y justo entonces suena el timbre.

Bajo las escaleras con el pelo todavía húmedo. En la puerta hay un mensajero joven, con el uniforme arrugado y las mejillas rojas por el frío.

—¿Blanca? —pregunta, leyendo de una etiqueta—. Tengo una entrega para ti.

—¿Para mí? —repito, sorprendida—. ¿De quién?

—A ver… pone «Pablo Ozores».

Una vez firmo, me entrega una caja mediana envuelta en papel dorado con un lazo rojo. La sostengo con cuidado, todavía desconcertada. Le doy las gracias y cierro la puerta. La caja pesa poco, pero el corazón me late con una impaciencia que no sé justificar.

La llevo hasta la mesa y la abro despacio, como si dentro hubiera algo demasiado frágil. Me sorprende ver una taza con renos, galletas con formas navideñas, una bolsita de cacao, un gorro rojo con pompón y, en el fondo, un diminuto Papa Noel de plástico que, al pulsar un botón, gira mientras suena *Jingle Bells*. Me echo a reír, a pesar de mí misma.

Entre los objetos hay una nota doblada: «Para que te vayas aficionando. Te prometo que la Navidad mejora cuando decides disfrutar. P.».

Me apoyo en el respaldo de la silla, con la nota entre los dedos, y siento ternura y, a la vez, desconcierto. No sé si lo ha hecho para burlarse de mi escepticismo o porque realmente le hace ilusión que me contagie de su entusiasmo, pero el gesto tiene algo cálido, algo que se me mete dentro sin permiso.

El sonido de pasos por el pasillo me saca del ensimismamiento. Majo aparece con el pelo alborotado y una taza en la mano. Al ver la caja, se detiene.

—Por favor, dime que eso no es lo que parece —dice, entre divertida y resignada.

—Si parece un atentado navideño, lo es.

—Ay, ¿es de Pablo? Está loco. —Lee la nota y luego levanta el Papa Noel, que empieza a girar y cantar—. Mira esto, es imposible no querer a este hombre.

—Dirás odiarle —respondo, intentando disimular la sonrisa.

—Bueno, también. Pero reconócelo, es un detalle precioso.

—Eso parece

—Y tú te estás riendo, aunque intentes disimular—dice, señalándome con una sonrisa cómplice.

Me encojo de hombros.

—Supongo que tiene su encanto.

—¿El muñeco o Pablo

—El café —respondo, y ambas reímos, aunque noto que su risa se apaga más rápido que la mía.

Majo bebe un sorbo de su taza y mira hacia el patio.

—Venga, arriba el ánimo. Hay que recoger todo lo de anoche antes de que se nos eche la tarde encima. Pero, primero, acabemos el desayuno —sentencia antes de atarse el delantal.

Mientras caliento un poco de leche en la cocina, pienso en la noche anterior, sobre todo, en la forma en que Pablo me miraba cuando creía que no lo veía y en lo cerca que estuvo su cara de la mía junto al fuego. Me repito que no tiene sentido, que solo fue el ambiente festivo lleno de un espíritu navideño en el que no creo, pero hay algo que me traiciona: la sonrisa que no logro borrar mientras remuevo el café.

Cuando acabamos, sacamos el aspirador y la escoba para limpiar. Las mesas ya están despejadas, los vasos apilados junto al fregadero, y el suelo apenas conserva rastros de confeti y de alguna servilleta olvidada.

—Parece que se portaron bien —digo.

—Sí, los chicos del taller de cerámica ayudaron antes de irse. Me encanta verlos tan implicado

—responde, con la cara de orgullo, que no oculta el cansancio propio de quien ha dado todo y empieza a notar la carga.

Mientras pasamos los trapos por las mesas, comentamos la noche anterior: las risas, los villancicos, la guitarra del chico del patio, las señoras del club que prometieron repetir aunque nadie recuerde exactamente con quién bailaron. Es una conversación liviana,

necesaria, una forma de alargar la resaca emocional de algo que salió bien.

Pablo no ha aparecido en todo el día y, aunque su ausencia late como una pequeña pregunta que no me atrevo a formular, finjo que no me importa. Paso el paño por la encimera, recojo los restos de velas derretidas, los platos que nadie quiso lavar anoche, y me concentro en esos gestos automáticos que sirven para esconder lo que una piensa. Majo, a mi lado, guarda los cubiertos y limpia sobre limpio, como hace quien necesita moverse para no pensar en lo que no quiere. La oigo suspirar, abrir y cerrar cajones, ordenar por ordenar. Todo parece normal, pero debajo de esa calma hay algo que no logro descifrar.

—Se echa de menos a Pablo, ¿verdad? Aunque sea solo para saludar, siempre pasa por aquí. Pero hoy no vendrá, le toca visita a su padre —dice de pronto, sin mirarme, como quien deja caer una frase solo para llenar el aire—. Me lo comentó anoche antes de irse.

La frase me pilla con un vaso en la mano. Me limito a asentir, aunque lo que iba a decir no tenía nada que ver con eso. No sé si me alivia o me desconcierta saber dónde está. Tal vez ambas cosas.

Entre nosotras se instala un silencio momentáneo, que flota sobre la mesa, mezclándose con los restos del jabón y el sonido lejano de la calle. Majo sigue moviéndose, pero ya sin ritmo; su forma de guardar los platos se vuelve torpe, distraída, y en su perfil hay un cansancio nuevo, uno que no se cura con dormir. Yo me quedo quieta, con las manos húmedas y una sensación extraña en el pecho, como si algo se hubiera desplazado un milímetro dentro y no supiera todavía si dolerá. La miro un momento. Hay algo distinto en su gesto, una sombra leve en los ojos, está aquí físicamente pero con la cabeza en otro sitio.

—Majo —digo al fin—, si necesitas hablar, ya sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

Ella deja el paño sobre la mesa y suspira.

—No es nada. Solo estoy cansada.

—No me lo creo.

—De verdad, Blanca… —Empieza a decirlo, pero su voz se quiebra. Se lleva una mano al rostro, intenta sonreír, y en ese gesto algo se rompe del todo. Las lágrimas le llegan sin aviso, silenciosas, rápidas.

Doy un paso hacia ella y la abrazo sin pensarlo. Siento su cuerpo temblar un instante antes de rendirse al llanto. No digo nada, porque las palabras sobran cuando el dolor ya está dicho en la forma en que alguien se deja caer en los brazos de otra persona.

Alargo el abrazo hasta que ella lo necesite, en medio del taller vacío, rodeadas de objetos y sin los restos de una fiesta que ya parece de otro tiempo. Miro hacia la calle, donde el día sigue claro y frío, ajeno a todo. Dentro, solo queda el sonido pequeño de su respiración y el peso de lo que todavía no se atreve a contarme.

11
La Navidad y sus trampas

El teléfono vibra sobre la mesa justo cuando termino de fregar los últimos platos del desayuno. Majo está en el taller, concentrada en una hornada nueva, y yo aprovecho el silencio para contestar un par de mensajes atrasados. Uno de ellos viene del grupo del pueblo, el que dejé silenciado hace días. Me cuesta decidir si abrirlo o no, pero al final lo hago, y la primera frase me estalla en la cara: «¡Ganamos el concurso de decoración de la comarca!».

Las fotos llegan enseguida. La plaza cubierta de luces, las fachadas repletas de guirnaldas, los árboles falsos, el portal viviente con sus figuras congeladas en sonrisas que parecen talladas, y el alcalde con el trofeo en la mano. Todos comentan lo mismo, llenos de orgullo. «El pueblo más bonito de la comarca». Me muerdo el labio y noto esa mezcla de nostalgia y fastidio que solo provocan las cosas que una vez te hicieron feliz y ahora no sabes si te sobran o te faltan.

Decido llamar a Esther, una de mis amigas del pueblo, para felicitarla

—¡Qué barbaridad, Blanca! —me dice entre risas—. Este año nos lo hemos currado, el premio estaba cantado.

—Ya lo veo. —Intento sonar alegre—. Debe de estar todo precioso

—Deberías venir a verlo, te encantará

—Ya veré. De momento os veo en Instagram.

Ella se ríe sin entender del todo mi tono y promete mandarme un vídeo de la plaza. Cuando cuelgo, veo un mensaje que no sé cuánto

lleva ahí, esta vez de los franceses que alquilan la sala de mi antiguo *coworking*: «*Bonjour, Blanca. Nous devons te parler du restaurant...».*

Traducción: problemas. Abro el correo completo y ahí está la noticia. Están pensando cerrar. Las fiestas van bien, pero después el turismo baja, el alquiler les resulta alto, y que añadan que «quizá retomemos en primavera» no es algo que me alivie. No puedo apartar la vista de la pantalla, ni quitarme de encima esa sensación de que el suelo se me desplaza apenas un centímetro, lo justo para perder el equilibrio. Sin ese ingreso, apenas me da para mantener el piso del pueblo. Y aquí, en Madrid, no tengo trabajo.

—¿Todo bien? —pregunta Majo desde la puerta, con el mandil lleno de harina.

—Perfectamente—, y dejo el móvil boca abajo sobre la mesa.
Ella sonríe, pero sé que no me cree. Me siento, saco mi cuaderno y escribo, como suelo hacer cuando necesito tomar una decisión. En unos días cambiamos de año y yo todavía no sé qué haré a partir de enero.

El taller está vacío porque las clases se han parado hasta después de las fiestas. Solo a veces llega alguien a usar los tornos, o el horno, o simplemente a pasar un rato de lectura junto a la chimenea. Majo aprovecha los días tranquilos para limpiar y a mí me ha tocado la zona de las librerías. Estoy ordenando la sección de romántica cuando suena mi teléfono móvil y veo «mamá» en la pantalla.

—¿Es que no piensas venir a vernos? —Escucho su tono entre alegre y recriminatorio, el mismo de siempre, y ya me pongo en alerta—. Tu padre quiere saber si vas a venir por Navidad

—Mamá, ya te dije que no

—No puedes pasar estas fechas sola

—Puedo. Y quiero. Además, estoy con Majo, ya lo sabes.

—Ay, niña, siempre con ese carácter. Solo es una cena y estaremos todos. El año pasado ya faltaste por culpa de… ese. Te echamos de menos, hija.

—Precisamente, es la cena del año que menos me apetece —respondo, intentando mantener la calma—. No quiero ver a tu nuera haciéndose la perfecta mientras presume de los regalos que compra con el sueldo de mi hermano, y echándome todos en cara que si vivo así o asá, que si me hubiera metido en el bufete de papá, que si… Prefiero pasar la noche con gente que no me reprocha nada y me quiere cono soy.

—Blanca, por favor.

—¿Qué? ¿Acaso no es verdad?

—Cariño, queremos lo mejor para ti. Al menos ven a vernos, hazlo por nosotros.

Me rindo. No sé por qué, pero pienso en Pablo, que su hija está lejos y la echa de menos, que su madre ya no vive y que su padre está ingresado por culpa del Alzheimer, y me digo a mí misma que mis padres también se hacen mayores. ¿Vale la pena aguantar unas horas? Al final, cedo, siempre pasa lo mismo.

—Está bien. Iré el 24. Pero el 25 me vuelvo.

—Me conformo con eso. Te preparo la habitación —dice, y cuelga antes de que me arrepienta.

Me quedo mirando la ventana, abstraída por la luz del mediodía que cae sobre las calles decoradas, y pienso que, por más que intento escapar de la Navidad, ella siempre me alcanza. Los villancicos y los escaparates no son lo único que me recuerda que hay algo roto en alguna parte de mí que no sé cómo recomponer, y no creo que la Navidad sea la culpable. Quizá, como decía Pablo en su nota, todo sea cuestión de permitirme disfrutarla.

Majo me escucha en silencio mientras guardamos los moldes de galletas. Le cuento lo de mi madre, la promesa de cenar con ellos aunque no me apetezca nada, y la sensación de que diciembre se me viene encima como una ola helada. Ella asiente despacio, concentrada en encajar los utensilios en la estantería, y vuelvo a pensar que, para ella, colocar cosas es su forma de ordenar también los pensamientos.

—No me queda más remedio —digo, intentando restarle importancia—. Mi madre no va a parar hasta verme sentada en su

mesa. Pero le prometí que el veinticinco volveré a Madrid

—Harás bien —responde—. Yo todavía no lo he decidido. Mis padres se mudaron a las afueras, ya sabes, en ese caos de chalets y luces por todas partes. Es imposible aparcar, pero mi madre se pone tan contenta que sé que debería ir.

—Al menos a ti te hace ilusión.

—Más o menos —sonríe sin alegría. ¿Será que prefiere pasar la noche con otra persona? ¿Será Pablo aunque lo nieguen delante de mí? Si sale con alguien me gustaría saberlo, pero no insisto—. Es lo que toca —añade resignada.

La puerta del local se abre con un tintineo leve y Pablo aparece, abrigado hasta las orejas y con las manos en los bolsillos. Trae ese aire distraído de quien llega sin saber si interrumpe o no.

—Buenas tardes —saluda—. ¿Llego en mal momento?

—Nunca es mal momento para que alguien traiga chocolate caliente —responde Majo con una sonrisa que ilumina el gesto.

—Hoy no traigo nada, solo paso a saludar. —Se apoya en el marco de la puerta—. Vengo de hacer unos recados.

Me fijo en cómo se miran, con la complicidad de los que se conocen bien, sin necesidad de palabras. Pablo deja la bufanda sobre una silla, se frota las manos y pregunta con naturalidad:

—¿Y vosotras? ¿Planes para Nochebuena?

—De eso estábamos hablando.

Majo le cuenta lo suyo, lo de la cena familiar, las luces y el caos del aparcamiento. Yo espero que nadie me pregunte, pero no hay suerte.

—Voy a Toledo —digo, resignada—. Cena en casa de mis padres. Mi madre no acepta un «no» como respuesta.

—Toledo… —repite él—. Bonito sitio.

—Bonito y frío. Ideal para que se me congele la paciencia. Aunque no viven en la ciudad. Se fueron de Madrid cuando se jubilaron.

Me mira satisfecho, y Majo también.

—¿Y tú, Pablo? —pregunta ella.

—Nada especial. —Se encoge de hombros—. El veinticuatro, a eso de las seis, pasaré por la residencia a ver a mi padre; les hacen una cena especial y podemos ir los familiares. Luego, volveré a casa. Tranquilo.

—¿Solo? —pregunta Majo.

—Sí. Este año no tengo a Sofía.

Ella lo mira con un gesto que mezcla ternura y lástima.

—Podrías venir con nosotros —propone—. Mi madre hace comida de sobra, y mi padre se alegraría de volver a verte.

Pablo sonríe, agradecido.

—Gracias, de verdad. Pero prefiero no incomodar. Bastante lío tenéis —bromea, y Majo se ríe—. Puedo ir con mi hermano o quedarme y preparar la casa para los días que estará mi hija. No os preocupéis.

—¿Lo veis? —intervengo con sarcasmo—, tanto rollo por no asumir que es una noche más. Con gusto me cambiaba por ti.

—No lo creo.

Se sonríen entre ellos y me quedo observándolos, con esa sensación extraña que no sé cómo nombrar. Quizá porque él no parece incómodo al hablar de su soledad, mientras que a mí la idea de ir a casa de mis padres me da una especie de urticaria emocional.

—Ya ves —digo, intentando sonar ligera—. Todo el mundo hablando de familia, de abrazos, de luces… y yo pensando que la Navidad es la época más sobrevalorada del año.

Pablo levanta una ceja, divertido.

—No te rindes, ¿eh?

—Ni pienso hacerlo. —Cruzo los brazos—. Cada vez que alguien dice que la Navidad une, pasa algo que lo desmiente. Las cosas se tuercen, la gente se desea lo mejor, pero no lo siente, y cuando llega enero, solo queda cansancio y el vacío de los días normales.

—Qué optimista —replica, entre risas.

—Realista —corrijo.

Majo niega con la cabeza, pero sonríe.

—Ay, Blanca, eres un caso. Algún día alguien te convencerá de que la Navidad también puede ser bonita.

—Si llega ese día, te aviso —digo, aunque sé que no lo creo.

Pablo se despide poco después. Promete pasar a saludar antes de marcharse el 24, «si no lo detienen los villancicos de la residencia», dice con sorna, y cuando se va, Majo y yo acabamos de recoger la cocina después de sacar las galletas del horno para llevarlas al mercadillo al día siguiente. Ella parece algo rota —¿o son imaginación mías?--, pero tranquila. Yo, en cambio, siento que todo se ha quedado a medio decir: lo de mi madre, lo de los franceses, lo de Pablo. Y, sobre todo, lo de mí misma, esa contradicción que me empuja a quejarme de la Navidad mientras empiezo, muy a mi pesar, a echarla de menos cuando se va.

12
No todas las luces alumbran igual

—Te has levantado temprano. —Majo me saluda desde la mesa del desayuno.

—Sí, he empezado a ponerme nerviosa porque no tengo ningún regalo comprado. Creo que no puedo presentarme en casa de mis padres con las manos vacías y solo tengo hoy para comprar algo, aunque no tengo ni idea de qué. Estará mi hermana con su marido y los niños, mi hermano y la perfecta de su mujer… Odio esta obligación de tener que regalar a todo el mundo.

Majo traga saliva y mira hacia otro lado antes de contestar. Repaso lo que he dicho porque no sé qué le ha podido poner nerviosa. Serán sus propios pensamientos.

—Seguro que se te ocurre algo.

—¿Te apetece venirte de compras?

—Apetecer sí, cariño, pero tengo que hacer la planificación de la semana que viene, si quiero tener un par de días libres. Nos vemos más tarde.

—De acuerdo.

—Que te sea leve —se despide cuando ya he alcanzado la puerta de la calle.

Salgo temprano, con la idea de aprovechar la mañana cuando menos gente hay y evitar las aglomeraciones de gente enloquecida por las compras. No sé muy bien por qué lo hago, si está claro que lo detesto, pero algo en mí se resiste a presentarse sin ningún regalo —y que me critiquen por ello—, aunque siga pensando que

las fiestas son una farsa bien envuelta. El aire está frío y el cielo parece cubierto por una gasa blanca. Las calles del barrio tienen ese brillo engañoso de los días previos a la Nochebuena.

Mientras salgo de la plaza hacia la zona más comercial, repaso mentalmente la lista: una novela para mi madre, unas zapatillas para mi padre, algo simbólico para mi hermana, un vino para mi hermano y juguetes para los niños. De mis cuñados paso. No espero disfrutar la mañana de tiendas, pero al menos es una excusa para salir. Al girar la esquina, alguien me llama por mi nombre.

—Blanca, ¿te vas de expedición navideña?

Pablo está delante de la fachada de la librería, con las manos en los bolsillos y su inseparable gorro de lana que le aplasta el pelo. Me regala un gesto divertido que se le escapa cuando no sabe si lo están tomando en serio.

—Más bien de penitencia —respondo—. Tengo que comprar regalos y no tengo paciencia ni ideas.

—Entonces necesitas un guía. —Sonríe, ofreciéndome el brazo—. Puedo acompañarte, si no te asusta mi criterio.

—No prometas demasiado, igual acabo comprando carbón para todos.

—Eso también puede ser un gesto de amor.

Empieza a caminar a mi lado sin esperar respuesta. No sé si me incomoda o me alivia, pero no lo detengo. A nuestro paso, la gente se cruza con bolsas, adornos, bufandas de colores, y eso que todavía no es hora punta; todo vibra con esa prisa alegre que no comparto. Entramos en una tienda de accesorios, donde el aire huele a jazmín y canela.

—Esto parece el taller de los Reyes Magos —murmura Pablo, observando las estanterías.

—Si los Reyes Magos cobraran comisión, tal vez. —Cojo una bufanda para mi madre—. ¿Qué regalarías tú a una mujer que tiene todo lo que quiere y aun así no está contenta con nada?

—Tiempo. —Lo dice sin pensarlo, como si fuera evidente—. Aunque no se vende, ni se envuelve.

La respuesta me divierte y me sorprende. Pago la bufanda y seguimos andando, deteniéndonos en escaparates, riéndonos de algunos adornos excesivos, comentando lo absurdas que son ciertas modas. Él consigue que lo rutinario tenga otra textura. No hay coqueteo abierto, pero la cercanía flota entre nosotros, silenciosa y tibia.

Decido que la bufanda es para mi hermana cuando entramos en la librería y escojo una novela para mi madre, que le encanta pasar las tardes leyendo junto a la chimenea. Aprovecho y compro cuentos para mis sobrinos, aconsejada por Pablo a cuya hija le encantan, y otro libro para mi hermano. Solo me falta mi padre.

Cuando nos sentamos a tomar café, el vapor del interior empaña los cristales y el ruido de la calle se atenúa. Hemos escogido un bar pequeño, con mesas de madera oscura y luces cálidas.

—Sigo intrigada porque estés tan implicado con la Navidad —le digo, removiendo el azúcar.

—No es que lo esté. Pero aprendí a hacer las paces con ella. Antes la odiaba tanto como tú.

—A la que este año no le está sentando bien es a Majo, ¿no crees? Nunca la había notado tan esquiva y con el ánimo tan cambiante. Espero no ser la causa. Me quedaré con mis padres unos días si molesto aquí.

—No, no es por ti —salta—. De todas formas, si estás incómoda en su casa, yo tengo sitio.

—Bueno… Me parecería mal. Entonces sí que se mosquearía conmigo. Gracias, eres muy amable, pero no. Lo que me gustaría es saber qué le pasa y creo que tú tienes una ligera idea, ¿me equivoco?

—Tendrá que ser ella la que te lo diga, no yo.

—¿Ves? Lo sabía. Algo os traéis entre manos vosotros dos. Tenéis una relación extraña.

—Puede ser, pero no es lo que piensas, ya te lo he dicho. Majo fue mi mejor regalo de Navidad del año pasado. Mi ángel de la guarda.

—¿Qué dices? ¿Ahora me contarás que te gusta la Navidad por Majo?

—Casi, casi.

—No me lo creo. Me estás vacilando.

—Tendrás que escuchar la historia para decidir si me crees o no.

—Soy toda oídos.

Se acomoda en la silla, entrelaza los dedos sobre la mesa y suspira antes de hablar.

—Hace unos años tenía un estudio de arquitectura con mi socio, Miguel, en el centro. Nos hicimos amigos en la carrera. Trabajábamos mucho, teníamos buenos clientes, y mi mujer, quiero decir mi exmujer, llevaba la parte de interiorismo. Éramos un equipo perfecto, o eso creía. Vivíamos por y para el trabajo, sin darnos cuenta de que no quedaba sitio para nada más. Marta trabajaba menos horas para atender a Sofía y yo, quizá me acomodé a la tranquilidad de la familia en la que todo funcionaba como un reloj, y quise trabajar más aún, con viajes y proyectos que me consumían todas las horas. Ingenuo de mí, estaba convencido de que lo hacía por mi hija.

Sus palabras caen con lentitud. No hay rabia, solo una calma extraña, como la que dejan los naufragios después de la tormenta. Traga saliva antes de continuar.

—Hace menos de dos años surgió una gran oportunidad en Zaragoza. Después de varias reuniones con los clientes, decidimos que Miguel se trasladaría allí para abrir un despacho temporal donde, quizá, pudiera ampliar con nuevos proyectos. La sorpresa fue cuando Marta me dijo que se iba con él. —Hace una pausa y me mira—. Llevaban juntos varios meses y yo no me había enterado de nada. Al dolor y la humillación, se juntó el que me separaran de mi hija. Pasé un año de peleas jurídicas y de luchas internas entre el odio a mi ex, el engaño tan desgarrador que me consumía por dentro, y el amor a mi pequeña. Estaba tan ofuscado con la situación, que descuidé el despacho y a los clientes, y el tiempo que pasaba en casa, solo, empecé a beber para no pensar. La cosa fue a más…

Lo miro, conmovida por la serenidad con la que lo cuenta.

—¿Y entonces? —Me resisto a acariciarle el pelo y consolarle, que es lo que me pide el cuerpo.

—Vendí la casa en la que vivía con ellas y traspasé el despacho. Compré un piso en la plaza de La Encina, pensando que en un entorno diferente me sería más fácil volver a empezar, pero no fue así. La soledad mezclada con la rabia es un cóctel dañino que yo trataba de paliar con alcohol. Una noche, Majo me encontró sentado en la puerta de su local, medio dormido, muy borracho. Dice que me reconoció de verme por la plaza y por eso no tuvo miedo. Me llevó al taller, me hizo café, me dejó una manta y me dijo que, si al día siguiente seguía allí, me daría una oportunidad. —Sonríe, un poco, aunque es una sonrisa triste—. No tuve más remedio que cumplir. Algo había en mi interior que me hizo actuar con cordura como si fuera la única rama a la que cogerme para no hundirme del todo. Majo me ayudó a salir de todo aquello, a volver a trabajar, a no esconderme… Y todo fue justo antes de Navidad y de que Sofía viniera. Si Marta me hubiera encontrado borracho, me habrían quitado a mi hija para siempre. Por eso no exagero cuando digo que Majo me salvó aunque ella lo niegue.

Entiendo entonces el vínculo que los une. No es romance, sino gratitud, una amistad nacida del rescate.

—Por eso la miras así —digo en voz baja—. Como si le debieras algo que no se puede pagar.

—No le debo nada. —Su mirada se vuelve más profunda—. Me salvó, y eso no se paga. Solo se agradece viviendo un poco mejor y haciendo que se sienta orgullosa, que su gesto valió la pena. Me mira como si me comprendiera antes que yo mismo. Han sido muchas conversaciones compartidas.

Miro hacia la calle mientras proceso todo lo que me ha contado. La gente pasa con bolsas en un ir y venir constante que me marea. Por suerte, dentro del café, el aire está quieto, tibio. Siento la extraña certeza de que me he acercado demasiado, de que compartir esa historia ha cambiado algo entre los dos.

—La Navidad te trajo de vuelta, entonces —digo.

—Sí. El proceso duró meses, pero fue justo en diciembre cuando dejé de esconderme y de volver a ser yo. Nací en Navidad —se ríe y el sonido más alegre de su voz me acaricia por dentro.

—Vale, te lo compro, pero a pesar de tu historia —le digo con sarcasmo para quitarle hierro a la conversación—, yo todavía no le encuentro el encanto.

—Dame tiempo. —Su sonrisa se ensancha—. A mí también me costó.

Pagamos y salimos a la calle. El ambiente es más navideño a causa del olor a castañas y las luces que se reflejan sobre el empedrado húmedo. Caminamos sin prisa hasta la entrada del mercado cubierto, donde el ruido de la gente se mezcla con el eco metálico de las persianas bajando, y allí compro unas zapatillas calentitas para mi padre. Ya están todos. Pablo me ayuda a cargar las bolsas, aunque no pesan tanto, y me acompaña hasta la esquina.

—Prometo no decir que te vi comprando regalos —bromea—. No quiero arruinarte la reputación de Grinch.

—Agradezco la discreción.

—¿Sabes? Creo que empiezas a rendirte un poco.

—Solo he comprado unos regalos. No cantes victoria.

—Eso es un comienzo. —Su voz se suaviza—. Hay inviernos que solo se salvan con un detalle mínimo.

Cuando me despido, se queda un momento en la acera, viendo cómo me alejo. No lo miro, pero lo siento ahí, quieto, con una actitud serena que ha debido trabajar a conciencia en este año. Al llegar al taller, Majo no está. Dejo las bolsas sobre el mostrador y me quedo un rato en silencio, mirando las luces que se filtran por el escaparate. Observo desde dentro el ritmo del barrio en el que crecí, donde la vida es más lenta que en el resto de la ciudad. Este rincón, que casi parece un pueblo, que estuvo olvidado y ahora lo veo renacer, me transmite esperanza. Siento que el invierno al que se refería Pablo al despedirse, no tenía nada que ver con el clima sino con el que algunas personas llevan dentro de su corazón.

Quizá la Navidad no cambie nada, pero hay gestos pequeños, tan minúsculos como un café compartido, y tan enormes como una

historia dura de vivir, que se parecen mucho a una tregua en la que empiezo a disfrutar.

13
Nochebuena

El patio creativo está tranquilo, con la típica calma que antecede a los días en que el mundo parece detenerse porque todos están más interesados por los compromisos navideños que por la rutina del resto del año. Majo revisa la lista del puesto del mercadillo junto a Betty, colocan en una caja lo que prevén que necesitarán y deja sobre la mesa un sobre con las indicaciones del día. Pablo prepara el termo del café y revisa el pequeño carro donde guardan los objetos más vendidos. Todo parece bajo control.

—Si pasa algo, me llamas —dice Majo, ajustándose el abrigo—. Betty es muy apañada, ya lo sabes, pero por si acaso.

—No te preocupes —responde Pablo—. No creo que haya una avalancha de clientes a última hora.

—Conociendo a los rezagados, no apostaría por eso —replica ella, con media sonrisa.

—Pasaré a verla cuando vuelva de la residencia y le ayudo a recoger. Tú disfruta y no te preocupes de nada.

—¿De verdad no quieres venir? No me gusta la idea de que pases esta noche solo.

—De verdad que no, así te cuido el puesto —sonríe—. Me acostaré pronto para madrugar y cocinaros algo especial para mañana.

Yo los observo desde la escalera del piso, con la maleta ya lista.

—¿Tú también te vas ahora? —pregunta Pablo al verme bajar.

—Sí. De ayer a hoy no se me ha ocurrido una excusa convincente para negarme —bromeo.

—Me parece justo. Las madres suelen ganar esas batallas.

—La mía, siempre. —Sonrío, subiendo el asa de la maleta para arrastrarla—. Tiene todo planeado al milímetro.

—Te hace caminar por la línea entre rendición y cariño —bromea él—. El auténtico espíritu navideño.

—No me líes. Voy porque mis padres ya tienen una edad y quiero estar todo lo que pueda con ellos, no porque sea Navidad —le doy un codazo en el brazo.

—Parecéis críos —dice Betty cargando el carro—. En vez de tontear, podríais ayudarme.

—Betty, si tú puedes con eso y más —ríe Pablo mientras la ayuda.

Majo cierra la puerta trasera y se gira hacia nosotros.

—Bueno, señores, que paséis una Nochebuena decente. Y, por favor, no me hagáis sentir culpable si vuelvo a casa más tarde de lo previsto.

—Prometido —dice Pablo—. Aquí, todo controlado.

—Nos vemos el 25 —añado yo.

Nos despedimos con la ligereza de quienes creen que el descanso será breve y los días seguirán igual. En la calle el cielo está limpio y el aire corta un poco las manos, pero en el ambiente hay una alegría contenida, una especie de júbilo sin motivo aparente que me pone triste.

Nos despedimos con abrazos breves. Pablo me ayuda a subir la maleta al coche, que me ha prestado Majo, y se queda en la acera, con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo levantado.

—Ten cuidado en la carretera —dice—. Y si te desesperas, recuerda que mañana todo vuelve a la calma.

—¿Y tú? ¿Lo llevarás bien?

—Lo de siempre: residencia, cena con mi padre, sofá y lectura. —Se encoge de hombros—. La rutina también tiene su encanto.

Le devuelvo una sonrisa y arranco. En el retrovisor, los veo aún allí, quietos, saludando con la mano mientras el coche se aleja.

El viaje no dura mucho, apenas una hora, pero la carretera se llena de luces y coches que parecen moverse todos hacia el mismo destino. A medida que me acerco a la urbanización donde viven mis padres, el aire cambia. Las calles están más ordenadas, los jardines decorados con gusto y los portales iluminados con guirnaldas de colores que parpadean como un coro. No es Toledo ciudad, sino una zona tranquila en el límite con Madrid, con casas amplias y árboles recortados.

Mi madre abre la puerta antes de que llame. Lleva un delantal con dibujos de acebo y una sonrisa nerviosa.

—¡Por fin! Pensábamos que te habías perdido.

—Solo me he peleado con el tráfico.

—Eso te pasa por no venir antes. Anda, pasa, que ya está todo preparado.

El calor del interior me envuelve como una bofetada dulce. En el salón, el árbol brilla junto a una chimenea eléctrica que simula llamas y ruido de leña. Mi padre se levanta del sofá para abrazarme; huele a colonia fuerte y a nostalgia.

—Cuánto tiempo, hija. —Me aprieta con fuerza—. Estás más delgada.

—Es la luz.

—Ya… —dice, sin creerme.

Mi hermana aparece por el pasillo con una copa de vino en la mano.

—Hola, Blanca. —Su saludo es tan frío como su sonrisa—. Ya pensaba que no vendrías.

—Bueno, tampoco es tan tarde —respondo, intentando que suene a broma.

Durante un rato todo parece un teatro amable: el bullicio en la cocina, los villancicos de fondo, los niños de mi hermana correteando entre las sillas, los hombres hablando apartados como si los preparativos no fueran con ellos... Pero en cuanto nos sentamos a la mesa, el ambiente cambia. Mi madre empieza con sus preguntas en tono de falsa despreocupación:

—¿Y el trabajo, bien?

—Más o menos.

—Por llamar trabajo a no hacer nada —suelta mi hermana. No sé qué le pasa. Nunca hemos sido uña y carne, pero siempre nos hemos respetado. Ella quería formar una familia desde niña, mientras que yo soñaba con conocer mundo.

—¿Y el pueblo? ¿Sin Pieter te aburrirás allí sola? —me interroga mi hermano. ¿Es que no me va a dejar en paz nadie?

—No estoy sola.

—¿No? —interviene mi padre—. ¿Hay alguien especial? Porque el buscavidas ese que tenías por novio…, menos mal que se largó. Menuda pieza.

—Al menos era guapo —dice doña perfección, es decir, la superficial de mi cuñada. No sé cómo mi hermano la soporta.

Trago saliva, contengo la respuesta. Mi hermana finge mirar el móvil, pero se nota que escucha.

—No, papá. No hay nadie. Y no habléis así de Pieter, por favor.

El silencio posterior es casi un alivio. Sin embargo, la tranquilidad dura poco.

—Por cierto —dice mi madre, sirviendo vino a pesar de que sabe que no bebo—, tu padre y yo hablábamos de si no sería mejor que te quedaras por aquí una temporada. Buscar algo en Madrid, más cerca de nosotros.

—Estoy bien donde estoy.

—No queremos meternos, hija, pero… —Su tono se vuelve más bajo—. A veces da la impresión de que huyes. ¿Qué tendrás que hacer donde Cristo perdió el gorro? Es que no lo entiendo de verdad, hija. Mira tu hermana, estable con su marido y sus hijos. ¿Y tú?

Mi hermana pone cara de asco y no sé si es por mí o por ella. No contesto. Me concentro en el pan, en el vino, en cualquier cosa que no sea esa sensación de estar de nuevo en el centro de una escena repetida mil veces.

Cuando los postres llegan, mi hermana rompe su mutismo.

—¿Sigues en contacto con Pieter?

—No, hace meses que no hablo con él. Ya no hay nada que nos una.

—Menos mal —dice mi madre, casi aliviada—. Nunca me gustó. Parecía de esos que prometen mucho y cumplen poco.

Respiro hondo, me levanto con la excusa de ir a por agua y salgo al jardín. El aire frío me devuelve la calma. Las casas vecinas están llenas de luz, con los tejados adornados con estrellas luminosas. Saco el móvil del abrigo y marco el número de Majo.

Su madre contesta.

—¿Diga?

—Buenas noches, soy Blanca. ¡Feliz Navidad, Pura! ¿Está Majo?

—¡Blanca, qué alegría oírte, cielo! —la voz de la madre de Majo suena cercana y un poco conspiradora—. Mi hija ha salido un momento al jardín con sus hermanos. Oye, ya que estás, te quería preguntar. La veo rara, ¿tú no?, con esa cara de quien se le escapa una ilusión y no quiere contarlo, y a la vez está preocupada; diría que hay alguien rondando, aunque cuando se lo insinúo cambia de tema y se hace la despistada… ¿tú sabes algo de algún chico, es del barrio?

—La verdad es que no sé nada —respondo, buscando no dejar huecos por donde se me note la sorpresa.

—Me tiene intrigada —continúa ella, bajando la voz—; no nos lo quiere decir, pero lo noto, y eso que yo, si la veo feliz, me callo y aplaudo, pero cuando una madre intuye que se le ocultan cosas se queda con un nudo en el estómago… dime, ¿te ha comentado si es alguien de vuestro círculo, quizá conocido tuyo, de esos que pasan por el local?, porque me llegan rumores, ya sabes cómo es el barrio, y preferiría equivocarme antes que verla metida en algo que le haga daño.

—Ojalá pudiera ayudarte —digo al fin, midiendo cada palabra—; pero es ella la que debe contártelo, si es que hay algo.

—Ya, claro. Qué conste que yo solo quiero que le vaya bien —remata con un suspiro que intenta sonar alegre—; si hablas con ella, dile que espero que me cuente al menos si es de fiar, que una madre duerme mejor cuando puede ponerle nombre a las sombras.

Consigo despedirme con una frase cortés. Cuelgo despacio, con el teléfono aún en la mano, y me quedo mirando las luces del jardín. Dentro se oyen risas, el tintineo de las copas, una canción alegre. Todo parece encajar, salvo el hueco que siento en el pecho.

Majo tiene una relación. Y ni su madre ni yo sabemos nada. ¿Por qué lo oculta? La idea de que esté en algo oscuro me deja helada.

Vuelvo a entrar. Mi hermana levanta la vista del móvil y me observa con curiosidad.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien —respondo, aunque la voz me suena lejana—. Solo necesitaba aire.

Me siento de nuevo a la mesa. El turrón de yema que cojo por impulso sabe demasiado dulce y la conversación continúa como si nada. Pero dentro de mí se ha abierto una grieta diminuta, de esas que no hacen ruido, pero lo cambian todo.

Pienso en Majo, en su mirada perdida los últimos días, en el modo en que Pablo evitó responder cuando le pregunté por ella, y me doy cuenta de lo fácil que es construir una mentira cuando se tiene miedo a perder a alguien. Y, mientras mi madre sirve otra copa, me sorprendo deseando que llegue el día siguiente, solo para poder volver.

Estoy todavía procesando la llamada cuando suena el timbre y mi madre, eufórica, anuncia que ha llegado el invitado especial. Un amigo de la familia entra disfrazado de Papá Noel, con un saco rojo enorme al hombro y un cascabel que tintinea con cada paso. Los pequeños gritan de alegría, se agolpan a su alrededor y lo acompañan hasta el árbol, donde deja caer una montaña de paquetes envueltos en papel brillante.

El jolgorio es total. Mi padre y mi cuñado Marcos se colocan gorros de reno y ayudan a repartir los regalos mientras los abuelos hacen fotos y los niños chillan al descubrir muñecos, coches y cajas de colores. Todo parece tan perfecto que casi me cuesta reconocer a mi propia familia.

Entonces mi hermana me hace una señal desde la puerta del jardín. Cojo mi abrigo y la sigo. Fuera el aire es frío y las luces del

vecino parpadean en silencio. Ella saca un cigarrillo del bolsillo y lo enciende con la torpeza de quien ha perdido la costumbre.

—Pensaba que lo habías dejado —digo, cruzándome de brazos.

—Lo había dejado —repite, exhalando el humo—. Pero últimamente necesito algo que me calme.

La miro con atención. Tiene las manos temblorosas y los ojos hinchados, como si llevara días sin dormir bien.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé —responde tras una pausa larga—. No estoy bien con Marcos. O eso creo. Me cuesta explicarlo… a veces desconfío de todo, de lo que dice, de lo que hace. Siento que hay algo que no me cuenta, y no sé si es paranoia mía o instinto.

—¿Te ha dado algún motivo?

—Ninguno que yo vea. Me trata bien, demasiado bien quizá. Con los niños es un diez, en casa todo está en orden, pero hay algo que no encaja. A veces me pregunto si soy yo, si estoy volviéndome loca o pre menopáusica.

El cigarrillo tiembla entre sus dedos.

—¿Se lo has contado a alguien?

—A ti, ahora. —Fuerza una sonrisa que no le llega a los ojos—. Supongo que necesito ayuda, aunque ni siquiera sé por dónde empezar.

La abrazo sin añadir nada, ¿qué podría decirle?, mientras miro el jardín vacío tras ella. Al otro lado del cristal, la familia aplaude y Papá Noel sigue mareando a los niños con los regalos. La escena parece de postal, pero en el aire flota un malestar que no sé nombrar.

—Vamos dentro —le digo al fin—. Van a notar que faltamos.

Apaga el cigarrillo con la suela del zapato y entramos justo a tiempo para escuchar a mi madre decirle que debería dejar de fumar, que no da buen ejemplo a los niños. Mi hermana asiente con una sonrisa automática y se sienta junto a su marido, que la rodea con un brazo y le susurra algo al oído.

Yo observo la escena desde el umbral, con una mezcla de confusión y desánimo. Pienso en el *coworking* que se va a quedar vacío cuando los franceses se marchen, en la historia de Pablo, en el secreto que Majo guarda con tanto celo, y ahora también en mi hermana dudando de su propia cordura y en esta mesa donde todo brilla como si el mundo estuviera en orden.

Y entonces me doy cuenta de que no hay frase más falsa que *Feliz Navidad*. Si alguien me pidiera describir esta noche, solo podría decir que es demasiado, todo es demasiado: demasiado ruido, demasiadas dudas, demasiadas sombras escondidas detrás de las luces.

Si me atreviera a decirlo en voz alta, quizá solo saldría un susurro: ¡maldita Navidad!

14
La mesa de los que no encajan

La mañana de Navidad tiene algo de resaca emocional. La casa de mis padres aún huele a comida del día anterior y, en la mesa del comedor, quedan copas a medio vaciar y una vela consumida hasta el borde. No tengo demasiadas ganas de hablar, así que me despido temprano y salgo antes de que empiecen a preguntar de nuevo si pienso «reconducir mi vida». Por la única que me sabe mal irme ya es por mi hermana, pero está ocupada con sus hijos y le digo que hablaremos en Madrid. Sí, debería quedar más con ella.

El aire frío me despeja la cabeza durante el trayecto, y mientras conduzco hacia Madrid pienso en lo absurdo que es que la Navidad pretenda juntarnos cuando en realidad cada uno está deshaciéndose por dentro a su manera.

Cuando llego a la plaza de *El patio creativo,* después de aparcar el coche de Majo, ella ya me espera en la puerta, con las mejillas encendidas y un abrigo que parece demasiado ligero para el día que hace.

—Menos mal, pensaba que ibas a desertar —dice, cerrando la persiana del local—. Feliz Navidad —añade y me da dos besos y un abrazo.

—Ya sabes, mi madre y sus *tuppers*. Mira, tenemos comida para toda la semana —respondo, todavía con la sonrisa congelada que me dejó la cena de anoche.

—Pablo nos debe de estar esperando —añade, y su tono intenta sonar casual, aunque hay algo en su mirada que me resulta esquivo

—. Dice que ha preparado un menú de tres estrellas y que no admite excusas.

Caminamos juntas unos metros hasta su casa, un edificio antiguo de fachada gris, con balcones de hierro y escaleras de mármol que han visto demasiadas vidas pasar. Pablo abre la puerta antes de que toquemos el timbre.

—Puntuales. Así me gusta —saluda, con su habitual mezcla de calidez y humor que lo hace difícil de rechazar.

El piso es luminoso, con techos altos y paredes color crema. En el salón hay una estantería repleta de libros y, sobre una consola de madera, una hilera de fotografías enmarcadas: su hija, un perro, paisajes de verano. Todo parece ordenado sin esfuerzo, acogedor sin pretensiones.

La mesa está puesta con una vajilla sencilla, dos velas rojas y un centro de ramas de eucalipto. En la cocina, sobre la encimera, reposan tres fuentes cubiertas con paños: una lasaña humeante, una ensalada de naranja y bacalao, y una tarta de manzana que desprende un aroma que me ha abierto el apetito.

—No sabía si preferíais algo tradicional o improvisado —explica Pablo, mientras sirve agua—, así que he optado por lo que mejor sé hacer: cocinar con lo que queda en la nevera.

—Si esto es improvisar, no quiero imaginarte planificando —comenta Majo, riendo.

Nos sentamos, y durante los primeros minutos reina ese ambiente agradable que solo se da cuando la comida realmente está buena. Luego Pablo empieza a hablar de su padre, con una serenidad que me hace admirarlo más.

—Ayer estaba tranquilo. Apenas habla, pero cuando le abrí la caja con los dulces de Navidad y el Papá Noel bailongo, sonrió. Me miró un segundo, y supe que me había reconocido, aunque fuera solo una chispa. Fue suficiente. Ese ha sido mi mejor regalo de Navidad.
Hace una pausa y bebe un sorbo de agua.

—Después de cenar en casa, salí a caminar por el parque. Estaba casi vacío, salvo por un grupo de niños con trineos de cartón corriendo detrás de sus padres. Me quedé mirando el cielo y pensé

que, al final, eso es lo único que importa: que haya alguien que te recuerde, aunque solo sea un instante.

Majo lo observa con una expresión cariñosa, de esas que parecen hechas de gratitud.

—Te hacía falta una Navidad tranquila —le dice—. Sin ruido, sin prisas, sin nada que demostrar a nadie.

—Supongo que todos la necesitamos alguna vez —responde él.

Ella le sonríe, pero su mirada se pierde un momento en el plato, escondiéndose de nosotros. Su gesto me llama la atención: no es tristeza, sino un brillo contenido, una especie de emoción que disfraza bajo el humor.

—¿Y tú? —pregunta Pablo—. ¿Cómo ha ido tu noche?

—Caótica, como siempre. Mis padres viven por y para el exceso: comida para veinte aunque seamos ocho. Mi hermana estaba tensa, mi hermano pasando de todo y mi madre me preguntó tres veces si pienso dejar el pueblo de una vez. Así que ya ves, la magia de la Navidad, intacta.

Pablo se ríe, y Majo también, pero la suya es una risa más forzada.

—Bueno, al menos tenías compañía —dice ella—. Yo fui a cenar con mis padres y hermanos, pero no me quedé mucho. Estaban encantados, eso sí. No paraban de preguntarme por cosas que no sé cómo responder.

—¿Por ejemplo? —pregunto.

—Por mi vida, en general —responde, moviendo el tenedor sobre el plato vacío—. Y por tonterías que ni vienen a cuento.

Su tono me intriga, pero Pablo interviene antes de que insista:

—A veces la familia es peor que el trabajo. Todos creen tener derecho a revisar tus decisiones.

—Sí, sobre todo cuando ni una misma tiene claro si las decisiones que toma son las correctas —añado, sin pensar.

Nos reímos, pero la risa deja un eco raro. Majo cambia de tema con rapidez, le pregunta a Pablo por el puesto del mercadillo y por Betty, y luego comenta algo de los talleres que ha pensado para

enero. Solo deja de hablar cuando Pablo se levanta para servir el postre y, en ese momento, suena el móvil de Majo. Ella se disculpa con un gesto rápido y sale al balcón, cerrando la puerta de cristal tras de sí. Su voz queda amortiguada, aunque se distingue el tono bajo, algo tenso, de quien no quiere ser escuchada.

Pablo deja la tarta sobre la mesa y me ofrece el cuchillo.

—¿Te atreves tú? —dice, sonriendo.

—Depende del riesgo que corra si lo hago mal.

—Como mucho, un trozo torcido. Y eso tiene su encanto.

Nos reímos. La tensión que había flotado antes se disuelve en un instante. Corto dos porciones, una para cada uno, y al pasarle la suya nuestras manos se rozan sin intención. Es un contacto leve, apenas un roce de dedos, pero suficiente para que a mi me recorra un escalofrío que espero que él no haya notado.

—No sabía si te gustaba la tarta de manzana —dice, dándole un bocado.

—No me gustaba. Hasta hoy.

—Seguro que lo dices para adularme.

Mientras habla, me fijo en la forma en que me mira, entre la ternura y la curiosidad que no resulta invasiva. Me descubro buscándole la mirada más de lo que se considera correcto entre amigos, con la sensación de que entre los dos empieza a formarse una especie de confianza compartida.

Majo regresa al cabo de un minuto. Tiene el gesto serio, aunque lo disimula con una sonrisa rápida.

—Era mi madre —dice, mientras se sienta. Pone el móvil boca abajo y siento que está algo nerviosa—. Se alegró mucho de hablar contigo ayer, Blanca. Dice que a ver cuando vamos a verla.

—Claro, me encantaría.

Pablo corta una porción de la tarta de manzana para ella, con una concentración casi solemne, mientras Majo, desde el otro lado de la mesa, se recoge el pelo en un gesto distraído. Me fijo en la pulsera que lleva en la muñeca, que brilla con la luz del ventanal. Es una cinta dorada muy fina, con un pequeño colgante en forma de hoja.

—Qué bonita —le digo, sin pensarlo, mientras ella toma el plato que le tiende Pablo—. No te la había visto antes.

Majo baja la mirada hacia su muñeca y sonríe, pero tarda un segundo en contestar.

—Ah, esta… me la regaló mi madre ayer, por Navidad, ya sabes. Una tontería. —Se encoge de hombros, baja las mangas del jersey y busca el cuchillo para cambiar de tema—. ¿Queréis más tarta?

—¡Uf! Yo no puedo más —respondo, aunque apenas pruebo bocado.

Pablo dice algo sobre las recetas familiares y el modo en que cada casa guarda la suya como un secreto, pero sus palabras me llegan lejanas. No puedo apartar la vista de la pulsera. Es idéntica a la que Marcos le dio a mi hermana en Nochebuena, cuando abrieron los regalos en el jardín. La misma hoja dorada y la misma delicadeza del engarce. Trago saliva y sonrío, o al menos lo intento.

Majo habla, Pablo la escucha, y la conversación recupera su ritmo normal, pero dentro de mí todo se queda en suspenso. Me repito que será casualidad, que ese tipo de pulseras se venden por docenas en estas fechas, que no hay motivo para pensar nada.

Aun así, no puedo evitar pensar en lo que me dijo mi hermana y en las evasivas de Majo. Porque no se trata solo de la pulsera. Es la pausa antes de decir que se la regaló su madre, que no sonó a respuesta espontánea, y la forma en que la guardó bajo la manga después, como escondiéndola. Me gustaría que ahora mismo me dijera alguien que estoy alucinando, pero es algo que no ocurre.

Cuando llega la hora del café, Pablo desaparece un momento y vuelve con dos paquetes envueltos en papel kraft, atados con cordel.

—No son grandes regalos, pero me hacía ilusión. —Deja uno frente a cada una.

El mío es una libreta pequeña, de tapas verdes y textura suave, con un bolígrafo a juego.

—Para que apuntes cosas que aún no te atreves a sentir —me dice sonriendo, y su voz tiene esa calidez que atraviesa mis defensas sin dificultad.

—Es preciosa —respondo, sin apartar la vista del cuaderno.

Majo abre el suyo: una vela de jazmín y un adorno de madera en forma de estrella.

—Para tu despacho —explica él.

—Es perfecto. Me encanta. —Su sonrisa es amable, aunque distraída.

—No te hemos traído nada —me excuso—. Ahora es cuando digo que soy más de Reyes Magos y así tengo margen para no quedar mal.

Pablo suelta una carcajada.

—Pensé que dirías que no regalas nada en Navidad porque, ya sabes, la odias y todo eso. Pero mira cómo te ha gustado mi regalo.

—¡Hora de recoger! Pablo, nuestro regalo será fregar, que tú ya has hecho bastante. —Majo se levanta para recoger los platos, y suena una vibración en la mesa. Mira el móvil, lo toma con rapidez y, tras leer el mensaje, se queda quieta unos segundos.

—Tengo que irme —dice, sin dar demasiadas explicaciones.

—¿Tan pronto? —pregunta Pablo, con un tono más sorprendido que molesto.

—Sí. Es… algo que no puede esperar. —Evita nuestras miradas, busca el abrigo y se lo pone sin terminar de abrocharlo.

Estoy a punto de decir algo, quizá una pregunta torpe o un intento de entender, pero Pablo me toca el brazo y niega apenas con la cabeza.

—Déjala marchar —susurra.

Su voz suena tranquila, pero hay algo en su mirada que me deja claro que sabe más de lo que dice. Majo se despide deprisa y desaparece por la puerta, dejando tras de sí el eco de un perfume cálido y un silencio que me agobia.

—Bueno, que no me libro de fregar —bromea Pablo—. ¿Me ayudas?

—¡En marcha! —disimulo como puedo el nudo de dudas que se me ha instalado en el pecho. Cojo los platos y entro en la cocina detrás de Pablo.

—Mejor lo dejamos en el fregadero y ya los meteré en el lavavajillas. ¿Qué te apetece hacer?

—Supongo que yo también debería irme.

—¿A dónde? —pregunta, con esa media sonrisa que a veces desarma y otras irrita—. El día todavía no se ha acabado. Podemos poner una película, o charlar un rato.

—Mejor no. Estoy cansada.

—Eso se arregla con una manta y algo que ver. —Se acerca al mueble, coge el mando para encender la tele y enseguida veo la pantalla con el logo de Netflix. Luego se vuelve hacia mí—. ¿O tienes miedo de que te aburra?

La pregunta me toma por sorpresa. Su tono es más amable que provocador, pero me deja sin respuesta.

—No, no es eso… —digo al fin.

—Entonces quédate. Solo un rato.

Acepto sin saber por qué, o quizá sí lo sé, pero prefiero no pensarlo. Apaga las luces del comedor y deja encendida solo la del rincón, que tiñe el ambiente de un dorado tenue.

—Vamos a lo típico, ¿vale? ¿Love Actually o La jungla de cristal?

—Soy más de The Holiday, tan *cozy…* Pero no tengo ánimo de eso. ¿Te gusta Love Actually? Venga —le reto un poco para fastidiarle—, la vemos.

—En el fondo soy un moñas —ríe—. Voy a hacer palomitas. Siempre tengo para Sofía.

Durante un rato, apenas hablamos más que para comentar alguna escena. La televisión murmura diálogos que no seguimos, y yo noto su brazo a escasos centímetros del mío. El silencio entre nosotros no tiene nada que ver con el que conocí en el pueblo estando a solas. Con Pablo es un silencio que vibra y acompaña.

Al ir a por el cuenco de palomitas, nuestras manos se encuentran a mitad de camino y los dedos se quedan entrelazados un instante que se alarga lo justo para que el pecho me dé un vuelco; él no retira la suya, apenas roza con el pulgar el dorso de la mía, una caricia mínima que me calienta la piel mientras la pantalla nos tiñe de luz intermitente y las rodillas empiezan a tocarse, primero por

accidente y después porque ninguno de los dos hace nada por apartarse.

—Siento que estás preocupada por algo.

—Sí, por Majo. No entiendo qué le pasa y por qué no confía en mí. Además, creo que tú sabes algo.

—Ven aquí.

Me rodea con el brazo hasta que mi cabeza toca su hombro. Reconozco el olor de su colonia, fresca y suave, como es él. Me besa el pelo y se queda apoyando la barbilla sobre mi cabeza.

—Es cierto que Majo tiene algo que no te quiere contar todavía, no puede. No creas que sé mucho más, solo la apoyo y confío en que me lo cuente cuando lo crea conveniente. Ella sabe que la quieres.

Me giro para rebatir sus palabras frente a frente, y lo que encuentro es su mirada ardiente que me atrae y me calienta el pecho, baja por el estómago y llega hasta mi sexo. Siento un escalofrío que lo dice todo.

—O, tal vez, solo haya querido dejarnos solos porque sabe cuánto me gustas.

Pablo dice eso mirando mis labios. Me estoy deshaciendo de deseo justo cuando en la pantalla son Jiana y Sam los que se besan al final de la película. Y hacemos lo mismo. No sé si por contagio, porque llevamos días queriendo hacerlo, o porque Pablo no quiere que hablemos de Majo. Cualquier cosa es posible, incluso las tres.

Siento su lengua abrirse paso entre mis labios mientras entrelaza los dedos por mi pelo. Suspiro al soltar y dejarme llevar. ¿Por qué no? En unos días volveré al pueblo con una historia nueva y un cuaderno nuevo donde contarla.

Pablo hunde su lengua un poco más, la enreda con la mía, me acaricia el pecho y yo dejo de pensar.

15
La pulsera

Aún no sé qué fue lo que más me desveló: si los besos o el silencio que vino después. Quizá ambas cosas.

Cuando por fin logré dormir, todavía tenía la sensación de que su boca seguía rozándome la mía y que su voz, al despedirse, se había hecho un hueco en mi corazón para quedarse en él. Durante un buen rato estuvimos besándonos en su sofá, explorando y conociéndonos de una manera tan física que la ropa sobraba.

—Me he resistido a esto cada día —me dijo en la puerta cuando me acompañó a casa—. He estado con alguna chica desde que me divorcié, pero lo que he sentido contigo es diferente, Blanca. Se lo dije a Majo y primero me prohibió acercarme a ti, luego dijo que leyó en mis ojos algo más que deseo y que era tonto si no lo intentaba.

Le cerré la boca con otro beso que duró lo suficiente como para dejarme los labios hinchados, el corazón palpitando a cien por hora y un deseo aún mayor entre mis piernas.

Pero eso fue ayer y hoy no sé qué me voy a encontrar.

Bajo al local, que está lleno de ruido y movimiento cuando llego; Majo ha organizado un grupo de niños que pintan bolas de arcilla con más entusiasmo que precisión. Hay pinceles por todas partes, agua salpicando los delantales, y una luz blanca que entra a raudales por las cristaleras. Pablo hoy no vendrá. Quiere ir a la residencia a ver a su padre y hacer compras antes de la llegada de su hija mañana. Está nervioso.

Intento sonreír mientras me pongo el abrigo. Le prometí a Betty echarle una mano en el mercadillo y ya voy con retraso. Ella me espera con su energía habitual y un termo de chocolate caliente. Nos pasamos la mañana envolviendo figuritas, hablando con los clientes y esquivando el frío que se cuela por debajo de la carpa. A ratos me sorprendo pensando en él. Me da rabia que un gesto tan simple, como sus caricias y sus besos, me haya dejado tan tocada.

Por la tarde, Betty me pide unas etiquetas que dejó en el taller y regreso un momento. Cruzo la calle casi sin pensar, con los dedos helados dentro de los guantes y la cabeza llena de pensamientos que todavía no tengo claros.

El local sigue siendo un caos encantador. Majo trata de poner orden entre los pequeños mientras canta villancicos desafinados y recoge pinceles que vuelven a caerse al suelo. Al verme entrar, me sonríe sin perder el ritmo.

—En el armario del fondo, a la derecha —me dice, señalando con el pincel—. Están en una caja de mimbre.

Avanzo hasta el fondo. Entre los frascos de pintura y los trapos manchados de color, algo llama mi atención: la pulsera de oro de anoche. La ha dejado ahí, olvidada o apartada para que no se le estropee. Me inclino y la observo después de comprobar que Majo no me mira.

La inscripción es pequeña, grabada con letra elegante: «Te amo. M.».

El aire se me queda atrapado en el pecho. M. El pensamiento llega antes que la lógica. Marcos. El nombre se impone en mi cabeza con la contundencia de algo que encaja sin esfuerzo.

Majo levanta la vista justo en ese momento y su mirada se cruza con la mía. Algo debe notar en mi semblante porque su expresión es de intriga. Y aun así, sonríe, como si nada.

Me guardo las etiquetas en el bolso y salgo del local con el corazón desbocado. Camino dando un rodeo sin saber qué hacer. Saco el móvil y llamo a Pablo. Pero no contesta. Lo intento otra vez. Silencio.

Camino por la calle con las luces encendidas sobre mi cabeza y esa música repetitiva que parece seguirme a todas partes. La gente sonríe, se abraza, carga bolsas llenas de regalos que probablemente nadie necesita. Y pienso que, si la felicidad tuviera banda sonora, en diciembre sería insoportable. Me pregunto en qué momento decidimos que las luces bastaban para tapar las grietas, que un árbol decorado podía compensar todo lo que falta y que toda esa decoración brillante puede tapar una traición.

Sin embargo, algo de ese bullicio se me cuela dentro. Un niño tropieza delante de mí, su madre lo levanta riendo y la bufanda del pequeño roza mi abrigo. Desearía creer que aún puedo sentir que soy parte de esa alegría ajena, pero el corazón me tira hacia otro lado. Tal vez por eso me irrita tanto: porque el mundo celebra y yo solo busco entender en qué momento se me desordenó la paz.

Cuando regreso al mercadillo, el cielo está del color del plomo y Betty recoge las últimas cajas que esperaban a las etiquetas que le acabo de dar. Hablo poco, con fingida normalidad, aunque siento que el suelo se mueve bajo mis pies.

Al cerrar el puesto, vuelvo a *El patio creativo*. Majo está recogiendo los pinceles, tarareando algo para los niños que esperan a que sus padres los recojan. Cuando me ve, su sonrisa parece forzada.

—¿Todo bien en el mercadillo? —pregunta.

—Sí. —Dejo el bolso sobre el mostrador—. Pero tenemos que hablar.

Y esta vez, su sonrisa desaparece.

16
Maldita Navidad

Las mesas quedan cubiertas de pinceles mojados, vasos con agua turbia y confeti de papel; los últimos niños salen en fila con los dibujos en alto y Majo, aún con el delantal, va detrás recogiendo gotas de color que resbalan por la encimera. Cierra la puerta, echa el pestillo y se queda de espaldas, apoyada en el marco como si el cuerpo le pesara más que de costumbre. No me muevo. Ella empieza a ordenar con una prisa innecesaria: apila botes, dobla trapos, limpia una misma mancha tres veces, todo con las manos temblorosas.

—Ya basta —digo desde el extremo de la mesa. Me acerco, le sostengo la muñeca, el paño se queda inmóvil entre sus dedos—. ¿Por qué, Majo, por qué?

La pregunta cae como una losa sobre las dos. Noto que me arden los ojos mientras en mi cabeza solo veo la pulsera de oro con el grabado en el interior, ese nombre reducido a una inicial que empuja a otra palabra en la que no quiero pensar. Majo parpadea, aprieta los labios, balbucea para decir que no sabe, que no quería, que fue un error; lo intenta y se quiebra. Se inclina sobre la mesa, se tapa los ojos con la mano y el llanto le sale a golpes, como quien abre una compuerta que llevaba demasiado tiempo cerrada.

—No quería que te enteraras así —consigue decir—. Y tampoco fue como parece cuando lo cuentas deprisa; yo estaba bien, con mi rutina, con los talleres a tope, y un día él apareció con sus hijos porque querían hacer un regalo para tu hermana y vio que aquí había un taller para niños. Ni siquiera nos reconocimos al principio.

Luego caímos en que habíamos coincidido alguna vez contigo. A partir de ese día, se pasaba de vez en cuando, pero no pasó nada. Luego un café para hablar y así, empezamos a quedar porque me decía que en casa no está bien, y que necesitaba sacarlo. Y yo lo escuchaba. Solo era eso, te lo juro.

—¿Cómo que están mal? —recordé lo que me dijo mi hermana, de que estaban muy distanciados y que ella estaba saturada con el trabajo y los niños. Normal que llegara cansada a casa mientras que él… es que lo pienso y me pongo enferma.

Majo evita mi mirada. El trapo se le escurre entre los dedos, cae al suelo, pero no se agacha a recogerlo. Tiembla ligeramente, no sé si de miedo, de agotamiento o de vergüenza. La observo mientras habla y tengo la sensación de que cada palabra le pesa una tonelada. Hay manchas secas de pintura azul en su delantal y el reflejo del neón del escaparate parpadea sobre sus mejillas húmedas. Es una imagen tan humana que me cuesta sostener el enfado. Y, sin embargo, el temblor que siento en las manos no es compasión, sino rabia. Suspira, se apoya en la encimera, y sigue hablando mirándose las manos.

—Un día se quedó hasta que cerré, abrió un vino y, tú sabes que no bebo, lo probé por educación. Empezó a besarme y ya no me pude detener. No me gusta esto de ser la otra, le he pedido que se decida, o su mujer o yo…, y por eso elegí callar, que no es una excusa, sé que es la peor decisión que he tomado en mi vida.

—No me esperaba esto de ti, Majo. ¡Es mi hermana! Y aun así, me invitaste a venir. No me lo puedo creer ¿Qué esperabas que hiciera yo?

—Creía que lo amaba, ahora ya no lo sé, Blanca. Estoy hecha un lío y me odio por esto.

La escucho de pie, con los brazos cruzados, clavada en el suelo. Me recorre una mezcla de náusea y rabia. La pulsera sigue donde la dejó, brillante, con esa frase ridícula que ahora lo ensucia todo. Abro la boca para responder cuando suena el timbre del local. Majo levanta la cabeza con el sobresalto aún en la garganta.

La distancia entre nosotras parece crecer con cada frase. En el aire flota ese olor metálico del barro cocido y algo más denso, una tensión que no se disipa. Pienso en los desayunos compartidos, en las risas tontas de los primeros días, en la confianza ciega con la que vine aquí buscando un refugio, y todo se desploma ante mí. Majo se seca las lágrimas con el dorso de la mano, me mira de reojo, sin atreverse a hacerlo de frente, y por un momento ambas comprendemos que lo que está roto no es solo su historia con él, sino algo más profundo, algo que se parece demasiado a la amistad.

La puerta se abre y entra Pablo con una bolsa de papel grande y una sonrisa ajena a lo que está ocurriendo.

—He traído sushi —anuncia, en tono festivo—. Pensé que no habríais cenado.

La bolsa sobre el mostrador hace un ruido seco. El gesto de Pablo cambia en el acto al vernos: del brillo del plan improvisado al gesto alerta de quien entiende que ha llegado en muy mal momento. Me mira, mira a Majo, vuelve a mí.

—¿Qué ha pasado?

—Lo sabías —digo sin elevar el tono, con una dureza que lo explica todo. En este momento siento sus besos como un veneno que no debí haber probado. ¿De verdad sintió algo por mí ayer o era otra mentira?

Él sostiene mi mirada y tarda demasiado en responder.

—No era yo quien debía contarlo.

—Pero sí era mi derecho saberlo.

Majo da un paso, quiere hablar por él y por ella, quiere justificar el desastre con palabras que no existen; levanto una mano y no la dejo. El agotamiento me cae de golpe y, debajo, algo se rompe. No grito. No me sale.

—No sé por qué me besaste ayer —me dirijo a Pablo—, si es porque te venía bien que yo mirara a otro lado. Lo que sí sé es que no puedo quedarme aquí ni un minuto más, entre traidores.

Subo al piso sin esperar respuesta. La maleta sale del armario de un tirón. Dentro van el jersey grueso, los pantalones negros, el neceser, los libros, y todo lo que traje para unas semanas; cierro la

cremallera de un golpe y cojo el abrigo. Abajo, sus voces susurran, pero ya no me alcanzan. Salgo por la otra puerta a la calle de un Madrid festivo que solo hace aumentar mi rabia. El aire frío entra de plano y la noche, ahí fuera, parece demasiado alegre para el desastre que llevo dentro. Salgo sin mirar atrás murmurando, una vez más, ¡maldita Navidad!

17
No es Navidad todo lo que reluce

La calle está casi vacía. Solo se escucha el ruido del carrito de mi maleta rodando por las baldosas irregulares. La arrastro con más rabia que fuerza, sin pensar demasiado hacia dónde voy, solo queriendo poner metros de por medio entre el mundo y yo. La parada del autobús aparece al final de la calle, iluminada por una farola que parpadea. Me siento en el banco metálico y frío, con el corazón todavía desbocado, y miro el reloj sin saber si de verdad tengo intención de irme o solo quiero asustar a alguien con la idea de hacerlo.

El aire está helado, pero no me muevo. Podría ir a Atocha, coger el primer tren al pueblo, encerrarme en mi antigua habitación y dejar que pase el invierno mientras decido qué hacer con el *coworking*. O podría ir a casa de mi hermana y contarle todo lo que sé, que el mierda de su marido deje de hacerla sufrir y no volver a ver a Majo. También puedo ir a un hotel y quedarme aquí, en esta especie de limbo, donde nada parece tener sentido, y darme tiempo para entenderlo todo. Solo deseo que acabe esta Navidad de locos. Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano, enfadada conmigo misma por llorar, cuando escucho la voz de alguien pidiendo perdón a la gente que sigue abarrotando las calles.

Pablo aparece sin abrigo, abriéndose paso a empujones, con el aliento visible en el aire y la cara encendida por el esfuerzo. Se detiene frente a mí, intentando recuperar la respiración, y durante unos segundos ninguno de los dos dice nada. Él me mira mientras se

calma y yo le observo mientras mido la distancia entre lo que ha pasado y lo que todavía no sé que ocurrirá.

—Blanca —dice al fin, con la voz ronca—. No te vayas así, por favor.

—¿Cómo quieres que me vaya, Pablo? —le respondo seca, sin poder contener el temblor—. ¿Tranquila? ¿Sonriendo? He pasado semanas creyendo que este sitio era un refugio para mí y ahora ni siquiera sé qué suelo estoy pisando. Los dos me habéis traicionado.

Da un paso hacia mí, despacio, con determinación y cautela.

—¿Dónde piensas ir a estas horas? Vente a casa —dice, sin más, como quien ofrece un abrigo en mitad de una tormenta.

—No sé si quiero estar con nadie ahora, y menos contigo.

—Entonces quédate un rato. Solo eso. No te estoy pidiendo que perdones a nadie, ni que entiendas nada esta noche. Pero no te vayas así, con ese disgusto. Descansa y mañana decides.

Duda un instante, mete las manos en los bolsillos y añade, en un susurro.

—Además, yo no quiero que te vayas justo después… de lo de ayer.

El autobús aparece al fondo de la calle con las luces encendidas. Lo miro acercarse, pienso en subirme, desaparecer, pero algo se queda clavado en el estómago. Pablo da un paso más. Está tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo en el aire frío.

—Solo un rato, cenamos y luego si quieres te llevo a donde me pidas —repite—. Por favor.

Me levanto y, antes de que el autobús llegue, coge suavemente la maleta del asa. No digo nada. Caminamos despacio por la calle que, por fin, empieza a vaciarse de gente que regresa a sus casas, quizá felices, quizá sintiéndose tan desgraciadas como yo, aunque en Navidad esté prohibido.

Cuando llegamos a su edificio, abre la puerta con las manos aún temblorosas. Dentro, la luz cálida del salón rompe la penumbra. Está todo ordenado y me doy cuenta de que ha decorado algunos rincones; entonces me acuerdo de que su hija llegará en un día o

dos. Deja la maleta junto a la puerta y se aparta un poco, como si temiera decir algo que lo estropeara.

—Podemos pedir comida a domicilio, el sushi se lo dejé a Majo. Cenamos y solo hablamos si tú quieres.

—De acuerdo. Solo esta noche. Me iré antes de que venga Sofía.

Me siento en el sofá, sintiendo cómo el cansancio me pasa factura. Pablo pide algo por el móvil y luego se mete en la cocina. Escucho el ruido del agua al hervir, el tintinear de una taza, y me doy cuenta de que el temblor de antes se ha transformado en una calma frágil. Cuando vuelve, me tiende la taza con las dos manos.

—Aquí —dice—. Mano izquierda, que quema.

Sonrío apenas, sin fuerza. Doy un sorbo. No sé si es la bebida, el calor del piso o su manera de mirarme sin pedir nada, lo que hace que no sienta prisa por huir. Pablo se sienta a mi lado, sin tocarme, y da un sorbo a su infusión.

—Blanca, en la vida las cosas se estropean aunque nadie lo busque —murmura—, pero no todo lo que se rompe es una pérdida. Me costó comprenderlo cuando mi exmujer me la jugó. Majo me decía que en cerámica, hay una tradición japonesa de dorar las piezas rotas por las grietas. Lo llaman *kintsugi*: no queda igual, como una pieza recién hecha, pero es más auténtico gracias a ese mapa de cicatrices y se valora más. Tiene una historia, una vida llena.

—Conozco eso, pero no sé si me convence. Duele igual. Pienso en mi hermana…

—Ya sé que no es consuelo. Mi abuela contaba la fábula del cántaro rajado que perdía agua por el camino y, sin saberlo, regaba las flores de la cuneta; parecía roto e inservible y, sin embargo, estaba dando vida y belleza.

Levanto la vista y lo miro, y por un instante me pregunto si de verdad puede creerse lo que dice. Sus ojos buscan los míos, con ese punto de calma que parece un refugio, pero yo no soy capaz de entrar. No después de todo esto.

—No me pidas que lo entienda esta noche —respondo, con la voz más cansada que enfadada—. Ni que la perdone. No puedo hacerlo.

—No te lo pido —dice él, despacio—. Solo que no cargues con más de lo que te toca. A veces los demás se equivocan, y uno se queda recogiendo los trozos como si fueran suyos.

—Es que siempre acabo igual —murmuro—, intentando salvar a todo el mundo menos a mí.

Pablo se inclina un poco hacia delante, con los codos sobre las rodillas. No me toca, no insiste, pero su cercanía tiene algo que me revoluciona por dentro.

—Perdona también eso —dice, y sonríe sin alegría—. Lo de querer salvar a todos.

Me aparto un poco y dejo la taza sobre la mesa. Siento la cabeza espesa, como si dentro todo fuera un ruido imposible de ordenar.

—No sé ni qué hacer ahora. Debería llamar a mi hermana y contarle todo.

—Blanca… —empieza él.

—No, no me digas nada. —Me levanto, incapaz de quedarme quieta—. Todo esto me supera. Yo solo vine aquí para huir de la Navidad y de la soledad del pueblo, para distraerme y probar cómo sería volver a vivir aquí, y de pronto estoy en medio de un enredo que no entiendo y que me afecta. Pase lo que pase, una de las dos personas que quiero va a sufrir.

Pablo se pone en pie también, con cautela, intentando no acortar demasiado la distancia.

—No estás en medio de nada. Estás donde te llevó la vida, y eso no es culpa tuya.

—No lo sé. —Suspiro—. Quizá lo sea un poco. Por mirar siempre a otro lado, por no querer ver.

Él niega despacio, y hay un brillo en su mirada que no reconozco todavía.

—Lo importante es que ahora ves. A veces eso basta para empezar a arreglar lo que se ha roto. Yo no sé qué relación tienen tu hermana y Marcos, si les va bien o no. De lo que estoy convencido es de que los tres merecen ser felices, y Majo no tiene la culpa de ello. Meses de terapia me han ayudado a comprender lo que me

pasó a mí. Echaba la culpa a Miguel, luego a Marta, a mí… Pensar en culpas es perder el tiempo, Blanca.

Guardo silencio. No me atrevo a mirarlo. Me limito a recoger la maleta que había dejado junto a la puerta y a sujetar el abrigo entre las manos.

—Déjame un rato sola, Pablo. Necesito pensar, o al menos intentarlo.

Me acompaña por el pasillo y abre la puerta del cuarto de Sofía. El aire huele a limpio, con el aroma neutro de las habitaciones que esperan a alguien después de estar tiempo vacías. Hay una cama de madera clara, la colcha es blanca con dibujos de hojas y, sobre la mesilla, una lámpara pequeña que deja una luz cálida y tenue.

—No te preocupes. Mañana se la preparo otra vez a Sofía —explica—. Puedes dejar la maleta ahí.

—Gracias —susurro.

Él se queda en la puerta, sin entrar, con las manos en los bolsillos.

—No pienses demasiado esta noche. No arreglarás nada sin dormir.

—Lo sé.

Cuando cierra la puerta tras él, el silencio me atrapa y me presiona en los oídos. Me siento en la cama, con la maleta aún sin abrir, y siento el cansancio en los huesos, una mezcla de rabia, decepción y un vacío que duele.

Apoyo la frente en las manos. No sé si he hecho bien quedándome, ni si mañana seré capaz de hablar con mi hermana. Pero, por ahora, solo quiero que el mundo se calle un rato.

Me tumbo sin desvestirme, con la luz encendida. Escucho a Pablo moverse por la casa, apagar las luces del salón, cerrar un grifo, y esa rutina ajena me reconforta por lo cotidiano que me parece. Cierro los ojos y me permito imaginar que el día no ha sido un derrumbe, sino solo una pausa.

Aun así, antes de dormirme, sus palabras regresan, insistentes: «No todo lo que se rompe, es una pérdida*».* Y yo, que no creo en milagros ni en consuelos, me sorprendo deseando que tenga razón.

18
Una y la otra son más de dos

Despierto con una sensación extraña, más relajada de lo que esperaba, tras haber dormido del tirón. Será por la cama, supongo, porque al acostarme creía que me costaría coger el sueño. Antes de mirar la hora en el móvil, me quedo pensando en todo lo que ha ocurrido y en mi papel dentro de una historia que no es la mía, por más que quiera a mi hermana Amelia y a Majo. Creo que lo mejor es volver a mi casa, pasar el fin de año allí aunque sea sola. Había pensado invitar a Pablo y a Majo, pero en estas circunstancias, lo descarto. A él, porque estará con su hija, y a ella, está claro por qué.

Entre mis reflexiones se cuelan ruidos que rompen el silencio de la mañana. Agudizo el oído porque creo que son voces. ¿Pablo está con alguien? ¿Será la televisión? Sí, eso debe ser. Escucho también sonidos de la loza y el olor del café me llega casi al mismo instante. La claridad del día entra por las rendijas de la persiana y dibuja líneas temblorosas sobre el suelo. Me incorporo despacio, con el corazón tan revuelto como mi pelo, y busco la sudadera que dejé sobre la silla. Me la pongo encima del pijama, todavía con el cuerpo enredado en el sueño, y abro la puerta sin hacer ruido. Cada paso que doy me acerca al murmullo, a un vaivén de palabras que no logro entender porque suenan muy bajo, imagino que para no despertarme.

Camino por el pasillo descalza, con el móvil en la mano sin haberlo mirado aún, el suelo está frío bajo los pies, y entonces escucho algo que me detiene: la voz de Pablo… y otra que reconozco al instante.

Cuando llego al salón, el corazón se me para al mismo tiempo que sus palabras.

Majo está sentada en el sofá, con las manos entrelazadas. A su lado, Amelia, mi hermana, y Pablo, de pie junto a la mesa, tiene una taza en la mano. Se gira al verme, sonríe con una naturalidad impropia del momento, y se acerca para besarme la mejilla.

El roce de sus labios es breve, apenas un segundo, pero me atraviesa un escalofrío que me deja sin respiración. Mi cuerpo quiere más de lo que mi mente rechaza.

—Te estábamos esperando —dice, con voz tranquila.

—¿Esperando? —murmuro, sin apartar la vista de Amelia, que se levanta del sofá con expresión incierta.

—Hola, Blanqui —saluda, usando el diminutivo de cuando éramos niñas, y me abraza. Su voz tiembla un poco—. Tenía que verte.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué hacéis las dos aquí? —recalco porque mi sorpresa es máxima. No entiendo nada.

Majo se levanta también. Tiene los ojos hinchados y las mejillas sonrosadas, como si hubiera llorado toda la noche. Se queda de pie frente a mí, sin saber qué hacer con las manos.

—Déjanos explicarte —pide Amelia. Nos sentamos, ellas en el sofá y yo en un sillón orejero que me enamoró desde el primer día —. Anoche fui a buscarte a casa de Majo. Necesitaba hablar contigo…, con las dos, en realidad.

—¿Y hablasteis? —pregunto, intentando mantener la voz firme—. Porque, por lo que sé, lo normal es que no quisierais volver a veros.

Majo baja la mirada.

—Lo sé. Pero tenía que aclararlo todo. Amelia vino porque lo había descubierto.

—¿Descubierto?

—Lo de Marcos —interviene Amelia, clavando los ojos en mí—. Sabía lo del engaño. Desde hace tiempo. En Nochebuena quise decírtelo, pero…

—Pero no te atreviste —termino por ella, más cansada que enfadada.

Mi hermana asiente, y ese gesto, tan simple, me deja sin aire.

—No sabía cómo hacerlo. Eres mi hermana, pero también su amiga. No quería herirte. Y, sinceramente, no quería verla —dice, mirando a Majo.

Pablo deja un bizcocho cortado sobre la encimera, que ninguna toca, y se sienta a mi lado.

—Cuando Amelia fue a buscarte le pedí que se quedara y hablara conmigo —continúa Majo, con la voz apenas audible. Mira a Amelia como pidiendo permiso antes de continuar—. Me contó que llevaba tiempo sospechando de Marcos pero no porque estuviera conmigo. Blanca, es mucho peor. Marcos nos ha engañado a todas. El muy hijo de puta llevaba tiempo viéndose con varias mujeres. Yo no lo sabía. Juro que no. Creí que…

Se interrumpe. Aprieta los ojos, como si necesitara fuerza para seguir.

—Creí que entre nosotros había algo más que sexo. Me dijo que estaba mal, que su matrimonio era un infierno, que no quería hacerle daño a nadie. Y yo… le creí. Me ha engañado como a todas. ¿Cuántos cuentos habrá ido contando por ahí?

Las palabras se le quiebran. Me quedo mirándola, intentando sostenerla con la mirada y no con la rabia. Amelia, en cambio, parece más serena, aunque se muerde el labio, como si contuviera todo un río de cosas no dichas.

—Cuando vi la misma pulsera que os regaló a las dos —añado en voz baja—, pensé que me estaba volviendo loca. No quería tener que elegir entre mi hermana y mi amiga por culpa de un tío que no merece la pena.

Majo asiente, con una sonrisa temblorosa.

—Lo sé, cariño, lo sé y por eso me ocultaba. Y ahora ya ves, nos engañaba a las dos.

Pablo se acerca un poco más a mí para acariciarme la espalda. Deja un beso en mi sien que parece no sorprenderle ni a mi hermana ni a mi amiga. O están tan enfrascadas en la traición que viven que ni se han dado cuenta.

—Ayer —dice Amelia—, cuando me dio mi regalo de Navidad, le entregué yo el mío. La demanda de divorcio.

No hay orgullo en su voz, más bien suena abatida. Ese tipo de agotamiento que pesa en el cuerpo y en los ojos.

—Tenía pruebas de que no solo estaba con Majo, sino con otras. Y de que llevaba meses mintiéndome en todo. El muy estúpido compró varias pulseras iguales.

Majo se cubre la cara con las manos y encoge los hombros.

—Lo siento —dice entre sollozos—. Lo siento tanto, Amelia. Si pudiera borrarlo, lo haría. No quería haceros daño, ni a ti ni a ella. Solo… me dejé llevar. Pensé que alguien me miraba de nuevo, que me veía. Fue tan natural, era tan amable…

Me acerco sin pensarlo. La rabia sigue ahí, pero ya no arde igual. Me siento más triste que furiosa, más agotada que herida.

—No voy a mentirte —respondo—. Me duele. Pero no puedo odiarte, Majo. No después de todo lo que hemos pasado juntas.

—Ni yo —añade Amelia—, toda la culpa es suya. Nosotras somos las víctimas. Es un enfermo.

Ella asiente, llorando. Amelia también se emociona, y por un momento, las tres nos quedamos en silencio, unidas en un abrazo, respirando el peso de todo lo que se ha roto.

Pablo se mueve entonces y carraspea.

—Chicas, sois mejor que una película navideña de sobremesa, abrazadas junto al árbol de Navidad —dice con una media sonrisa que intenta aliviar el ambiente.

Reímos entre lloros, y lo consigue, la tensión se afloja un poco. Amelia se levanta, Majo se limpia las lágrimas y yo, sin pensarlo demasiado, le doy las gracias a Pablo en silencio, solo moviendo los labios. La sonrisa que me devuelve llena mi pecho de una sensación cálida.

—¿Tenéis hambre? —trato de cortar la tensión.

—Eso, que no habéis tocado el bizcocho, con lo que me ha costado hacerlo —responde Pablo, con ironía, mientras sirve té caliente en las tazas—. Tenéis que recuperar fuerzas, chicas. Un buen dulce para el mar de amores.

Lo dice con cariño. Pablo es así, emana calma sin necesidad de palabras, y cuando quiere a alguien, como a Majo, se le escapa por los poros. No entiendo cómo su mujer pudo dejarlo. Amelia coge una porción y se la come en silencio; Majo respira hondo, con la mirada perdida en el árbol, intentando recomponerse.

Me acerco a la ventana, yo también necesito procesar y darme espacio. La mañana avanza y el cielo de Madrid parece empezar a despejarse. De pronto me parece tan azul como el del pueblo Un rayo de luz se cuela por la ventana, iluminando las migas del desayuno sobre la mesa y las manos que las recogen, las de Pablo, que con sus detalles minúsculos se ha ganado mi corazón.

Lo miro y me permito pensar que, tal vez, esta maldita Navidad sea un buen momento para empezar a sanar y, como decía Pablo, a disfrutar.

19
El día de los inocentes

El sol cae oblicuo sobre los tejados cuando bajo al taller. Majo está en el mostrador, revisando una lista con gesto distraído. Tiene las ojeras marcadas y el cabello recogido en una coleta demasiado enmarañada para ella, que siempre va impecable. Desde que Amelia se marchó ayer por la tarde, apenas ha dicho más de dos frases seguidas. Se refugia en el trabajo, como si moldear barro y preparar las clases fuera lo único fiable para sostenerse.

—He pensado en algo —le digo, dejando las llaves sobre el mostrador—. Vámonos al pueblo por unos días.

Levanta la vista, desconcertada.

—¿Cómo?

—Pasemos allí el Fin de Año. Tú y yo solas. Sin cenas familiares, sin compromisos, sin hombres infieles ni sonrisas artificiales. Solo nosotras. Cocinamos lo que queramos, damos un paseo por el campo y dormimos sin pensar en nadie.

—No puedo cerrar el local, Blanca. Vivo de esto.

—Claro que puedes. Solo serán unos días y no hay clases hasta después de Reyes. Betty puede encargarse del mercadillo un par de días más y tú necesitas un descanso. —Sonrío—. Nos lo merecemos.

Durante un segundo creo que va a negarse, pero entonces algo se ablanda en su mirada. Suspira y deja el bolígrafo sobre la mesa.

—Vale. Me da miedo alejarme de aquí. ¿Sabes que nunca he cerrado desde que abrí hace tres años? —Me mira con un gesto triste que transforma en sonrisa—. Sí, puede que me venga bien.

—Eso no es sano. El descanso debería ser obligatorio hasta para ti —respondo—. ¡Nos vamos! —la cojo de las manos y la hago girar—. Unos días sin hombres ni artificios de Navidad. Solo nosotras y el ruido del viento. Aunque te advierto que el pueblo da un poco de asquete con la decoración. Parece un pueblo de película americana.

Se ríe, cansada pero sincera, y asiente.

—Ese es tu karma. Podremos sobrevivir a eso. Creo que es lo menos grave de todo lo que está pasando esta Navidad, ¿no crees?

—Mejor no lo pensemos.

—Solo una cosa, Blanca. Antes de irnos tengo que organizar la fiesta de Sofía. Se lo prometí a Pablo. Mañana cuando la recoja vendrá con ella. Tenemos mucho que hacer.

Su voz suena un poco más viva cuando pronuncia el nombre de la niña. Durante toda la mañana prepara guirnaldas de papel, dulces y un rincón con estrellas doradas. El local se llena de color, como si de pronto hubiera decidido devolverle al mundo una parte de la alegría que había perdido. Yo la observo mientras envuelve regalos pequeños y pienso que, a pesar de todo, Majo sigue siendo la persona que enciende la luz cuando los demás no saben hacerlo.

Por la tarde llamo a Amelia. Me cuenta que está agotada, reorganizando su vida a pesar del dolor y que ha hablado con el abogado. Su voz suena serena, pero debajo hay algo roto que reconozco bien.

—Podrías venirte con nosotras a pasar el Fin de Año al pueblo —le propongo—. Te haría bien cambiar de aires.

—No puedo. —Hace una pausa—. Los niños me necesitan más que nunca y quiero estar con ellos. Necesitan comprender lo que pasa. Pero prométeme que descansarás, que no cargarás con lo que no es tuyo.

—Lo intentaré —miento, porque sé que no sé hacerlo.

Majo y yo salimos a cenar con Betty a una pizzería del barrio. La energía que tiene esta chica que no para de hablar nos sirve de antídoto para no enrollarnos en nuestras preocupaciones. Todavía no

le he contado a Majo que se van los inquilinos del *coworking* y no sé qué va a ser de mí en los próximos meses.

El día de los inocentes amanece con bromas en la radio. Aunque la fiesta es pequeña, Majo se implica como si fuera la boda del año en el barrio. No hay reto pequeño para ella. En el local todavía se vive el caos hasta que consigamos colocar cada cosa en su lugar. Majo ha vaciado cajas llenas de serpentinas y cintas, y cada rincón parece tener su propio plan de decoración.

Corto cartulinas con forma de estrella mientras suena una lista de canciones infantiles en el altavoz. La tarde anterior le propuse a Majo irnos al pueblo unos días, y desde entonces noto que su tristeza se ha ido difuminando poco a poco, sustituida por una energía más luminosa, la misma que siempre tuvo cuando algo le hacía ilusión.

—Esto está quedando precioso —le digo, mirando la mesa central llena de galletas y zumos—. ¿Estás segura de que no se nos ha ido la mano con tanto color?

—No existe el exceso cuando se trata de niñas —responde, mientras coloca una guirnalda que amenaza con caerse—. Si me escuchas gritar «¡sorpresa!», tú aplaudes y sonríes. Ese es tu papel.

—Genial. Me pido el de aguantar la emoción sin llorar —ironizo, y suelta una carcajada que me alivia.

Entre nosotras hay una calma distinta, hecha de comprensión y respeto. Las heridas siguen ahí, pero el cariño empieza a cubrirlas como una venda limpia.

Poco antes de que lleguen los invitados, recibo un mensaje de Pablo:

«Hemos ido a ver a mi padre. Nos vemos en el local. No empecéis sin nosotros 🥲».

Sonrío sin querer. No sé si el plural es un descuido o una intención, pero el corazón me da un pequeño vuelco igualmente. Vuelvo al trabajo: coloco los globos, reviso los platos y ayudo a Majo a preparar una piñata que ha hecho con una caja de cartón pintada de rosa.

Cuando la puerta se abre, Sofía entra corriendo, con un gorro de lana torcido y la bufanda casi tapándole la cara.

—¡Sorpresa! —gritamos todos a la vez.

La niña da un salto, palmeando las manos en el aire, y una risa limpia llena el espacio. Pablo aparece detrás, con la mirada llena de orgullo.

—Papi, Papi, Papi, miraaaaa —le reclama Sofía, sin saber dónde mirar—. ¡Una fiesta!

—Es tu bienvenida —responde Majo, agachándose para abrazarla —. Teníamos muchas ganas de verte.

—Esta es Blanca. Una amiga de Majo y mía. —Pablo me guiña un ojo cómplice. Desde que nos besamos todo ha sido tan precipitado que no sé ni qué somos ni dónde nos hemos quedado. Me gustaría averiguarlo antes de irme. No sé a él.

—Hoooooliiii —contesta la cría y me abraza por las caderas. No me la esperaba tan cariñosa sin conocerme. Luego me suelta y sale corriendo a jugar con los niños.

El local huele a bizcocho recién hecho y a pegamento de manualidades. Algunos niños del barrio, alumnos de Majo, han venido con sus padres; Betty reparte vasos de limonada y los más pequeños corretean entre las mesas. Majo sirve trozos de pastel mientras Pablo deja los abrigos sobre una silla. Cuando nuestras miradas se cruzan, noto algo cálido, un tipo de ternura sin palabras.

—¿Y tu padre? —pregunto—. ¿Cómo está?

—Contento —responde, con una sonrisa que no logra ocultar la emoción—. Hoy le he llevado a Sofía y, por un momento, parecía que sabía quién era. No ha dicho su nombre, pero le ha acariciado el pelo y ha dicho «mi nieta». Ha sido suficiente.

Me gustaría añadir algo más, pero no encuentro palabras que no suenen vacías.

La tarde avanza entre risas y pequeñas bromas. Majo le da la guitarra a uno de los padres, que empieza a tocar villancicos tradicionales, de los que todos creen recordar pero tararean cambiando la letra. Sofía canta a gritos, desafinando sin pudor e inventándose hasta la melodía, y Pablo la sigue con palmas, con una

sonrisa de satisfacción que estoy por ir con pañuelo a recogerle las babas de padre orgulloso.

—¡Feliz Día de los Inocentes! —grita uno de los chicos del barrio, lanzando una bola de confeti.

—Inocentes somos todos —dice Majo—. Unos más que otros.

El comentario provoca risas y, por primera vez desde que rompí con mi ex y mis sueños se quebraron con él, me permito disfrutar sin pensar demasiado. Miro a mi alrededor: las luces del árbol se reflejan en los vasos, las sombras danzan en la pared y el sonido cálido de las conversaciones cruzadas me llega como susurros de esperanza. Todo tiene un brillo amable que me recuerda que, pese a todo, la vida siempre encuentra una forma de empezar de nuevo.

En un momento, Pablo se acerca con dos tazas de chocolate caliente.

—Para ti, que sigues renegando de la Navidad.

—No es la Navidad, es la falsedad navideña.

—Bueeeeno. Eso ya es un paso. Esto es Navidad para mí: chocolate caliente, risas sinceras y buena compañía.

Me tiende la taza. Nuestros dedos se rozan. El gesto es tan breve que apenas se nota, pero es suficiente para que yo sienta un calor distinto, más íntimo y menos necesitado de explicación.

—Estás muy convencido de que esto te da la razón —le digo alzando la taza.

—Digamos que empiezo a disfrutar de los desafíos —responde, con una media sonrisa, convencido de que está ganando su apuesta por hacerme amar la Navidad.

Durante este instante que compartimos, la música parece bajar y todo se detiene. Pablo me mira con ternura y deseo. El brillo ardiente de sus ojos me provoca deseo, por lo que aparto la vista, buscando refugio en el bullicio. Si quiere decir algo sin palabras, me hago la desentendida. Ni es el momento, ni sé qué quiero.

Más tarde, Sofía abre los regalos que hemos dejado para ella, con el cuento de que llegaron el día de Navidad. Hay libros, una bufanda tejida por Majo y una libreta con una pegatina que dice «Mis planes secretos» que le compré yo en el mercadillo. Pablo se agacha para

ayudarla a leer las dedicatorias, y los observo con un nudo en la garganta. La ternura que hay en sus gestos y la forma en que la escucha, me despiertan una nostalgia que no sé de dónde viene.

Majo, a mi lado, me da un leve codazo.

—Se parecen mucho.

—Tú los conoces mejor que yo —susurro.

Cuando la fiesta empieza a apagarse, los niños se van y el local se llena de la resaca silenciosa que sigue a la alegría y el ruido. Majo recoge los vasos mientras Pablo apaga las luces del escaparate. Le ayudo a doblar los manteles.

—Ha sido muy bonito —comento, sin mirar a nadie en particular.

—Más de lo que esperaba —responde él.

Sofía se ha quedado dormida sobre el sofá, con la cabeza apoyada en el abrigo de su padre. La escena me enternece y me asusta a la vez, porque me gusta Pablo pero ni una pareja ni una niña entraba en mis planes cuando vine hace ya tres semanas. Hay algo en la quietud de Sofía al respirar dormida que me recuerda que el amor, en cualquiera de sus formas, sigue siendo lo único que compensa todo lo demás.

Antes de marcharse, Pablo se acerca a mí.

—Gracias por esto. De verdad.

—No he hecho gran cosa.

—Lo suficiente —dice, y su voz suena tan sincera que se me encoge algo por dentro.

—Mi plan era acabar la noche contigo, pero… —inclina la cabeza hacia su hija, que lleva en brazos—, otra vez será.

Sonrío cuando recibo un beso suyo en los labios, aunque la emoción me pese en la garganta.

—Nos vemos mañana.

—Sí, vendré a por los regalos con Sofía.

Me despido sin decirle que Majo y yo nos vamos al pueblo, que tengo una vida allí que recoger, que continuar o que pausar, todavía no lo he decidido. Lo miro y no le digo que también me hubiera gustado pasar la noche con él y averiguar las respuestas a las dudas que me encogen el corazón; que necesito poner nombre a lo que

siento o pararlo para siempre. No le cuento que, aunque Majo y yo nos vayamos, a él lo llevaré dentro, que sus caricias traspasan mi piel y que no sé si voy a poder vivir sin su mirada, tierna y ardiente a la vez.

—Quizá tengas razón con la Navidad —se me escapa cuando ya están atravesando la puerta. Él se para en seco y se gira—. Puede que muchos vivan en la falsa alegría, sin embargo, la Navidad no está ahí afuera vestida de colores. Compartir con vosotros, el amor de tu hija, escucharnos como hemos hecho con Majo, comprenderla y respetarla… No sé. Creo que estoy aprendiendo a vivir el presente que tengo y disfrutar de lo bueno que me trae.

—La Navidad es esperanza. De eso se trata, Blanca, de eso se trata —responde con una sonrisa que no le cabe en la cara. Se acerca a mí y nos besamos como podemos teniendo en cuenta que hay una niña dormida entre los dos, que debe pesar lo suyo.

—Hasta mañana, Blanca Navidad —ríe.

—Vete ya.

Le doy un empujón cariñoso y cierro la puerta.

Los miro cruzar la plaza, iluminada solo por las luces de algunos balcones, mientras en mi cabeza sigo escuchando su voz: «la Navidad es esperanza».

20
Kilómetros de vida

El paisaje se estira frente a nosotras, largo y gris, con ese tipo de luz mortecina de las tardes cuando llegan a su fin. Majo conduce con las manos firmes en el volante y la radio suena bajita una lista de canciones de nuestra época adolescente.

—Todavía no puedo creer que te hayas animado —le digo, con la cabeza apoyada en el reposacabezas.

—No me des las gracias —responde—. Es eso o quedarme mirando el techo hasta que empiece otro año.

—Lo cual, conociéndote, habría acabado en redecorar el techo.

—O, más bien, estaría lamiéndome mis heridas. Cada vez que lo pienso, maldito cabrón

—¿Has visto qué preciosidad? —Señalo los campos que parecen dormidos bajo la escarcha y las nubes que se amontonan sobre los montes. Es una maravilla, sobre todo si lo comparo con el paisaje de la ciudad.

—¿Sabes? —dice de pronto—. No dejo de pensar en ayer, cuando Pablo bajó con la niña a recoger los regalos.

—Sofía estaba feliz. No había manera de separarla del árbol. Qué niña tan dulce.

—Y él también estaba feliz, ¿no te diste cuenta? —añade—. Se notaba que le hace mucha ilusión tenerla allí. La echa de menos. Aunque no pareció alegrarse tanto por nuestra marcha, tampoco le hubiéramos visto mucho estos días.

—Sí. Qué pena que tengan tantos planes y no se quedaran más. Me contó que irían a ver la plaza Mayor, el árbol del Ayuntamiento, el mercado navideño, patinar en la pista de hielo…

—Ya, cada vez que viene, solo tiene tiempo para ella. Es normal.

—Sí —repito—. Supongo que lo es. Ya los veremos a la vuelta.

Majo me mira de reojo, pero no pregunta. Solo aprieta el volante y sonríe porque seguro que comprende lo que hay entre nosotros aunque todavía no se lo haya contado. Lo que sí le cuento es el problema que tengo con la marcha de mis inquilinos y lo negro que veo el comienzo del año. Ella me asegura que todo irá bien, como corresponde decir para que no me hunda más. Sé que tengo que confiar.

Cuando por fin salimos de la autopista y tomamos la carretera secundaria, el aire se vuelve más frío. El cielo cambia de tono y, entre los pinos, empiezan a aparecer los tejados del pueblo. Majo frena un poco, maravillada.

—Esto es de postal.

—Es bonito, ¿eh?

—Bonito es poco. Mira esas casas… parecen salidas de un cuento.

La nieve cubre los bordes de la calzada, y el humo de las chimeneas dibuja una neblina pálida sobre los tejados. En la plaza, un grupo de niños corre alrededor del belén y las luces parpadean sobre el empedrado.

Aparcamos junto a la fuente y, en cuanto salgo del coche, el frío me corta la respiración. Varias personas me saludan desde la acera.

—¡Blanca! ¡Qué sorpresa verte! —grita una mujer envuelta en un abrigo gris.

—¡Hola, Pepa! Feliz Navidad.

—¿Has visto qué precioso está? Nos han dado el primer premio de la comarca.

—Lo sé, lo sé. Enhorabuena.

—Te fuiste en el mejor momento de la Navidad. Niña, pásate mañana que tengo una cesta que mi Antonio recogió para ti.

—Gracias, Pepa. y dale las gracias a tu marido.

Majo me observa con una sonrisa curiosa.

—Te quieren aquí.

—Sí, sobre todo desde que me quedé sola han sido como mi familia, aunque yo me encerrara en casa —respondo riendo—. Ya sabes, en los pueblos, todos a una.

La casa está tal cual la dejé: la fachada de piedra, la puerta azul un poco desconchada y las macetas secas esperando que alguien vuelva a cuidarlas. Subimos por la escalera lateral hasta el piso superior. El aire dentro está helado y huele a cerrado, pero cuando abro las contraventanas, la luz entra como un bálsamo.

—Aquí vivíamos nosotros —le explico, señalando el salón con la chimenea—. En el primer piso están las habitaciones de los *coworkers*. Y abajo los espacios de trabajo: el *coworking* y las salas donde hacíamos cursos, que ahora es el restaurante de mis inquilinos.

—Y encima de todo, tú. Reina de tres pisos.

—Más bien cuidadora de un sueño que se fue encogiendo.

Majo se quita los guantes y se frota las manos para entrar en calor.

—¿Puedo decirte algo sin que te enfades?

—Claro.

—Este sitio tiene alma. No sé si por ti o por cómo lo dejaste, pero se nota que lo quisiste mucho.

Sonrío, algo encogida por dentro.

—Sí. Lo quise demasiado. Puse toda mi ilusión y mi energía. Algo así como tú con *El patio creativo.* Y ahora todo se ha esfumado.

Encendemos la calefacción y, mientras Majo se acomoda, yo bajo a ver cómo están los inquilinos. El local del bajo es ahora totalmente distinto a como fue. Un matrimonio joven atiende las mesas.

—¡Blanca! —dice Edinne al verme—. Qué alegría.

—¿Cómo va todo? ¿Sigue en pie lo de marcharos?

—¡Oh! *Ma petite, oui.* Debemos irnos. Frederic tiene una oferta en Lyon y hemos pensado que es lo mejor para que nuestros hijos estudien allí. *Je suis desolée.*

Hablamos un poco más de fechas, contratos y asuntos que no me apetece tratar pero que es necesario hacerlo. Su marcha supone que debo tomar decisiones, ya que me quedo sin la única fuente de ingresos que he tenido este último año.

Al salir del restaurante escribo a Pablo para decirle que hemos llegado bien y él me contesta con una foto de ellos delante del Belen Municipal.

Subo a casa con una bolsa que Edinne me ha preparado llena de comida.

—Majo, hoy cenamos crema de calabaza, empanada y un postre que huele a canela —enumero al entrar.

Pongo música bajita y saco unos platos mientras Majo prepara la mesa.

—Esto me parece un lujo —dice—. Una casa rústica de piedra, la chimenea de leña, comida caliente y una amiga con la que compartirlo sin hacer balance.

—Y sin planes —añado—. Solo silencio y aire puro.

—El plan perfecto.

Cenamos sin prisa. En el exterior nieva despacio, apenas un polvo blanco sobre los cristales. Majo deja el tenedor y suspira.

—Lo de abajo es precioso. El restaurante, digo. Pero el proyecto original… era una pasada. Es una pena que no siguiera.

—Gracias. A mí también me gustaba —respondo—. Aunque ya es seguro que se van los franceses.

—¿Tan claro lo tienen?

—Sí. Me lo han confirmado ahora. Se mudan en cuanto acabe la temporada de Navidad.

—Entonces ya es un hecho, te quedas sin inquilinos.

—Y sin excusas —respondo, con una media sonrisa—. Quizá sea momento de pensar en algo nuevo.

Majo asiente y se recuesta en la silla, pensativa.

—A veces hay que perderlo todo para poder elegir de verdad.

—Puede. Pero preferiría aprender sin arruinarme por el camino.

Reímos. Es de esos momentos en los que la compañía y las risas aflojan el nudo que se me ha instalado en los últimos días.

Brindamos con agua. La luz de las velas se mueve sobre la mesa y la nieve cae cada vez más densa al otro lado de la ventana. El pueblo duerme tranquilo. Las dos nos quedamos embobadas mirando el fuego bailar; no sé en qué piensa Majo, quizá en lo que ha pasado con el impresentable de Marcos o en su negocio. Lo que sí sé es que yo siento que estoy en el lugar correcto para decidir cómo encauzar mi vida, aunque no sepa muy bien qué vendrá después de fin de año. Navidad significa nacimiento y es eso justo lo que me está pasando.

La cena ha terminado hace un rato, pero seguimos junto a la chimenea, cada una envuelta en una manta distinta, mirando el fuego que chispea con una paciencia que me calma. Me encanta el ruido de la leña al quemarse que rompe el silencio, aunque tenga ese tipo de hondura que solo aparece cuando no hace falta llenarlo. Majo sostiene una taza de infusión entre las manos, sin beber. Yo observo cómo el vapor le acaricia el rostro y pienso que hacía mucho que no la veía tan serena.

—¿Cómo te sientes?

—No sé por dónde empezar —dice, sin apartar la vista de las llamas—. Llevo días repitiéndome lo mismo, intentando encontrar una forma de explicarlo que no suene ni a excusa ni a tragedia, pero siempre me quedo corta.

—No tienes que buscar las palabras perfectas —le respondo—. Solo dilo.

Suspira y se pasa la mano por el pelo, con un gesto típico de ella que siempre hace antes de soltar lo que le agobia. Las chispas del fuego llenan el hueco de sus palabras.

—Intenté pararlo, Blanca, te lo juro. Le dije que no, que era absurdo, pero siempre volvía, y siempre acabábamos en el mismo sitio. Y lo peor es que empecé a creerme su tristeza, a pensar que podía ayudarlo, que no era tan grave. Pero sí lo era. Lo era todo.

Se lleva las manos a la cara, como si quisiera esconderse del calor del fuego y de mí.

—No me lo esperaba de ti cuando comenzaron mis sospechas —le digo al fin, con la voz más suave de lo que pensaba—. Sentí la traición a mi hermana como si fuera a mí. Tú siempre has sido una mujer valiente. Y esto… esto fue miedo.

Ella me mira con tristeza.

—Es posible. Miedo a estar sola, a no servir de nada, a quedarme atrás mientras todo el mundo parecía tener una vida completa. Miedo a perder tu amistad tanto si te lo contaba como si no. ¿Te acuerdas esa tarde que me fui de pronto? Quedé con él para decirle que no lo quería ver más. Pero —Mueve la cabeza negando—, Marcos es un adulador y sabe cómo darle la vuelta a todo. Regresé al local y te dejé una nota. Ni siquiera me atreví a llamarte para que no me leyeras la voz. Marcos me regaló la pulsera y me dijo que ya estaba todo hablado con Amelia. Otra mentira más.

La llama crepita y el reflejo nos pinta de naranja. Pienso en Amelia, en los niños, en Marcos con sus mentiras envueltas en gestos amables. Pienso en Majo y en mí, en el silencio entre las dos, que estuvo a punto de acabar con nuestra amistad.

—Me duele —le digo—. No solo por Amelia, también por nosotras. Porque teníamos una confianza total y la rompiste.

—Lo sé —responde con la voz rota—. Y no vengo a pedirte perdón para borrar nada, solo para decirte que me equivoqué. Que si pudiera volver atrás, lo haría de otra forma.

La nieve sigue cayendo en la oscuridad de la noche; pienso que mañana tendremos que abrir el camino, uno de los inconvenientes del pueblo por muy bonita que sea la nieve. Majo me saca de mis pensamientos.

—De todos modos, ya lo he dejado. Lo borré todo, los mensajes, los números, las fotos. Ya no queda nada —sonríe con tristeza—. Y la pulsera casi la tiro, pero luego pensé que me darán un buen dinero por ella en la Puerta del Sol.

—Tampoco hace falta que te castigues —le digo—. Solo prométeme que no volverás a callar, ni por vergüenza ni por miedo. Y que elegirás mejor a tus parejas.

—Prometido —confirma sonriendo.

Siento que hay algo en su mirada que empieza a curarse. Luego me observa un poco más y ladea la cabeza, con una media sonrisa que no augura nada bueno.

—Por cierto… —dice—. Tú y Pablo.

—¿Qué pasa con Pablo? —pregunto, fingiendo desinterés.

—No me hagas reír. Se nota desde lejos. Te mira como quien ha encontrado un refugio y no se atreve a entrar.

—No digas tonterías —replico, aunque noto el calor subir por el cuello.

—No es ninguna tontería. Y tú también lo miras como si te lo quisieras comer.

Majo clava los ojos en el fuego.

—No sé qué va a pasar con él, pero me gustaría que no te diera miedo sentir algo bonito solo porque otras cosas te salieron mal antes. Pablo es un buen tío, y le gustas.

La frase me deja en silencio. Jugueteo con la taza vacía, incapaz de mirarla.

—No es miedo a sentir —confieso—. Es miedo a perder otra vez. A pensar que lo que empieza con firmeza puede terminar siendo un huracán. He pasado tanto tiempo sobreviviendo que ya no sé si sabría simplemente vivir.

Majo sonríe con ternura, sin interrumpir.

—Te entiendo. Pero no todo lo que duele termina mal. A veces, los lugares que asustan son los que mayor belleza guardan.

Me echo hacia atrás en la silla, dejo que el calor del fuego me alcance la piel y pienso en el beso, en cómo me miró Pablo al despedirnos, en la naturalidad con la que se reía junto a su hija y en la calma que he sentido estos días a su lado. Quizá Majo tenga razón. Quizá no se trate de correr ni de volver a confiar de golpe, sino de aprender a quedarse y cobijarse.

—A lo mejor —le comparto mis pensamientos— lo que necesito no es huir, sino darme permiso para solo estar y dejar que las cosas ocurran, sin pensar todo tanto.

Majo se levanta, se acerca a la chimenea y aviva el fuego con el atizador.

—Me parece bien. Para eso estamos aquí. —Levanta la cabeza y se gira hacia un lado y a otro—. ¿Lo notas?

—El qué.

—Este lugar huele a principios.

Nos reímos las dos, bajamos la luz de la lámpara y dejamos que el fuego nos abrigue. La casa se llena de un sosiego cálido de invierno que cobija.

—Ha sido una buena noche, Majo. Gracias.

—Nos la debíamos.

—Sí, no quería una Navidad *cozy* y he tenido algo mejor.

—Y eso que aún no ha terminado —sonríe.

21
El rumor del invierno

El día amanece claro, con una luz blanca que se derrama sobre los tejados y convierte el pueblo en una postal. Majo y yo pasamos la mañana reorganizando la casa: abrimos los armarios, aireamos las mantas, limpiamos los cristales. Cada gesto tiene algo de rito, de empezar de nuevo sin haberlo planeado. Solo nos dejamos fluir.

—Esta casa tiene buena energía —dice ella, mientras barre junto a la ventana—. No sé cómo explicarlo, pero se siente viva.

—Siempre lo ha estado —respondo—. Aquí todo es distinto. Hasta el silencio. Aunque confieso que necesitaba ir a Madrid porque ya no aguantaba tanto silencio. En invierno, esto es demasiado solitario.

Cuando terminamos, bajamos a la plaza. El olor a leña de las chimeneas de las casas hace que sea algo más entrañable, pero no mucho. Las campanas marcan las doce con un sonido redondo, los vecinos se saludan por el nombre y los perros se reconocen antes que las personas. En la panadería, una mujer con el delantal manchado de harina nos da conversación mientras corta en rebanadas un pan de hogaza.

—Te echabamos de menos, Blanca, y a todos esos extranjeros que venían a trabajar aquí —se lamenta—. Se nota mucho que hay menos gente joven.

Majo me mira divertida cuando salimos con una bolsa de rosquillas de anís, mis preferidas, y una empanada para comer.

—Aquí todos te conocen.

—Y todos se acuerdan de cosas que yo ya había olvidado —le contesto riendo—. Eso tiene el encanto y el peligro de los pueblos pequeños.

Nos detenemos en la fuente, donde el agua sigue corriendo a pesar del frío. Alrededor, las casas de piedra parecen dormidas bajo los geranios secos y las cortinas de encaje. Majo saca el móvil y durante unos segundos se queda mirando la pantalla. Es un gesto que ha hecho varias veces durante el día y no me gusta nada.

—¿Todo bien? —pregunto con cuidado.

—Sí, era solo una notificación sin importancia. Me preocupa haber cerrado *El patio creativo*. En el móvil puedo ver las cámaras de vigilancia.

Acepto su respuesta sin estar convencida. La duda se queda flotando y me duele después de la conversación de anoche. No le insisto. Sé que la confianza se repara con gestos, no con preguntas.

Paseamos por los alrededores del pueblo antes de comer. El río baja manso, con una capa fina de hielo en los bordes. Un caballo nos observa desde la valla y Majo le hace una foto.

—Esto parece un retiro de revista —dice—. No me extraña que quisieras volver.

—A veces pienso que debería quedarme —le confieso—. Que tal vez la vida que quiero se parece más a esto que a la ciudad. Y otras me invade una ola de aburrimiento que me para. Si me quedo, tengo que hacer algo con la casa y el local; si me voy necesito un trabajo.

—No lo pienses tanto —responde—. Hay lugares que se explican solos.

Al regresar, mientras preparamos la comida, llamo a Amelia. Se oye bullicio al otro lado de la línea, voces infantiles, risas y el sonido de cubiertos.

—¿Cómo estáis? —pregunto.

—Bien —responde ella—. Ya les he dicho a los niños que su padre se va a otra casa. Tienen que normalizarlo antes de volver al colegio.

—¿Y tú?

—Recuperándome. Ya están los abogados con el tema, yo no quiero pensar más. Estoy agotada.
Me quedo callada unos segundos.

—Lo entiendo.

—Sí. No te voy a decir que esté bien, pero al menos ya no me siento en guerra. ¿Cómo está Majo? Imagino que sufrirá lo suyo, a fin y al cabo las dos fuimos engañadas.

—Lo fuisteis —respondo, con la garganta apretada.

—Gracias por estar ahí, Blanqui. Siempre.

Sonrío, aunque no puede verme.

—Para eso están las hermanas.

Después de comer, Majo y yo salimos a dar otro paseo antes de que anochezca. Las luces del pueblo se encienden temprano, y cada ventana es como una vida que se abre. Al pasar por la plaza, una niña nos ofrece una bengala encendida. La sostiene con tanta ilusión que la aceptamos sin pensarlo.

—Para que se cumplan los deseos —dice.

—¿Y si no tengo ninguno? —pregunto.

—Entonces pídele uno al fuego —responde, muy seria.

Nos reímos mientras la chispa se apaga y el humo nos deja olor a fiesta.

De vuelta en casa, preparo té y encendemos la chimenea. El atardecer desde el porche es una preciosidad que nos dura poco porque nos helamos de frío. Majo se tumba en el sofá con una manta hasta la barbilla.

—Prometimos no sentir culpa por no hacer nada —recuerda—. Así que hoy toca cumplirlo.

—Trato hecho.
El viento choca contra las contraventanas y la oscuridad me envuelve de tristeza.

—Esto es así todo el invierno, Majo. Es muy duro sobre todo si vives sola.

Cojo el móvil, al ver una notificación que ilumina la pantalla. Es un mensaje de Pablo.

«Sofía quiere saludar. ¿Podemos llamar?».

Sonrío antes de poder evitarlo.

—Es él —digo.

—Pues contesta —me anima Majo, arqueando una ceja—. No muerde, ¿no?

—No lo sé, aún no lo he comprobado —bromeo, y ella suelta una carcajada que llena la habitación.

Contesto. La pantalla se ilumina con el rostro de Sofía, que lleva una diadema con cuernos de reno y una sonrisa contagiosa.

—¡Blanca, Majo! ¡Mirad! Hemos ido a patinar y papá casi se cae tres veces.

—¿Solo tres? —pregunto.

—Está mejorando —afirma Majo.

—Mañana iremos de excursión. ¿Tú qué haces?

—Estoy en el pueblo, rodeada de vacas, caballos y montañas.

—¿Y nieva?

—Un poco.

—Ohhh. Me encanta.

—Prometo mandarte fotos.

Pablo aparece por detrás, medio tapado por la bufanda, y Majo se aleja un poco.

—Hola —dice, y su voz tiene ese tono tranquilo que me desordena entera—. ¿Todo bien por allí?

—Sí. Tranquilo. Y bonito.

—Me lo imagino. Cuidate, ¿vale?, y cuida de Majo.

Giro el móvil para que la vean. Sofía le manda un beso exagerado con la mano, y la llamada se corta entre risas.

—Estás perdida —dice Majo, mirándome sin malicia.

—No empieces.

—Solo lo constato. Te cambia la cara cuando suena su voz.

—Será el reflejo del fuego.

—Claro —responde, divertida—. El fuego se te mete en los ojos, entonces.

Le lanzo un cojín, y la risa compartida borra cualquier resto de tristeza.

Pasamos la tarde leyendo con música de fondo, tan tranquilas como toda la calma que se intuye en el exterior. La nieve vuelve a caer, lenta, como si no quisiera despertarnos. Después de cenar, volvemos al sofá y pongo una película. Majo se ha dormido en el sofá con la respiración tranquila bajo la manta. Apago una de las luces, dejo el móvil sobre la mesa y me acerco a la ventana. Desde allí se ve el campanario y, al fondo, la línea oscura del bosque. Todo parece detenido, envuelto en una paz tan pura que casi duele.

Doy un brinco al escuchar unos golpes en la puerta. Edinne y Fred hoy cerraban y no hay nadie más en la casa. Otro golpe y otro más. No son muy fuertes, pero lo bastante como para helarme la espalda.

Me giro hacia Majo, que se incorpora sobresaltada.

—¿Has oído eso? —pregunta.

—Sí —contesto, con el corazón acelerado.

Otro golpe. Más insistente. Camino despacio hasta la entrada.

—¿Quién será a estas horas? —susurra Majo, detrás de mí, con el atizador de la chimenea en la mano.

No respondo. Pongo la mano en el pomo, respiro hondo y abro. Y entonces sí que me quedo sin respiración.

22
La excusa perfecta

Al abrir la puerta, la corriente de aire frío entra en la casa junto con una imagen que no esperaba ver tan pronto: Pablo, con el abrigo lleno de nieve, y Sofía dormida apoyada en su hombro.

—Lo siento —dice, con una sonrisa que apenas se atreve a mostrar —. No queríamos asustaros.

Durante un segundo me quedo muda. El corazón me da un salto extraño, mezcla de sorpresa y emoción.

—¿Qué hacéis aquí?

—La señorita —dice, señalando a Sofía—, insistió en venir a ver las vacas del pueblo de Blanca. Y ya sabes… cuando se propone algo, es imparable.

Detrás de mí, Majo aparece con gesto escéptico, los brazos cruzados.

—¿A estas horas? —pregunta.

Pablo levanta las cejas, como un niño pillado en falta.

—No es tan tarde, es que esto es muy oscuro.

Sofía emite un pequeño quejido entre sueños. Me aparto para dejarles pasar.

—Anda, pasad. Te vas a congelar ahí fuera.

Él entra despacio, agradecido. El calor del fuego les recibe y durante un instante todo parece detenerse: el sonido del viento en el exterior, el chisporroteo de la leña, la respiración de la niña, menos mi corazón que palpita acelerado.

Nada más entrar, Sofía abre los ojos, desorientada al principio, hasta que ve el fuego encendido y el árbol pequeño del rincón con las luces parpadeando. En un segundo se le ilumina la cara y se suelta del brazo de su padre.

—¡Blanca! ¡Majo! —grita, corriendo hacia nosotras—. ¡Esto parece una casa de cuento!

Nos abraza a las dos, con esa energía que solo tienen los niños cuando todo les emociona. Majo le acomoda el gorro y le dice que mañana podrán ir a ver los caballos y las vacas del camino.

—¿De verdad? ¿También hay gallinas? —pregunta, con los ojos tan abiertos que nos echamos a reír.

—De esas hay de sobra —respondo—. Pero ahora, ven, que es tarde. ¿Quieres tomar algo caliente?

—Ya hemos cenado en el coche —interviene Pablo—, pero si insistes…

—Siempre insisto —digo, guiñandole un ojo.

Saco unas rosquillas de anís del tarro de cristal y caliento leche. Sofía se acurruca en el sofá, con las rodillas dobladas y la taza entre las manos, y empieza a contarme todo lo que ha hecho en los dos últimos días: que patinó sin caerse, que vio un árbol tan grande que tocaba el cielo, que el abuelo le regaló unos calcetines con renos. La escucho reír, con la chimenea crepitando de fondo y la nieve cayendo detrás de los cristales, y por un momento el mundo parece reducido a eso: una niña feliz, un hogar encendido, y la certeza sencilla de que, a veces, la vida vuelve a tener sentido en los gestos más pequeños.

Al rato, Sofía se acurruca con la cabeza apoyada en las piernas de Pablo, cansada de un día tan largo.

—Parece que se ha quedado dormida del todo —digo, bajando la voz.

—Llevaba todo el camino preguntando si aquí también había estrellas. Y antes de poder contestar, se durmió. Está agotada.

Pablo la mira con una ternura que me hace quererlo más. Majo se acerca y pasa un brazo por debajo del cuerpo de la niña.

—Déjame, yo puedo llevarla a la cama. Que tú tienes cara de haberte dejado media alma en la carretera. Si te parece bien, puede dormir en mi habitación.

—Gracias —responde él, con una sonrisa cansada.

Las dos desaparecen por el pasillo. Me quedo a solas con Pablo. Observo el fuego que ilumina su perfil y sonrío al verlo tan guapo.

—No me lo creo. —Me mira intrigado—. Has conducido dos horas para ver vacas.

—Podría haber sido peor —responde, quitándose de encima la manta de Sofía. La verdad es que el fuego da mucho calor, y no solo el de la chimenea—. Podría haber dicho que venía por ti.

El comentario me deja sin aire unos segundos.

—¿Y lo has hecho?

—No lo sé. Todavía estoy averiguándolo.

—Esta casa es preciosa —dice—. Me provoca calma, y vida, es curioso.

—Eso suena muy cursi viniendo de ti.

—Será el efecto del invierno. O el efecto que me provocas.

Sonrío, buscando qué contestar. Pablo se acerca un poco. Todo en mí tiembla entre las ganas y el miedo.

—Majo no se lo cree —comento.

—¿El qué?

—Que hayas venido solo por la niña.

Él me mira, serio.

—¿Y tú?

—Creo que tampoco.

Pablo se inclina despacio hacia mí.

—Entonces… —dice, en voz baja—. ¿Nos invitas a pasar el fin de año con vosotras?

—Depende.

—¿De qué?

Su pregunta flota entre nosotros. Huele a madera, a fuego y a deseo.

—De ti —respondo y se acerca más.

Me roza la mejilla con la yema del dedo, con la delicadeza de quien toca algo que no quiere romper.

—Entonces, no hay excusas.

Su boca encuentra la mía sin prisa, con el cuidado tentativo de quien no quiere equivocarse. Todo lo que me dolía hace unos días se desvanece en un solo instante. Abro la boca y el beso se hace más profundo.

—Pablo —suspiro.

—Claro que he venido por ti. Te echaba de menos.

Acaricia mis mejillas y me mira con una intensidad nueva, como si no se creyera que me tiene loca. Me besa la cara y al llegar a los labios, el calor del fuego se ha expandido entre los dos. Deseo que me toque, que hagamos el amor hasta perder la cordura. Cuando se separa, sus labios rozan mi frente.

—Pablo, las chicas —susurro. Lo miro, con la respiración temblando entre los dos.

—Quédate conmigo.

Me levanto cogida de su mano y lo llevo hasta mi habitación. Me quedo apoyada en la puerta después de cerrarla. Él me besa otra vez, más lento, más seguro, con la mano en mi nuca y la pregunta en los ojos antes de cualquier gesto. Le desabrocho la camisa caminando de espaldas hacia la cama y me quito la camiseta, siento el frío ligero del algodón de las sábanas en la espalda y el calor de su cuerpo acercándose hasta que todo encuentra sitio. No corremos, dejamos que cada pausa diga lo suyo, que las palabras susurradas rompan el pudor, que la confianza haga de mapa mientras nos conocemos con las manos y con la lengua. Pablo me recorre con los dedos con cuidado, mi boca le responde, el mundo se recoge en el borde de la cama y la casa entera parece contener el aliento. Me abro para él convencida de que esto es lo que quiero, que mi propia Navidad empieza con él y que sentirlo dentro de mí es lo único que me importa ahora. «No pienses», me digo y disfruto, como él me dijo semanas atrás.

Cuando por fin nos rendimos al cansancio, Pablo apoya la frente en la mía y me toma la mano bajo las sábanas; la habitación queda

en penumbra y detrás del cristal la nieve sigue su trabajo de silencio. Cierro los ojos sin miedo, abrazada a su torso firme y cálido, y dejo que la noche me arrope sin preguntas.

23
Nochevieja en la casa de la puerta azul

—¿Has visto ese trozo de hielo? —Sofía señala el borde del pilón con los ojos encendidos—. Parece cristal de princesa.

Reímos. La llevo de la mano por la plaza, dejando que marque el rumbo con su curiosidad. Pablo camina a nuestro lado, atento a cada salto suyo entre las juntas del empedrado. Majo cierra la fila, con ese aire de guardiana amable que hoy le sienta bien. El pueblo respira despacio. Hoy lo veo con otro ojos y me vuelvo a enamorar de sus fachadas de piedra con contraventanas pintadas, de los balcones con tiestos coloridos, del campanario que corta el cielo limpio y hasta de la excesiva decoración navideña que esconde la esencia rústica que lo caracteriza. Bajo las arcadas de la plaza hay pocas mesas ocupadas, de las que sale a ráfagas el murmullo de las conversaciones, el tintineo de una cucharilla marca un compás conocido, y Sofía se ríe al ver un perro que lame un charco helado y mueve el rabo cuando pasamos.

Cruzamos la plaza y tomamos la calle que baja al río. El sol es tímido, pero la luz acaricia la hierba rala de la ribera y vuelve dorados los troncos de los chopos. El agua corre mansa, con orillas rígidas por la helada; Sofía lanza una piedrecita y celebra el salto con un grito de triunfo. Pablo aplaude una vez y le revuelve el flequillo. Yo siento en las manos la mordida del frío y en el pecho una calma amplia que no me pide explicaciones. Majo me mira de reojo y alarga el paso para colocarse entre Pablo y la niña.

—En verano esto cambia —le digo a Sofía—. El río baja muy limpio, la gente se sienta en la hierba y el camino que ves al fondo

lleva a una poza donde el agua te empuja y te suelta. Es mucho mejor que un parque acuático.

—Entonces tengo que venir —decide—. Y me traeré un flotador con forma de donut que me regaló papá el verano pasado.

—Trato hecho —responde Pablo, mirándome. No lo dice, pero ahí está la invitación a seguir con lo que sea que tenemos.

Majo interviene con una palmada leve.

—Señorita, cuando volvamos a Madrid hacemos tazas nuevas, ¿quieres?

—¿De verdad? —Sofía gira sobre sí misma y casi resbala; Pablo la atrapa por el codo y ella le planta un beso en la manga.

Subimos de nuevo hacia la plaza. Un vecino nos detiene para ofrecernos unas uvas tempranas «de la suerte adelantada», dice guiñando un ojo. Sofía las guarda en el bolsillo del abrigo con solemnidad. En la panadería, la dueña saca un pan redondo de corte crujiente y nos promete que al día siguiente tendrá rosquillas para empezar el año desayunando como marqueses. Salimos con el pan bajo el brazo. No hay prisa por llegar; estiramos el paseo por la calle de la fuente, por el callejón de las casas bajas con puertas azules, por el mirador desde el que se ven las lomas blanqueadas a lo lejos.

Regresamos a mi casa. Sofía reclama una misión y Majo se la da: decorar el salón para la fiesta de la noche y colocar velas en los portavelas de barro que hicimos hace años. Pablo y yo nos quedamos en la cocina, preparando una cena sencilla. Corto verduras mientras él trocea pan y saca un par de platos de loza. Lo observo sin prisa, me gusta ver cómo apoya la cadera en el borde de la encimera, el cuidado con el que aparta una miga de la mesa con el detalle tranquilo con el que lo hace todo.

—De pequeña celebrábamos las campanadas con doce gajos de mandarina —le digo—. Nunca acertábamos el ritmo.

—Conozco esa torpeza —responde—. Yo siempre me atragantaba en la octava. Luego fingía que iba al día.

Me tiende un trozo de pan. Nuestros dedos se tocan lo justo para que me suba a la cara un rubor inesperado. Lo disimula abriendo un

cajón en busca de unas tijeras. Parecemos dos críos disimulando que se gustan. Majo asoma la cabeza desde el salón.

—La jefa de ceremonia necesita saber si ponemos las uvas en plato grande o en cuencos pequeños.

—Cuencos pequeños —decimos los dos a la vez. Sofía aplaude desde el sofá, satisfecha con la unanimidad.

La tarde cae sin apuro. Encendemos la chimenea; las llamas trepan, crujen, se sostienen en su danza. Sofía nos cuenta el plan: antes de cenar quiere hacer una «expedición con linternas» al patio para mirar el cielo. Bajamos los cuatro y echamos la cabeza hacia atrás. El frío es cortante aquí afuera. Sofía nombra tres de las estrellas que puntean en la oscuridad, como si fueran viejas conocidas, y le pide a su padre que le enseñe a encontrar la estrella del Norte. Pablo le toma la mano, traza con el dedo una línea imaginaria entre dos puntos, y ella asiente con seriedad de capitana antes de estallar en una risa pura que sube por la pared de piedra y se queda prendida en alguna repisa.

De vuelta arriba, cenamos. Nuestro menú, que no tiene nada de sofisticado, consiste en una sopa de cebolla bien caliente en tazones grandes, pan que se deja romper con los dedos y una ensalada generosa que Majo adorna con nueces. Conversamos de cosas pequeñas. Sofía, que jura que no tiene sueño, empieza a cabecear en la silla. Majo la convence de que se estire en el sofá. Pablo le cubre los pies con una manta y ella, con los ojos a medias, susurra que no quiere perderse las uvas. Prometemos despertarla en el último minuto. No hace falta. Diez minutos después respira hondo y profundo, rendida.

—Ha tenido un día grande —dice Majo, mirando la curva tranquila de su cuerpo menudo—. La niña que fui siente envidia.

—La mía también —respondo. Pablo no dice nada, pero su perfil tiene una quietud distinta.

Faltan veinte minutos para la medianoche. Preparar las uvas nos entretiene más de la cuenta. Buscamos un canal sin estridencias para oír las campanadas, bajamos el volumen y dejamos que el reloj de la plaza marque el tempo. Todo cabe en ese salón: la casa

revivida, la amistad que decide no romperse y el deseo que encuentra un camino de ida. Majo separa doce uvas en los tres cuencos que había preparado Sofía. Pablo se inclina y, a la tercera, me roza el hombro con el dorso de la mano. No hago ningún gesto, me basta con no apartarme.

—En cuanto pasen las doce la llevo a la cama —dice Majo—. No me fío de mí si me da por llorar.

—¿La despertamos? —responde Pablo—. Se enfadará si se lo pierde.

Majo le habla al oído y le dice que se levante, pero ella se da media vuelta como toda contestación

—Lo has intentado —añado.

Suenan las campanadas al mismo ritmo que todos los años. Cuatro, cinco, seis. En la octava nos miramos y nos entra la risa; en la décima nos tomamos de la mano; en la duodécima, él se inclina y me besa con un temple nuevo, sin urgencias, con la seguridad de quien ya no necesita pedirlo.

—Feliz año —dice Majo, abrazándonos a los dos con un gesto que me suelta por dentro.

—Feliz año —respondemos.

Pablo me coge por la cintura y me besa.

—Feliz año, mi Blanca Navidad.

Lo beso como respuesta y le abrazo después.

Majo toma a Sofía en brazos con una destreza que ya querrían los equilibristas y se la lleva a la habitación pequeña. Se oye un portazo leve, unos pasos que vuelven, un suspiro final.

—No me esperéis —advierte con media sonrisa—. Necesito tumbarme un rato o me pondré sentimental y me conocéis.

—Descansa —le digo. Nos chocamos los nudillos como dos adolescentes, me guiña un ojo y desaparece por el pasillo.

—Portaos bien —grita riendo desde la puerta antes de cerrarla.

Nos quedamos solos. El salón conserva un resplandor íntimo. Pablo recoge los cuencos vacíos y los apila. Le tiembla apenas el pulgar cuando deposita el último sobre la mesa. Me acerco un paso. Él no

se aparta. Nos miramos a los ojos y en los suyos veo franqueza, esperanza e ilusión.

—No nos prometamos nada —le pido—. Ni planes a meses vista ni nada que no podamos cumplir.

—Me parece bien. De momento es suficiente con este cuarto, esta noche y tu cuerpo para empezar el año.

Se me escapa la risa. Nos acercamos de nuevo hasta rozarnos los labios. El beso es largo, hondo y me sabe a anhelo correspondido. Toco la estantería con la espalda, Pablo empuja mi cuerpo con suavidad hasta encontrar apoyo. Le desabrocho el primer botón de la camisa con la lentitud exacta que pide la escena. Él acaricia mi cuello con la yema de los dedos, baja por la clavícula, vuelve a subir, aprende mis límites sin irse de ellos. No hay prisa; el tiempo se queda en la alfombra con los cuencos de uvas como testigos.

—Ven —digo, y le tiendo la mano.

En la habitación, la lámpara crea un círculo cálido sobre la colcha clara. Aparto el edredón con un gesto que me sorprende por lo seguro. Él me mira como quien entra en territorio bendito. No hay palabras que estorben el momento, las camisas caen, los calcetines desaparecen bajo la cama, la piel se reconoce con una mezcla de pudor y apetito que no recordaba. Me tumbo y siento la textura de las sábanas en la espalda, el leve escalofrío que recorre el costado cuando roza mi cintura, la firmeza de sus dedos cuando me sujeta la mano y la lleva a su pecho. Su respiración sube y baja al ritmo del mío, marcando juntos un compás que no conocíamos y que, sin embargo, nos sumerge en una intimidad franca.

Dejo que el cuerpo hable. Le respondo con la curva de la cadera, con la boca abierta en la suya, con un gemido que apenas vibra. Él entiende y se adapta, avanza y se retira, busca y encuentra. Cambiamos de lado; le muerdo el labio y suelta una risa que me tumba cualquier recelo. La cama cruje y nos entra la risa.

Pablo me lleva al éxtasis, gimo de placer y él me sigue al segundo. Se deshace sobre mi cuerpo exhausto y yo lo abrazo como si se fuera a escapar. Estar con él es olvidarme del pasado y del futuro. Pablo es todo lo que quiero, ahora lo sé, con este año nuevo

que jamás imaginé. Cuando el pulso de ambos baja, seguimos abrazados, de lado, frente a frente. Él me aparta un mechón de los ojos con delicadeza. Le tomo la muñeca y la acerco a mi boca para besar su piel con la gratitud que me estalla en el pecho.

—Apuesto a que ya te gusta la Navidad —me guiña un ojo con cara de niño travieso.

—Así que este era tu plan para convencerme. —Le palmo en el hombro como si me lo quisiera quitar de encima. Él me coge la muñeca.

—Más o menos. Pero todavía no he acabado. Viene la fase dos del plan.

Me tumba boca arriba y empieza a besarme desde la frente, recorriendo toda mi piel que se eriza a su contacto. Cuando lo siento dentro, se empieza a mover despacio, deleitándose con el placer que me provoca. Gimo y acelera el ritmo. Me dejo llevar por sus sacudidas hasta alcanzar un orgasmo que me catapulta a lo más alto del placer hasta que él cae rendido sobre mí. Le acaricio la cabeza y así nos va encontrando el sueño.

Poco antes de caer rendida, oigo a lo lejos un petardo tardío en la plaza y un perro que protesta. Pienso en la niña usando un flotador de donut en la poza, en Majo con las manos hundidas en el barro, en este hombre que respira pegado a mí y en la lista invisible de cosas pequeñas que hacen grande un año. Cierro los ojos con la sensación exacta de haber elegido bien el lugar donde volver a nacer.

24
Una Navidad no tan maldita

Volvemos el día uno por la tarde, a través de una carretera llena de árboles desnudos y ese cielo de enero que parece no decidir si quiere ser azul o gris. Majo conduce en silencio; lleva la mirada fija en la línea blanca de la autopista y los dedos crispados sobre el volante. Pablo nos sigue en su coche con Sofía, que no para de cantar una canción inventada que nos retransmite en directo por el móvil.

Aparcamos frente a la casa de Majo y la ciudad nos recibe con su luz pálida de enero, el runrún de los coches a media tarde y las persianas a medio bajar de los comercios; me detengo un instante antes de abrir la puerta del coche y dejo que convivan en el pecho el pulso acelerado de la rutina y la calma ancha que traigo del pueblo, esa sensación de haber dejado atrás un ritmo más humano y volver a otro que exige ir más deprisa, hacer colas y mirar el reloj, y aun así no me pesa como creía porque reconozco un hogar en la fachada, el café acogedor de la esquina, la ventana del piso de Majo, y entiendo que el lugar no cambia tanto como lo hace una cuando aprende a llegar con algo nuevo dentro.

Majo me pide que vigile el coche, que está en segunda fila, mientras saca las maletas. No tarda ni un minuto en quedarse quieta, petrificada, mirando hacia el café de la esquina.

—No puede ser —susurra.

Sigo su mirada y veo a Marcos, sentado junto al ventanal, con el abrigo desabrochado, sonriendo al vernos. Está esperándola.

—No entres —le digo, cogiéndole el brazo. Pero no hace falta porque es él el que sale.

—No te preocupes. Solo quiero escuchar lo que tiene que decir.

—No. No le debes nada.

Pero ella ya ha cruzado la calle antes de que pueda detenerla. Pablo aparece justo entonces con Sofía de la mano.

—¿Qué pasa?

—Marcos.

Sus ojos se tensan.

—Voy a ayudarla. ¿Puedes llevarte a Sofía? —me dice—. Que no vea esto.

—Por supuesto. Ten cuidado.

Tomo la mano de Sofía y la llevo hacia el parque de al lado. Ella me pregunta qué ocurre, y me invento algo sobre una conversación de mayores. Desde donde estamos, distingo los movimientos de Majo fuera del café: primero de pie, luego sentada, luego levantándose otra vez. Marcos gesticula, intenta tocarle la mano, ella se aparta. No puedo oír las palabras, pero las adivino: excusas, promesas, la vieja melodía de los hombres que solo saben pedir perdón cuando ya no queda nada que salvar.

Cuando Majo se separa, Pablo la espera en la acera desde donde vigilaba. Marcos intenta seguirla, pero él se adelanta y le corta el paso con un gesto tan firme que el otro da un paso atrás. Sofía tira de mi mano.

—Papá está enfadado. —Mierda, lo ha visto. Pablo se va a molestar.

—Sí, pero todo irá bien, cariño.

—¿Y la tía Majo?

—También. Ahora sí.

Volvemos a casa un rato después. Majo está sentada en el sofá, con los ojos enrojecidos pero serenos. Pablo prepara una infusión y le deja la taza frente a ella, sin decir nada. Cuando por fin levanta la vista, nos mira con alivio.

—Ha intentado convencerme de que le dé otra oportunidad. Ahora viene con el cuento de que Amelia se ha inventado lo de las otras mujeres para separarlo de mí, ¿os lo podéis creer? Sabandija.

—¿Y qué le has dicho? —pregunto.

—Que no soy la mujer que él cree y que no vuelva a acercarse a mí.

Su voz tiembla, pero su mirada no.

Sofía se sienta a su lado y le acaricia el brazo.

—Mi papá dice que la gente que te quiere no te hace llorar.

Majo sonríe con un nudo en la garganta.

—Tu papá es muy sabio.

—Y tú también —añade la niña—. Porque haces tartas ricas y abrazos de los que curan.

Reímos los tres, y ese pequeño instante basta para desactivar todo el peso que quedaba en el aire.

Cuando Pablo y Sofía se preparan para irse a su casa, la niña se vuelve y me dice:

—¿Sabes qué es lo mejor de la Navidad?

—No lo sé, dímelo.

—Que no se acaba nunca. Solo se esconde un rato, hasta que la gente vuelve a quererse otra vez.

Me deja sin respuesta. Tal vez tenga razón.

Esa noche duermo en casa de Majo, agotada pero en paz. El sonido lejano del tráfico me devuelve la sensación de estar en mi sitio, algo que no tiene nada que ver con vivir en un sitio o en otro, sino con el hogar que cada una construye en su interior. Darme cuenta de que la paz se vive desde dentro de una misma ya me parece suficiente.

A la mañana siguiente, Pablo me escribe temprano: «Vamos a ver a mi padre para felicitarle el año. Luego pasamos por ahí, a no ser que quieras venir».

Declino la invitación con una sonrisa que nace desde un corazón que se siente halagado. Esta mañana me apetece quedarme en silencio, poner orden en lo que siento antes de decidir nada. Solo pensar en que tengo que tomar decisiones importantes me agobia y sé que si me meto presión me bloquearé. Respiro hondo para

enfrentar el día y contarles la idea que va tomando forma en mi cabeza.

Bajo más tarde a *El patio creativo,* donde Majo ya tiene las luces encendidas y un aroma suave a mantequilla llena el aire.

—¿Sabes si viene hoy Sofía? —pregunta—. Estoy preparando sus galletas preferidas.

—Esta tarde quizá. Han ido a ver al abuelo. Y tú… ¿cómo estás?

—Libre. Cansada, pero libre. Estoy en paz, Blanca. Sobre todo porque me has perdonado.

Nos sentamos junto al mostrador, con dos cafés que se enfrían despacio.

—He estado pensando —digo al fin—. No voy a reabrir el *coworking*, ni lo voy a alquilar.

—¿No?

—No. Quiero quedarme en Madrid, al menos este invierno. Tengo unos ahorros para arreglar la casa y hacer de ella un lugar para desconectar los fines de semana. Algo pequeño, cálido, acogedor…, ya sabes.

Majo sonríe.

—Suena a refugio. ¿Has pensado en una casa rural o algo así?

—No, casa rural no, Un refugio, sí, eso es lo que tengo en la cabeza. Mi piso para ir cuando quiera y lo demás, para organizar retiros y talleres de fin de semana. ¿Qué te parece? Puedes ampliar tu oferta de *El patio creativo* con propuestas en el pueblo.

—Me parece muy buena idea. ¿Pero será suficiente para ti? No sé si eso deja mucho dinero.

—Bueno, también he pensado que aquí… si te parece bien, podría ayudarte con los talleres. Organizar, hacer proyectos nuevos para la gente del barrio.

—¿Quieres trabajar conmigo?

—Quiero seguir construyendo cosas que me hagan sentir viva. Y tú haces de eso un arte. Claro, si tú quieres.

Se ríe, con ese brillo que hacía semanas que no aparecía.

—Entonces, bienvenida a bordo. La verdad es que te lo iba a proponer, solo estaba esperando el momento adecuado para no meterte más presión.

Nos abrazamos con el ruido de la calle y el olor a galletas como testigos mudos de nuestro acuerdo y amistad. Y de pronto lo entiendo todo: que el amor no siempre llega envuelto en celofán, que a veces la verdadera Navidad empieza cuando alguien te abre la puerta sin hacer preguntas.

Pablo llega un rato después, con las manos en los bolsillos y una sonrisa de niño pillo con una idea descabellada.

—Sofía dice que quiere montar una cabalgata de Reyes en tu patio —anuncia.

—Pues que cuente conmigo.

Si las miradas de los que se aman atravesarán los cuerpos, estaríamos ahora mismo partidos en dos. Entre las tazas a medio hacer de los alumnos y los restos de harina de las galletas, siento que mi historia ya no necesita decorados navideños como los del pueblo, que ya es bonito sin ellos. Comprendo que en la vida basta con encontrar el lugar donde quedarse, aunque nieve o aunque sea Navidad, y que el hogar está dentro de cada uno. Hacer silencio para escucharnos y aprender a disfrutar de los detalles que hacen avanzar la vida, como me dijo Pablo.

EPÍLOGO

Han pasado tres meses desde la Navidad en la que volví a creer. Marzo llega con aires de renacimiento en forma de terrazas abiertas al sol, y el comienzo de una primavera que se asoma entre las ramas peladas de los árboles. A veces me cuesta reconocer mi vida, tan diferente a la de hace un año en la que la soledad y el frío del pueblo me comían.

Por las mañanas camino hasta *El patio creativo* con la agenda en el bolso y la ilusión intacta; a veces llego antes que Majo y levantamos juntas la persiana, otras la encuentro con el ordenador abierto y las gafas sobre la punta de la nariz, repasando el calendario de talleres y los fines de semana de retiro, y en ese ir y venir de listas, materiales y pequeñas decisiones siento que el local dejó de ser solo un espacio bonito del barrio, que me dio refugio, para convertirse en nuestro punto de partida, el lugar desde el que organizamos todo lo que ahora hacemos. Además de Pablo, se han unido algunas personas más que vienen a trabajar, rescatando mi antigua idea del *coworking*, aunque este solo lo sea para amigos. Entre talleres y cafés, siempre surge una idea nueva para el próximo encuentro en el local del pueblo. Mientras repartimos tareas y marcamos fechas, siento que esta rutina no agobia, al contrario, me ancla, me ordena y me recuerda que, después de tanto ruido, por fin encontré un ritmo que encaja conmigo.

En el escaparate cuelga un cartel que todavía me emociona cada vez que lo veo: «Retiros de escritura, de lectura y de calma. Reserva tu fin de semana en el pueblo: descanso y actividades en grupo. Plazas abiertas».

Lo preparamos todo desde aquí y llevamos grupos a mi casa con la única pretensión de ofrecer lo que a nosotras nos salvó: días lentos, sin relojes ni exigencias.

A veces, mientras preparo los folletos o respondo correos, pienso en lo cerca que estuve de rendirme. Lo mucho que renegaba de la Navidad, del pueblo, de todo lo que oliera a rutina o a promesa de felicidad empaquetada en papel de regalo con renos y árboles de Navidad. Me parecía imposible encontrar sentido en un lugar tan pequeño, estancado y, sí, aburrido. No todo lo bucólico y *cozy* tiene que ser interesante. Y, sin embargo, fue precisamente allí, entre casas de piedra y calles sin ruido, donde todo empezó a encajar.

Pablo entra a media mañana con su sonrisa serena, que sigue causando una pequeña revolución en mi interior.

—Acabo de hablar con Sofía. Me ha recordado que el viernes se ha apuntado al taller de regalo para el día del padre. Miedo me da.

—Seguro que se ha metido en la app para apuntarse al próximo retiro. ¿A qué sí? —pregunto, divertida.

—Cómo lo sabes —sonríe con satisfacción—. Dice que es nuestra pequeña alumna honoraria.

Su voz tiene esa mezcla de orgullo y ternura que me ablanda el pecho. Me besa en la frente, y durante un instante siento la certeza sencilla de que no quiero estar en ningún otro sitio.

Desde que llegó al pueblo con Sofía aquel día para fin de año, ya no hubo más idas ni venidas. Él y yo vivimos juntos en su piso. Cada vez que la niña viene de Zaragoza, entra corriendo y me pregunta si ya tenemos lista la casa del pueblo. Quiere volver a ver las vacas, las flores junto al río y cuidar del pequeño huerto que estamos creando en el jardín trasero.

Por las noches, cuando el mundo externo se apaga, Pablo y yo cenamos y hablamos de lo que vendrá. Él sueña con proyectos de arquitectura en el pueblo. Yo lo escucho y me descubro sonriendo, porque ya no siento miedo de hacer planes.

El primer fin de semana de abril viajamos los tres al pueblo. La carretera se abre entre almendros en flor y, a medida que nos acercamos, se muestran los tejados, las fachadas de piedra, la plaza

donde el tiempo parece moverse más despacio. Todo sigue igual y, sin embargo, hay algo distinto en mí.

Sofía se baja del coche la primera, corre hacia el prado y grita que las vacas la estaban esperando. Pablo la observa con una ternura y asombro que me derrite, y me tiende la mano. Caminamos hasta la casa que llegué a sentir como una cárcel, y que ahora solo me inspira paz.

Dentro, el aire es todavía fresco, así que enciendo la chimenea y el crujido del fuego no tarda en llenar el silencio de las paredes. Pablo coloca las bolsas sobre la mesa, Sofía busca su cuaderno de dibujo y se sienta junto a la ventana. En el alféizar hay un ramo de lavanda seca y una vela medio consumida, restos de la última estancia. No hace falta nada más; la sencillez de los días buenos ya no me parece una carencia.

—¿Te acuerdas cuando decías que aquí no pasaba nunca nada? —me pregunta Pablo, con una sonrisa que le ilumina el rostro.

—Y era verdad —respondo, mirándolo—. Pero ahora entiendo que eso también puede ser motivo de felicidad.

—Si aprendes a disfrutarlo —decimos a la vez y nos reímos.

Él se acerca despacio, me rodea por la cintura y apoya la barbilla sobre mi hombro. Desde la ventana vemos a Sofía, que acaba de salir, y canta algo ininteligible mientras el sol empieza a caer detrás de las colinas.

Pienso en todo lo que me hizo irme y luego me trajo de nuevo hasta aquí a final de año: la pérdida, la culpa, las decepciones, la Navidad que me empeñé en odiar porque me recordaba más a lo que faltaba y rechazaba que a lo que existía. Y, sin embargo, al final, fue ese mismo invierno el que me obligó a quedarme quieta, a mirar de frente, a dejar que la vida me encontrara en lugar de seguir huyendo de ella.

Pablo me besa el pelo. Como le pedí, no hay promesas exigentes, pero sí que sigo sintiendo fuegos artificiales cada vez que me toca o que me mira.

—¿Sabes? —susurro junto a su boca—. Creo que al final la Navidad no era tan falsa. Era yo la que no estaba preparada para

creer. —Él sonríe—. Tenías razón.

Sofía sube con las manos manchadas de barro, orgullosa de una flor que ha modelado en el jardín. La coloco sobre la mesa, junto al pan y las manzanas que trajimos del mercado, y me parece el adorno perfecto.

Mientras el fuego se apaga despacio y la luz de la tarde llena de colores naranjas el cielo, entiendo que la Navidad solo necesita creer, una vez más, en la posibilidad de empezar.

El calor del fuego me sabe a hogar y yo, con Pablo y Sofía junto a mí, el pueblo dormido tras los cristales y el corazón en paz, comprendo que lo que importa no es el sitio, sino con quien lo compartimos. Navidad ya no es para mí esa fiesta de alegría falsa, sino un momento para recordar que en lo más sencillo y vulnerable de la vida se encuentra la semilla de la transformación y el potencial para un nuevo comienzo.



GRACIAS

por leer mis historias. Espero que esta te haya dejado con una reflexión positiva para vivir una Navidad mágica con tus seres queridos.

Agradezco de corazón tu reseña en Amazon.

Puedes hacerla aquí:



No quiero una Navidad cozy pertenece a la colección *Más que amor*, que en Amazon verás como serie.

Más que amor es una colección de novelas **independientes** unidas por su tono intimista en las que el amor, no solo romántico, es la línea que las vertebra.

En cada una de ellas he querido contar historias contemporáneas de mujeres, y también de hombres, relaciones y vidas que merecen ser conocidas, que invitan a la reflexión y regalarte un momento de amor. En todas hay amor romántico y algo más: familia, abandono, relaciones tóxicas, duelo… Otros tipos de amor que van más allá de la relación apasionada de una pareja.

Son novelas íntimas, valientes y profundamente emocionales sobre el duelo, la identidad, la culpa, el miedo, los sueños rotos y la libertad.

Un homenaje a todas las mujeres.

Al ser independientes, pueden leerse en el orden que quieras.

SOBRE LA AUTORA

Diana de Brea es una autora española de novela y relatos románticos y *feelgood* cuyo mayor disfrute es la lectura, afición que ha cultivado desde pequeña junto a la escritura. De imaginación desbordante, le encanta inventar vidas y buscar lugares en los que sus personajes puedan desarrollarlas.

Madre de familia, amante del mar y el buen comer, su filosofía de vida se refleja en cada página.

En redes la encontrarás en Instagram:

https://www.instagram.com/diana_de_brea/

Diana envía de vez en cuando la Carta de una escritora *feelgood*, con contenido y textos cortos que no están en los libros, anuncios, etc. Suscríbete aquí para leerla en tu mail:



Otros títulos de Diana de Brea

Serie *Más que amor*
- *Un viaje a lo que fuimos*
- *Luz y Candela*
- *La hija del silencio*
- *No quiero una Navidad cozy*

Serie *El lago de Breatown* (Romance Feelgood)
- *Donde brillan las estrellas*
- *El Refugio del Lago*
- *La luna dibuja tu nombre*

Serie *Romance en Escocia* con cinco novelas:
- *Otoño en Escocia*
- *Invierno en Escocia*
- *Primavera en Escocia*
- *Verano en Escocia*
- *Tú, mi lugar favorito* (Otoño en Escocia II)

Las novelas independientes
- *Mereces un amor*
- *La mentira que te trajo a mí*

Serie *Destino* by Lady Rose (novelettes)
- *Destino Nueva York*
- *Destino Highlander*
- *Destino Champions*
- *Destino París*
- *Destino Navidad*
- *Destino Budapest*

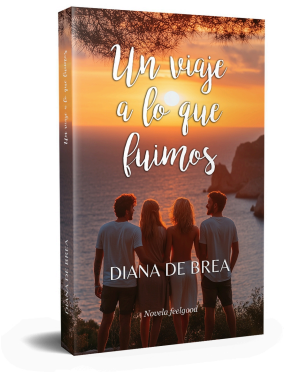
Serie *Amor a la italiana:*
Il mio cuore
La mia passione

Colección de relatos *Amor Infinito* junto a Carlota Martinelli

Visita mi página de autora en Amazon para acceder a todas ellas:
https://amzn.to/3NdLjIm

A continuación te dejo el comienzo de *Un viaje a lo que fuimos*, la primera de la serie, por si te apetece viajar a Mallorca con Lucía y sus amigos, en junio y descansar de tanta nieve navideña.

Comienza así:



UN VIAJE A LO QUE FUIMOS

Diana de Brea

Prólogo

El adiós

El cielo estaba cubierto de nubes densas, como si una manta gris cayera pesadamente sobre el pequeño cementerio. Lucía se ajustó el abrigo, con los dedos entumecidos por el frío, y apretó los labios para contener el temblor que le subía desde el estómago. A su alrededor, el mundo seguía en silencio, como si el viento, los árboles e incluso el aire estuvieran guardando luto.

Frente a ella, una lápida recién colocada rompía la serenidad de las filas de tumbas antiguas. El nombre grabado, *Carla Fernández*, se le clavaba en la mente con cada mirada que le dirigía. La última despedida de su amiga. Esa realidad era difícil de aceptar. El sonido de la tierra cayendo sobre el ataúd había sido el golpe final en su corazón.

A su lado, Marta sollozaba en silencio, con los hombros ligeramente encorvados, y Simón se mantenía firme, aunque sus manos se

apretaban con fuerza en los bolsillos de su abrigo largo. El grupo de amigos, una vez inseparable, ahora se reunía en un acto que jamás habrían imaginado. El entierro de Carla era lo único que había conseguido volver a reunirlos después de tantos años de silencio, solo roto en ocasiones especiales como algún cumpleaños o Navidad. A pesar de las promesas que se hicieron, sus vidas habían seguido caminos divergentes.

—No puede ser… —susurró Marta, como si decirlo en voz baja lo hiciera menos real. Sus ojos hinchados buscaban respuestas en los rostros de los demás, pero nadie dijo nada. Todos compartían el mismo dolor y, al mismo tiempo, la misma desconexión entre ellos.

Simón fue el primero en moverse. Se acercó lentamente al borde de la tumba, con la mirada fija en el mármol gris. La brisa de noviembre le alborotó el cabello oscuro mientras agachaba la cabeza en un gesto de respetuoso silencioso. Lucía sintió una punzada en el pecho. Sabía lo cerca que Simón había estado de Carla, cómo su amistad, en su día, había sido casi un refugio para ambos y cómo fue ella la que consiguió salir con él, arrebatándoselo como pareja, pero nunca como buen amigo.

Pablo, más apartado, seguía encendiendo y apagando el mechero en un gesto nervioso, como si no pudiera soportar el vacío de aquel momento. Su chaqueta de cuero estaba tan gastada como el brillo de sus ojos, que permanecían clavados en el suelo. Era su forma de lidiar con el dolor, manteniéndose distante, como si el peso de la pérdida fuera más fácil de llevar si no lo miraba de frente.

Cuando todo terminó, y las palabras de despedida del cura se desvanecieron en el viento, los escasos asistentes comenzaron a dispersarse. Algunos se despidieron con un leve asentimiento, otros apenas podían contener las lágrimas, y los más allegados abrazaban a los desconsolados padres de Carla, que no dejaban de llorar. Lucía no se movió de su sitio, observando cómo los demás se alejaban con paso lento. Solo quedaron ellos, después de que la familia abandonara el lugar, observando la tumba de su amiga como si eso pudiera ayudarles a entender lo que acababa de ocurrir. El dolor compartido los había unido nuevamente, aunque de una forma que nadie hubiera deseado. Demasiado joven para morir.

—Voy a echarla de menos —murmuró Simón, con la voz quebrada, rompiendo así el silencio sordo que los rodeaba. La tristeza le impedía hablar más fuerte—. Aunque ya casi no nos veíamos, saber que estaba ahí era suficiente. Y ahora… Ya no está.

Lucía asintió, sin palabras, con las lágrimas bajando por sus mejillas. Aún no sabía cómo expresar lo que sentía. Habían pasado tantos años desde que todos se distanciaron, tantos recuerdos guardados en un rincón que ahora volvían a la superficie con una fuerza abrumadora. Carla había sido el centro de todo, la chispa que los mantenía unidos, la que se acordaba de cada fecha y de cada momento y, sin ella, sentía que el grupo estaba irremediablemente fragmentado.

—No sé qué se supone que tenemos que hacer ahora —añadió Marta, con la voz rota por el dolor y la incomprensión. Sacudió la

cabeza y se frotó las mejillas, intentando apartar las lágrimas—. No puedo creer que ya no esté.

Pablo, más alejado, soltó un suspiro cansado.

—Pues qué vamos a hacer, Martita, volver a nuestras vidas. Si con ella, que siempre proponía planes, no nos veíamos casi nunca… —Se encogió de hombros—. Por Carla ya no podemos hacer nada. Venga, vámonos, no sé a qué estamos esperando.

Lucía asintió en silencio. Todos la iban a echar de menos, pero para Simón, Carla había sido mucho más que una amiga. Su vínculo había sido fuerte, profundo, de esos que no se rompen fácilmente, aunque la distancia y el tiempo los hubieran apartado. O al menos eso era lo que ella creía.

Pablo dio un paso hacia adelante, con el mechero apagado ahora, guardado en el bolsillo de su chaqueta. Sacó un paquete de cigarrillos, pero no encendió ninguno. Lo sostuvo entre las manos, como si algo tan cotidiano pudiera darle el control que sentía que estaba perdiendo.

—Joder, Pablo, me entristece escucharte hablar así —dijo Marta, con la voz aún temblorosa.

—Soy sincero. ¿No te das cuenta? Siempre hacemos lo mismo —respondió con una leve sonrisa amarga—. Nos prometemos volver a vernos, pero luego dejamos que todo se enfríe y nadie hace nada por quedar.

Se miraban unos a otros sin decidir quién daba el primer paso para marcharse o seguir la conversación. Antes de que nadie pudiera

hacer nada, Simón sacó un sobre arrugado de su bolsillo. Lo levantó ligeramente, atrayendo la atención de los demás.

—La hermana de Carla me dio esto —dijo en voz baja—. Dice que Carla lo dejó para nosotros.

Marta frunció el ceño y dio un paso hacia él, mirando el sobre como si fuera un objeto extraño, casi demasiado personal como para tocarlo. Lucía sintió una oleada de emoción atrapada en el pecho. Aquello no era solo un papel, era la última conexión que tenían con su amiga.

Simón lo abrió lentamente, con una delicadeza inusual en él. Dentro, había una hoja, arrancada de un cuaderno, doblada en cuatro, y algo que brillaba tenuemente al caer sobre su mano: una pequeña llave antigua, con el metal ligeramente desgastado. Sin decir una palabra, Simón dejó la llave en la palma de su mano y comenzó a leer la carta.

—*Queridos amigos* —comenzó—, *si estáis leyendo esto, es porque ya no estoy con vosotros. Estas últimas semanas he pensado mucho en toda mi vida y vosotros habéis sido una parte muy importante en ella. Creo que la que más. Por eso, no me gustaba la idea de dejaros sin más, sin un adiós, sin algo que nos mantuviera conectados. Porque sé que la vida nos ha llevado por caminos diferentes, pero siempre supe que, de alguna manera, el vínculo entre nosotros jamás se rompió, aunque nos viéramos poco. Al menos, siempre habéis estado en mis pensamientos y en mi corazón, a pesar de las cosas que nos hayan alejado. Por eso, antes de irme, quería pediros*

algo especial: que hagáis juntos ese viaje que nunca llegamos a hacer.

Pablo soltó una leve risa amarga, como si la memoria del viaje inacabado le resultara agridulce. Marta, por su parte, soltó un suspiro, y Lucía sintió una punzada de nostalgia.

—*Os acordáis, ¿verdad?* —continuó leyendo Simón—. *Por si acaso, os lo recuerdo*. *Cuando terminamos el instituto, decidimos que no íbamos a hacer el típico viaje con toda la clase, porque queríamos algo nuestro que recordáramos siempre. Nos fuimos los cinco en coche, y recorrimos Mallorca y acabamos pasando unos días en la finca de mi abuela. Visitamos sus rincones más bonitos, comimos hasta reventar, y disfrutamos de los últimos días juntos antes de que la vida nos llevara por caminos diferentes. ¿Recordáis cuando celebramos los diez años de la promoción? Ahí fue cuando prometimos repetirlo. Nunca lo hicimos. Ahora, es lo único que os pido. Volved a hacer ese viaje por mí. Volved a esos lugares donde fuimos felices. Esa será la mejor despedida para mí. Y la llave que tenéis es para el último destino: en la casa de mi abuela, donde más de una vez fuimos a escondernos del mundo, os espera una caja que he preparado para vosotros.*

Simón se detuvo, dejando que las palabras de Carla calaran en el grupo. Todos recordaban ese viaje y conocían aquella casa. Un lugar tranquilo, en medio de una finca agrícola, con vistas al mar, donde los veranos eran un refugio y un espacio para soñar. Lucía sintió un nudo en la garganta al recordar aquellos días, tanto los del viaje del

grupo como otras veces en las que había ido con Carla a pasar parte del verano, hacía ya muchos años.

—No me gustaría que este sea un adiós lleno de tristeza. Mi mayor deseo es que volváis a reíros, a redescubrir lo que nos unía. Os quiero, siempre lo he hecho. Pero ahora os toca a vosotros. Haced este viaje por mí. Os lo pido de corazón. Desde dónde esté, os acompañaré en vuestras risas y estaré en las conversaciones. Sed felices. A veces, la vida es más corta de lo que una cree. Se me han quedado muchos sueños sin cumplir. Por eso, desde el fondo de mi corazón, deseo que cumpláis este por mí. Os quiero. Carla.

Simón dobló la carta con cuidado, dejándola resguardada en su bolsillo donde, nervioso, se quedó jugando con los hilos que rodeaban sus dedos. Nadie habló durante unos instantes. El peso de las palabras de Carla se extendía entre ellos, cargado de recuerdos, de promesas no cumplidas, de un amor que seguía vivo, incluso en la ausencia.

—¿Lo hacemos? —preguntó Marta, con la voz rota.

Lucía miró a sus amigos. Sabía que aquello no sería fácil. Volver a recorrer los mismos caminos que una vez los habían hecho sentir invencibles y fuertemente unidos, ahora, sin Carla, sería doloroso. Pero también sabía que no podían decir que no. Aquella era la última petición de su amiga, la última oportunidad de cerrar un círculo que había quedado abierto durante demasiado tiempo.

—Yo sí. Por ella —dijo Simón, con firmeza.

Pablo, sin embargo, no estaba convencido. Negó con la cabeza, y apretó los labios en una línea fina de frustración. Dio un par de pasos hacia atrás, como queriendo distanciarse de la conversación, y encendió otro cigarrillo.

—Esto es una locura —murmuró—. No sé si debería ser así. ¿Hacer un viaje? ¿Pretender que todo está bien, que vamos a volver a reírnos como antes? Ya no somos aquellos adolescentes, ¿no creéis? Además, ir a su isla, a casa de su abuela…, sin ella. No lo veo.

Simón lo miró de manera fija, con el ceño fruncido, pero no dijo nada. Marta, por su parte, dio un paso adelante hacia Pablo.

—No se trata de pretender nada —dijo suavemente, pero con una firmeza en su voz que rara vez mostraba—. Es lo que ella quería. Es su forma de despedirse de nosotros y tampoco tenemos nada que perder. Yo lo haría.

Pablo soltó una risa seca, sin alegría, y lanzó el cigarrillo al suelo, aplastándolo con el pie.

—¿Y qué pasa si no nos viene bien viajar? ¿En qué estaba pensando Carla? Siempre hemos hecho lo que ella quería, ¿también en su ausencia? ¿No sabía que tenemos una vida y no nos podemos ir así como así, que ya no somos los que fuimos, que tenemos obligaciones? Es imposible recuperar aquello que una vez fuimos. Sois unos soñadores a los que les puede la nostalgia —sentenció con la voz más dura de lo que realmente pretendía—. ¿Y qué pasa si esto solo lo empeora todo? ¿Queréis ir a pasarlo mal?

—No va a empeorar nada —respondió Lucía, hablando por primera vez desde que leyeron la carta. Todos los ojos se volvieron hacia ella —. Lo peor ya ha pasado, Pablo. Carla se ha ido. No tenemos nada más que perder, como dice Marta, y mucho que ganar: nuestra amistad. Claro que podemos hacer esto, por ella. Y puede que también por nosotros. De todas formas, no es obligatorio. Iremos nosotros tres, sin ti.

El silencio volvió a asentarse entre ellos, denso y pesado. Pablo miró al suelo, pensativo y sintiendo algo parecido a la culpa. Los demás esperaron, dándole su espacio. Los tres sabían que la relación de Pablo con Carla había sido complicada, llena de roces y momentos no resueltos, pero también tenían claro que, en el fondo, él la quería tanto como ellos.

Al cabo de unos segundos, Pablo suspiró y se pasó una mano por el pelo despeinado.

—Vale —dijo al fin—. Lo hacemos. Por Carla. Aunque no sé qué dirá Raquel de esto.

Lucía sintió cómo el peso en su pecho se aligeraba un poco. Era un pequeño paso, pero uno importante. Volver a esos lugares, recorrer juntos la isla de Mallorca, sería su forma de cerrar heridas, de reconectar y de darle a Carla el adiós que se merecía.

Simón metió la llave en el bolsillo y se giró hacia los demás.

—Entonces, ya está decidido. Viajaremos a Mallorca, a los mismos sitios en los que estuvimos —dijo con un tono más cordial—. Volveremos a esos lugares, que tanto significaron para nosotros,

cuando no teníamos otra preocupación que pasarlo bien, juntos. Y esta vez, no lo pospondremos.

Lucía miró al cielo y dejó que el viento acariciara su rostro. Tenía la corazonada de que, a partir de ese momento, todo cambiaría para ellos. El viaje no solo iba a ser un homenaje a Carla, sino una oportunidad de reconciliarse con el pasado, con ellos mismos. Y quizá, al menos para ella, de reencontrarse en un momento de su vida en el que se sentía perdida. Mientras se alejaban del cementerio, una pequeña chispa de esperanza brilló en su pecho. No sabía lo que el viaje les depararía, pero algo dentro de ella le decía que, al final, encontrarían lo que habían descuidado: su amistad y, quizá, el sentido de la vida que había perdido.

Capítulo 1

El inicio

El ambiente en el aeropuerto rozaba el caos a pesar de estar todavía en junio. A pesar del barullo, la mezcla de sonidos, voces y pasos apresurados, Lucía sentía que flotaba, como si estuviera suspendida entre dos realidades. La terminal de salidas estaba tan abarrotada como siempre, llena de familias despidiéndose, gente corriendo de un lado a otro con maletas que chirriaban contra el suelo pulido, pero para ella, todo parecía lejano. Como si una parte de sí misma no estuviera realmente allí.

Se detuvo un instante, observando el ir y venir de la gente, y ajustó la correa de su bolso sobre el hombro. Era la última semana de junio, el calor se había instalado en el aire como una promesa de lo que vendría en los próximos días y el cielo, de un azul claro, sin una sola nube, parecía mirarla con una sonrisa traviesa desde la gran cristalera del aeropuerto.

Su corazón latía despacio, de una manera que no reconocía del todo. Era esa mezcla de nostalgia, temor y algo parecido a la incertidumbre de los próximos días, pero todo contenido en un solo suspiro. No hacía mucho que empezaron a organizar el viaje, sacando viejas fotos, mapas manoseados de tantas veces que los habían consultado. Pero ahora que estaban a punto de embarcar, el peso de lo que realmente significaba se le clavaba en el pecho. No era solo un viaje. Era un intento de volver a una versión de ellos

mismos que ya no existía. Y ese pensamiento, aunque dulce, dolía un poco.

Lucía echó a andar hacia el lugar donde habían quedado en encontrarse y, entre el bullicio, divisó a Simón, tan guapo como siempre o incluso mejor. Los treinta le sentaban bien. Estaba apoyado contra una columna, con su cazadora colgando del brazo y una expresión tranquila, como si nada pudiera alterarlo. Siempre había sido así. Incluso en los peores momentos, Simón tenía esa capacidad de mantenerse en calma. Pero Lucía sabía que, bajo esa apariencia, él también estaba luchando con sus propios fantasmas.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó cuando llegó a su lado.

Simón levantó la vista, y sus ojos azules brillaron bajo la luz fluorescente de la terminal. La miró y sonrió, de una manera que Lucía no supo interpretar. A pesar de su pose calmada, la forma de mirar, llevando la vista de un sitio a otro sin parar, reflejaba nervios.

—No, acabo de llegar. Marta debería estar aquí ya —respondió con voz tranquila, aunque había un ligero temblor en su tono.

Ella se quedó a su lado, en silencio, y el corazón le empezó a palpitar más deprisa de lo normal. El aire acondicionado del aeropuerto le acariciaba la piel y, a pesar del calor exterior, una brisa fría se filtraba en sus huesos. Las últimas semanas habían sido frenéticas con los últimos detalles del viaje, sin embargo, durante el invierno, las noches se llenaron de llamadas y mensajes, de imágenes sacadas de viejos álbumes, cubiertas de polvo y manchadas por el tiempo. Rieron con algunos recuerdos, se

emocionaron con otros. Pero había algo que no se podía borrar, el vacío que Carla había dejado en medio de todos ellos.

—¿Pablo? —preguntó Lucía con algo de mosqueo al saber nada de él.

Simón negó con la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Ya sabes cómo es. Aparecerá cuando menos lo esperemos. Siempre ha sido así.

Y tenía razón. Pablo era impredecible. Siempre fue el más tardón, el que evitaba los compromisos, pero que, de alguna manera, siempre estaba presente cuando realmente importaba. Al menos, eso era lo esperado por todos, y no solía defraudarles. Seguro que llegaría, pero su reticencia a hacer el viaje lo tuvo dudosos hasta que sacaron los billetes. Era capaz de haber cambiado de opinión en el último momento.

Marta llegó poco después, arrastrando su maleta con una sonrisa y cara de agotada. Llevaba una chaqueta vaquera atada a la cintura y el pelo un poco más alborotado de lo habitual. Pero sus ojos brillaban con la misma chispa de siempre, aunque Lucía podía notar el cansancio emocional tras esa aparente alegría.

—¡Perdón por el retraso! —exclamó, dejando caer la mochila al suelo con un suspiro aliviado—. El tráfico está imposible.

Simón se acercó a abrazarla, y Lucía hizo lo mismo. El roce de los cuerpos conocidos, el calor de ese contacto, le recordó lo mucho que había extrañado esa cercanía. Era como si, por un segundo, el peso del viaje que tenían por delante se desvaneciera.

(...)
Sigue leyendo aquí;

